

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIX

Nº2

ABRIL - JUNIO 2016



Consultar este Boletín en formato digital (PDF).
Código QR.



NUESTRA PORTADA:

San Martín obispo sedente. Retablo mayor de la iglesia de San Martín de Sagra. Anónimo, siglo XVII.

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVIX

Abril - Junio 2016

Nº 2

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco

Discursos.....	179
Homilías	202
Constitucións Apostólica " <i>Vultum Dei Quaerere</i> ".....	218

OBISPO

Homilías

Fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero español	245
Vigilia de Pentecostés	249
Solemnidad del Corpus Christi	253
Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ó Santísimo Sacramento na celebración da Solemnidade de Corpus Christi.....	256
Ordenación de Cuatro nuevos Presbíteros	260
Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas de dos seminaristas del Redemptoris Mater	264

Cartas

Carta con motivo de la cuestación en favor de Ecuador con motivo del terremoto sufrido.....	268
---	-----

En Comunidade

Abril.....	270
Mayo.....	271
Junio	273

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Decreto de constitución del Consejo de Pastoral Diocesano	277
Estatutos del Consejo de Pastoral Diocesano (CPD).....	278
Composición del Consejo de Pastoral Diocesano y Organismos del CPD	284

Vicaría de Pastoral

Programación diocesana de Pastoral para el curso 2016-2017	287
--	-----

CRÓNICA DIOCESANA

Abril, mayo y junio	293
---------------------------	-----



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

DISCURSOS

Discurso del Papa Francisco en la Vigilia de Oración con motivo del Jubileo de la Divina Misericordia

Plaza de San Pedro. Sábado 2 de abril de 2016

Compartimos con alegría y agradecimiento este momento de oración que nos introduce en el Domingo de la Misericordia, muy deseado por san Juan Pablo II -hoy, hace once años, en el 2005 se ha ido-, y quería esto para hacer realidad una petición de santa Faustina. Los testimonios que han sido presentados -por los que damos gracias- y las lecturas que hemos escuchado abren espacios de luz y de esperanza para entrar en el gran océano de la misericordia de Dios. ¿Cuántos son los rostros de la misericordia, con los que él viene a nuestro encuentro? Son verdaderamente muchos; es imposible describirlos todos, porque la misericordia de Dios es un *crescendo* continuo. Dios no se cansa nunca de manifestarla y nosotros no deberíamos acostumbrarnos nunca a recibirla, buscarla y desecharla. Siempre es algo nuevo que provoca estupor y maravilla al ver la gran fantasía creadora de Dios, cuando sale a nuestro encuentro con su amor.

Dios se ha revelado, manifestando muchas veces su nombre, y este nombre es “misericordioso” (cf. *Ez 34,6*). Así como la naturaleza de Dios es grande e infinita, del mismo modo es grande e infinita su misericordia, hasta el punto que parece una tarea difícil poder describirla en todos sus aspectos. Recorriendo las páginas de la Sagrada Escritura, encontramos que la misericordia es sobre todo *cercanía* de Dios a su pueblo. Una cercanía que se expresa y se manifiesta principalmente como ayuda y protección. Es la cercanía de un padre y de una madre que se refleja en una bella imagen del profeta Oseas, que dice así: «Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer» (11,4). El abrazo de un papá y de una mamá con su niño. Es muy expresiva esta imagen: Dios toma a cada uno de nosotros y nos alza hasta sus mejillas. Cuánta ternura contiene y cuánto amor manifiesta. Ternura: palabra casi olvidada y de la que hoy el mundo -todos nosotros- tenemos necesidad.

He pensado en esta palabra del Profeta cuando he visto el logo del Jubileo.

Jesús no sólo lleva sobre sus espaldas a la humanidad, sino que además pega su mejilla a la de Adán, hasta el punto que los dos rostros parecen fundirse en uno.

No tenemos un Dios que no sepa comprender y compadecerse de nuestras debilidades (cf. *Hb* 4, 15). Al contrario, precisamente en virtud de su misericordia, Dios se ha hecho uno de nosotros: «El Hijo de Dios con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con cada hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo, en todo semejantes a nosotros, excepto en el pecado» (*Gaudium et spes*, 22). Por lo tanto, en Jesús no sólo podemos tocar la misericordia del Padre, sino que somos impulsados a convertirnos nosotros mismos en instrumentos de misericordia. Puede ser fácil hablar de misericordia, mientras que es más difícil llegar a ser testigos de esa misericordia en lo concreto. Este es un camino que dura toda la vida y no debe detenerse. Jesús nos dijo que debemos ser “misericordiosos como el Padre” (cf. *Lc* 6,36). Y esto toma toda la vida.

¡Cuántos rostros, entonces, tiene la misericordia de Dios! Ésta se nos muestra como cercanía y ternura, pero en virtud de ello también como *compasión* y *comunicación*, como *consolación* y *perdón*. Quién más la recibe, más está llamado a ofrecerla, a comunicarla; no se puede tener escondida ni retenida sólo para sí mismo. Es algo que quema el corazón y lo estimula a amar, porque reconoce el rostro de Jesucristo sobre todo en quien está más lejos, débil, solo, confundido y marginado. La misericordia no se detiene: sale a buscar la oveja perdida, y cuando la encuentra manifiesta una alegría contagiosa. La misericordia sabe mirar a los ojos de cada persona; cada una es preciosa para ella, porque cada una es única. Cuanto dolor sentimos en el corazón, al escuchar decir: “Esta gente... esta gente, esta pobre gente, echémosla fuera, dejémosla dormir en la calle...”. ¿Esto es de Jesús?

Queridos hermanos y hermanas, la misericordia nunca puede dejarnos tranquilos. Es el amor de Cristo que nos “inquieta” hasta que no hayamos alcanzado el objetivo; que nos empuja a abrazar y estrechar a nosotros, a involucrar, a quienes tienen necesidad de misericordia para permitir que todos sean reconciliados con el Padre (cf. *2 Co* 5,14-20). No debemos tener miedo, es un amor que nos alcanza y envuelve hasta el punto de ir más allá de nosotros mismos, para darnos la posibilidad de reconocer su rostro en los hermanos. Dejémosnos guiar dócilmente por este amor y llegaremos a ser misericordiosos como el Padre.

Hemos escuchado el Evangelio. Tomás era un testarudo. No había creído. Y ha encontrado la fe cuando ha tocado las llagas del Señor. Una fe que no es capaz de meterse en las llagas del Señor, no es fe. Una fe que no es capaz de ser misericordiosa, como son signos de misericordia las llagas del Señor, no es fe: es idea, es ideología. Nuestra fe es encarnada en Dios que se ha hecho carne, que se ha

hecho pecado, que ha sido herido por nosotros. Si queremos creer seriamente y tener la fe, debemos acercarnos y tocar aquellas llagas, acariciar aquellas llagas e incluso bajar la cabeza y dejar que los otros acaricien nuestras heridas.

Que sea, pues, el Espíritu Santo quien guíe nuestros pasos: Él es el amor, él es la misericordia que se comunica a nuestros corazones. No pongamos obstáculos a su acción vivificante, sino sigámoslo dócilmente por los caminos que nos indica. Permanezcamos con el corazón abierto, para que el Espíritu pueda transformarlo; y así, perdonados, reconciliados, inmersos en las llagas del Señor, seamos testigos de la alegría que brota del encuentro con el Señor Resucitado, vivo entre nosotros.

[Bendición]

El otro día, hablando con los directivos de una asociación de ayuda, de caridad, ha salido esta idea, y pensé: “la diré en la Plaza, el sábado”. Que bello sería, que como un recuerdo, digamos, un “monumento” de este Año de la Misericordia, haya en cada diócesis una obra estructural de misericordia: un hospital, una casa para ancianos, para niños abandonados, una escuela donde no haya, una casa para recuperar los toxicómanos... Tantas cosas que se pueden hacer... Sería hermoso que cada diócesis pensara: ¿Qué podemos dejar como recuerdo vivo, como obra de misericordia viva, como llaga de Jesús vivo en este Año de la Misericordia? Pensemos y hablémoslo con los Obispos. Gracias.

**Meditación del Papa Francisco
durante la Vigilia de Oración "Para secar las lágrimas" en el Jubileo
extraordinario de la Misericordia**

Basilica Vaticana. Jueves 5 de mayo de 2016.

Queridos hermanos y hermanas:

Después de los testimonios que hemos oído, y a la luz de la Palabra del Señor que ilumina nuestra situación de sufrimiento, invocamos ante todo la presencia del Espíritu Santo para que venga sobre nosotros. Que él ilumine nuestras mentes, para que podamos encontrar palabras adecuadas que den consuelo; que él abra nuestros corazones para que podamos tener la certeza de que Dios está presente y no nos abandona en las pruebas. El Señor Jesús prometió a sus discípulos que nunca los dejaría solos: que estaría cerca de ellos en cualquier momento de la vida mediante el envío del Espíritu Paráclito (cf. *Jn* 14,26), el cual los habría ayudado, sostenido y consolado.

En los momentos de tristeza, en el sufrimiento de la enfermedad, en la angustia de la persecución y en el dolor por la muerte de un ser querido, todo el mundo busca una palabra de consuelo. Sentimos una gran necesidad de que alguien esté cerca y sienta compasión de nosotros. Experimentamos lo que significa estar desorientados, confundidos, golpeados en lo más íntimo, como nunca nos hubiéramos imaginado. Miramos a nuestro alrededor con ojos vacilantes, buscando encontrar a alguien que pueda realmente entender nuestro dolor. La mente se llena de preguntas, pero las respuestas no llegan. La razón por sí sola no es capaz de iluminar nuestro interior, de comprender el dolor que experimentamos y dar la respuesta que esperamos. En esos momentos es cuando más necesitamos las *razones del corazón*, las únicas que pueden ayudarnos a entender el misterio que envuelve nuestra soledad.

Vemos cuánta tristeza hay en muchos de los rostros que encontramos. Cuántas lágrimas se derraman a cada momento en el mundo; cada una distinta de las otras; y juntas forman como un océano de desolación, que implora piedad, compasión, consuelo. Las más amargas son las provocadas por la maldad humana: las lágrimas de aquel a quien le han arrebatado violentamente a un ser querido; lágrimas de abuelos, de madres y padres, de niños... Hay ojos que a menudo se quedan mirando fijos la puesta del sol y que apenas consiguen ver el alba de un nuevo día. Tenemos necesidad de la misericordia, del consuelo que viene del Señor. Todos lo necesitamos; es nuestra pobreza, pero también nuestra grandeza: invocar el consuelo de Dios, que con su ternura viene a secar las lágrimas de nuestros ojos (cf. *Is* 25,8; *Ap* 7,17; 21,4).

En este sufrimiento nuestro no estamos solos. También Jesús sabe lo que significa llorar por la pérdida de un ser querido. Es una de las páginas más conmove-

doras del Evangelio: cuando Jesús, viendo llorar a María por la muerte de su hermano Lázaro, ni siquiera él fue capaz de contener las lágrimas. Experimentó una profunda conmoción y rompió a llorar (cf. *Jn* 11,33-35). El evangelista Juan, con esta descripción, muestra cómo Jesús se une al dolor de sus amigos compartiendo su desconsuelo. Las lágrimas de Jesús han desconcertado a muchos teólogos a lo largo de los siglos, pero sobre todo han lavado a muchas almas, han aliviado muchas heridas. Jesús también experimentó en su persona el miedo al sufrimiento y a la muerte, la desilusión y el desconsuelo por la traición de Judas y Pedro, el dolor por la muerte de su amigo Lázaro. Jesús «no abandona a los que ama» (Agustín, *In Joh* 49,5). Si Dios ha llorado, también yo puedo llorar sabiendo que se me comprende. El llanto de Jesús es el antídoto contra la indiferencia ante el sufrimiento de mis hermanos. Ese llanto enseña a sentir como propio el dolor de los demás, a hacerme partícipe del sufrimiento y las dificultades de las personas que viven en las situaciones más dolorosas. Me provoca para que sienta la tristeza y desesperación de aquellos a los que les han arrebatado incluso el cuerpo de sus seres queridos, y no tienen ya ni siquiera un lugar donde encontrar consuelo. El llanto de Jesús no puede quedar sin respuesta de parte del que cree en él. Como él consuela, también nosotros estamos llamados a consolar.

En el momento del desconcierto, de la conmoción y del llanto, brota en el corazón de Cristo la oración al Padre. La oración es la verdadera medicina para nuestro sufrimiento. También nosotros, en la oración, podemos sentir la presencia de Dios a nuestro lado. La ternura de su mirada nos consuela, la fuerza de su palabra nos sostiene, infundiendo esperanza. Jesús, junto a la tumba de Lázaro, oró: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre» (*Jn* 11,41-42). Necesitamos esta certeza: el Padre nos escucha y viene en nuestra ayuda. El amor de Dios derramado en nuestros corazones nos permite afirmar que, cuando se ama, nada ni nadie nos apartará de las personas que hemos amado. Lo recuerda el apóstol Pablo con palabras de gran consuelo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? [...] Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8,35.37-39). El poder del amor transforma el sufrimiento en la certeza de la victoria de Cristo, y de nuestra victoria con él, y en la esperanza de que un día estaremos juntos de nuevo y contemplaremos para siempre el rostro de la Trinidad Santísima, fuente eterna de la vida y del amor.

Al lado de cada cruz siempre está la Madre de Jesús. Con su manto, ella enjuga nuestras lágrimas. Con su mano nos ayuda a levantarnos y nos acompaña en el camino de la esperanza.

Discurso del Papa Francisco en la entrega del Premio Carlomagno

Sala Regia. Viernes 6 de mayo de 2016

Ilustres señoras y señores:

Les doy mi cordial bienvenida y gracias por su presencia. Agradezco especialmente sus amables palabras a los señores Marcel Philipp, Jürgen Linden, Martin Schulz, Jean-Claude Juncker y Donald Tusk. Deseo reiterar mi intención de ofrecer a Europa el prestigioso premio con el cual he sido honrado: no hagamos un gesto celebrativo, sino que aprovechemos más bien esta ocasión para desear todos juntos un impulso nuevo y audaz para este amado Continente.

La creatividad, el ingenio, la capacidad de levantarse y salir de los propios límites pertenecen al alma de Europa. En el siglo pasado, ella ha dado testimonio a la humanidad de que un nuevo comienzo era posible; después de años de trágicos enfrentamientos, que culminaron en la guerra más terrible que se recuerda, surgió, con la gracia de Dios, una novedad sin precedentes en la historia. Las cenizas de los escombros no pudieron extinguir la esperanza y la búsqueda del otro, que ardían en el corazón de los padres fundadores del proyecto europeo. Ellos pusieron los cimientos de un baluarte de la paz, de un edificio construido por Estados que no se unieron por imposición, sino por la libre elección del *bien común*, renunciando para siempre a enfrentarse. Europa, después de muchas divisiones, se encontró finalmente a sí misma y comenzó a construir su casa.

Esta «familia de pueblos»[1], que entretanto se ha hecho de modo meritorio más amplia, en los últimos tiempos parece sentir menos suyos los muros de la casa común, tal vez levantados apartándose del clarividente proyecto diseñado por los padres. Aquella atmósfera de novedad, aquel ardiente deseo de construir la unidad, parecen estar cada vez más apagados; nosotros, los hijos de aquel sueño estamos tentados de caer en nuestros egoísmos, mirando lo que nos es útil y pensando en construir recintos particulares. Sin embargo, estoy convencido de que la resignación y el cansancio no pertenecen al alma de Europa y que también «las dificultades puedan convertirse en fuertes promotoras de unidad»[2].

En el Parlamento Europeo me permití hablar de la Europa anciana. Decía a los eurodiputados que en diferentes partes crecía la impresión general de una Europa cansada y envejecida, no fértil ni vital, donde los grandes ideales que inspiraron a Europa parecen haber perdido fuerza de atracción. Una Europa decaída que parece haber perdido su capacidad generativa y creativa. Una Europa tentada de querer asegurar y dominar espacios más que de generar procesos de inclusión y de transformación; una Europa que se va «atrincherando» en lugar de privilegiar las

acciones que promueven nuevos dinamismos en la sociedad; dinamismos capaces de involucrar y poner en marcha todos los actores sociales (grupos y personas) en la búsqueda de nuevas soluciones a los problemas actuales, que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos; una Europa que, lejos de proteger espacios, se convierta en madre generadora de procesos (cf. *Evangelii gaudium*, 223).

¿Qué te ha sucedido Europa humanista, defensora de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad? ¿Qué te ha pasado Europa, tierra de poetas, filósofos, artistas, músicos, escritores? ¿Qué te ha ocurrido Europa, madre de pueblos y naciones, madre de grandes hombres y mujeres que fueron capaces de defender y dar la vida por la dignidad de sus hermanos?

El escritor Elie Wiesel, superviviente de los campos de exterminio nazis, decía que hoy en día es imprescindible realizar una «transfusión de memoria». Es necesario «hacer memoria», tomar un poco de distancia del presente para escuchar la voz de nuestros antepasados. La memoria no sólo nos permitirá que no se cometan los mismos errores del pasado (cf. *Evangelii gaudium*, 108), sino que nos dará acceso a aquellos logros que ayudaron a nuestros pueblos a superar positivamente las encrucijadas históricas que fueron encontrando. La transfusión de memoria nos libera de esa tendencia actual, con frecuencia más atractiva, a obtener rápidamente resultados inmediatos sobre arenas movedizas, que podrían producir «un rédito político fácil, rápido y efímero, pero que no construyen la plenitud humana» (*ibid.* 224).

A este propósito, nos hará bien evocar a los padres fundadores de Europa. Ellos supieron buscar vías alternativas e innovadoras en un contexto marcado por las heridas de la guerra. Ellos tuvieron la audacia no sólo de soñar la idea de Europa, sino que osaron transformar radicalmente los modelos que únicamente provocaban violencia y destrucción. Se atrevieron a buscar soluciones multilaterales a los problemas que poco a poco se iban convirtiendo en comunes.

Robert Schuman, en el acto que muchos reconocen como el nacimiento de la primera comunidad europea, dijo: «Europa no se hará de una vez, ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho»[3]. Precisamente ahora, en este nuestro mundo atormentado y herido, es necesario volver a aquella *solidaridad de hecho*, a la misma *generosidad concreta* que siguió al segundo conflicto mundial, porque -proseguía Schuman- «la paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan»[4]. Los proyectos de los padres fundadores, mensajeros de la paz y profetas del futuro, no han sido superados: inspiran, hoy más que nunca, a construir puentes y derribar muros. Parecen expresar una ferviente invitación a no contentarse con retoques cosméticos o compromisos tortuosos para corregir algún que otro tratado, sino a sentar con valor bases nuevas, fuertemente arraigadas. Como afirmaba Alcide De Gasperi, «todos animados igualmente por la preocupación del bien común de nuestras patrias europeas, de

nuestra patria Europa», se comience de nuevo, sin miedo un «trabajo constructivo que exige todos nuestros esfuerzos de paciente y amplia cooperación»[5].

Esta transfusión de memoria nos permite inspirarnos en el pasado para afrontar con valentía el complejo cuadro multipolar de nuestros días, aceptando con determinación el reto de «actualizar» la idea de Europa. Una Europa capaz de dar a luz un nuevo humanismo basado en tres capacidades: la capacidad de integrar, capacidad de comunicación y la capacidad de generar.

Capacidad de integrar

Erich Przywara, en su magnífica obra *La idea de Europa*, nos reta a considerar la ciudad como un lugar de convivencia entre varias instancias y niveles. Él conocía la tendencia reduccionista que mora en cada intento de pensar y soñar el tejido social. La belleza arraigada en muchas de nuestras ciudades se debe a que han conseguido mantener en el tiempo las diferencias de épocas, naciones, estilos y visiones. Basta con mirar el inestimable patrimonio cultural de Roma para confirmar, una vez más, que la riqueza y el valor de un pueblo tiene precisamente sus raíces en el saber articular todos estos niveles en una sana convivencia. Los reduccionismos y todos los intentos de uniformar, lejos de generar valor, condenan a nuestra gente a una pobreza cruel: la de la exclusión. Y, más que aportar grandeza, riqueza y belleza, la exclusión provoca bajeza, pobreza y fealdad. Más que dar nobleza de espíritu, les aporta mezquindad.

Las raíces de nuestros pueblos, las raíces de Europa se fueron consolidando en el transcurso de su historia, aprendiendo a integrar en síntesis siempre nuevas las culturas más diversas y sin relación aparente entre ellas. La identidad europea es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural.

La actividad política es consciente de tener entre las manos este trabajo fundamental y que no puede ser pospuesto. Sabemos que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas», por lo que se tendrá siempre que trabajar para «ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos» (*Evangelii gaudium*, 235). Estamos invitados a promover una integración que encuentra en la solidaridad el modo de hacer las cosas, el modo de construir la historia. Una solidaridad que nunca puede ser confundida con la limosna, sino como generación de oportunidades para que todos los habitantes de nuestras ciudades -y de muchas otras ciudades- puedan desarrollar su vida con dignidad. El tiempo nos enseña que no basta solamente la integración geográfica de las personas, sino que el reto es una fuerte integración cultural.

De esta manera, la comunidad de los pueblos europeos podrá vencer la tentación de replegarse sobre paradigmas unilaterales y de aventurarse en «colonizaciones ideológicas»; más bien redescubrirá la amplitud del alma europea, nacida del encuentro de civilizaciones y pueblos, más vasta que los actuales confines de la Unión y llamada a convertirse en modelo de nuevas síntesis y de diálogo. En efecto, el rostro de Europa

no se distingue por oponerse a los demás, sino por llevar impresas las características de diversas culturas y la belleza de vencer todo encerramiento. Sin esta capacidad de integración, las palabras pronunciadas por Konrad Adenauer en el pasado resonarán hoy como una profecía del futuro: «El futuro de Occidente no está amenazado tanto por la tensión política, como por el peligro de la masificación, de la uniformidad de pensamiento y del sentimiento; en breve, por todo el sistema de vida, de la fuga de la responsabilidad, con la única preocupación por el propio yo»[6].

Capacidad de diálogo

Si hay una palabra que tenemos que repetir hasta cansarnos es esta: diálogo. Estamos invitados a promover una cultura del diálogo, tratando por todos los medios de crear instancias para que esto sea posible y nos permita reconstruir el tejido social. La cultura del diálogo implica un auténtico aprendizaje, una ascesis que nos permita reconocer al otro como un interlocutor válido; que nos permita mirar al extranjero, al emigrante, al que pertenece a otra cultura como sujeto digno de ser escuchado, considerado y apreciado. Para nosotros, hoy es urgente involucrar a todos los actores sociales en la promoción de «una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones» (*Evangelii gaudium*, 239). La paz será duradera en la medida en que armemos a nuestros hijos con las armas del diálogo, les enseñemos la buena batalla del encuentro y la negociación. De esta manera podremos dejarles en herencia una cultura que sepa delinear estrategias no de muerte, sino de vida, no de exclusión, sino de integración.

Esta cultura de diálogo, que debería ser incluida en todos los programas escolares como un eje transversal de las disciplinas, ayudará a inculcar a las nuevas generaciones un modo diferente de resolver los conflictos al que les estamos acostumbrando. Hoy urge crear «coaliciones», no sólo militares o económicas, sino culturales, educativas, filosóficas, religiosas. Coaliciones que pongan de relieve cómo, detrás de muchos conflictos, está en juego con frecuencia el poder de grupos económicos. Coaliciones capaces de defender las personas de ser utilizadas para fines impropios. Armemos a nuestra gente con la cultura del diálogo y del encuentro.

Capacidad de generar

El diálogo, y todo lo que este implica, nos recuerda que nadie puede limitarse a ser un espectador ni un mero observador. Todos, desde el más pequeño al más grande, tienen un papel activo en la construcción de una sociedad integrada y reconciliada. Esta cultura es posible si todos participamos en su elaboración y construcción. La situación actual no permite meros observadores de las luchas ajenas. Al contrario, es un firme llamamiento a la responsabilidad personal y social.

En este sentido, nuestros jóvenes desempeñan un papel preponderante. Ellos no son el futuro de nuestros pueblos, son el presente; son los que ya hoy con sus sueños, con sus vidas, están forjando el espíritu europeo. No podemos pensar

en el mañana sin ofrecerles una participación real como autores de cambio y de transformación. No podemos imaginar Europa sin hacerlos partícipes y protagonistas de este sueño.

He reflexionado últimamente sobre este aspecto, y me he preguntado: ¿Cómo podemos hacer partícipes a nuestros jóvenes de esta construcción cuando les privamos del trabajo; de empleo digno que les permita desarrollarse a través de sus manos, su inteligencia y sus energías? ¿Cómo pretendemos reconocerles el valor de protagonistas, cuando los índices de desempleo y subempleo de millones de jóvenes europeos van en aumento? ¿Cómo evitar la pérdida de nuestros jóvenes, que terminan por irse a otra parte en busca de ideales y sentido de pertenencia porque aquí, en su tierra, no sabemos ofrecerles oportunidades y valores?

«La distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía. Es un deber moral»[7]. Si queremos entender nuestra sociedad de un modo diferente, necesitamos crear puestos de trabajo digno y bien remunerado, especialmente para nuestros jóvenes.

Esto requiere la búsqueda de nuevos modelos económicos más inclusivos y equitativos, orientados no para unos pocos, sino para el beneficio de la gente y de la sociedad. Pienso, por ejemplo, en la economía social de mercado, alentada también por mis predecesores (cf. Juan Pablo II, *Discurso al Embajador de la R. F. de Alemania*, 8 noviembre 1990). Pasar de una economía que apunta al rédito y al beneficio, basados en la especulación y el préstamo con interés, a una economía social que invierta en las personas creando puestos de trabajo y cualificación.

Tenemos que pasar de una economía líquida, que tiende a favorecer la corrupción como medio para obtener beneficios, a una economía social que garantice el acceso a la tierra y al techo por medio del trabajo como ámbito donde las personas y las comunidades puedan poner en juego «muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección del futuro, el desarrollo de capacidades, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás, una actitud de adoración. Por eso, en la actual realidad social mundial, más allá de los intereses limitados de las empresas y de una cuestionable racionalidad económica, es necesario que “se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo [...] para todos”[8]» (*Laudato si'*, 127).

Si queremos mirar hacia un futuro que sea digno, si queremos un futuro de paz para nuestras sociedades, solamente podremos lograrlo apostando por la inclusión real: «esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario»[9]. Este cambio (de una economía líquida a una economía social) no sólo dará nuevas perspectivas y oportunidades concretas de integración e inclusión, sino que nos abrirá nuevamente la capacidad de soñar aquel humanismo, del que Europa ha sido la *cuna* y la *f fuente*.

La Iglesia puede y debe ayudar al renacer de una Europa cansada, pero todavía rica de energías y de potencialidades. Su tarea coincide con su misión: el anuncio

del Evangelio, que hoy más que nunca se traduce principalmente en salir al encuentro de las heridas del hombre, llevando la presencia fuerte y sencilla de Jesús, su misericordia que consuela y anima. Dios desea habitar entre los hombres, pero puede hacerlo solamente a través de hombres y mujeres que, al igual que los grandes evangelizadores del continente, estén tocados por él y vivan el Evangelio sin buscar otras cosas. Sólo una Iglesia rica en testigos podrá llevar de nuevo el agua pura del Evangelio a las raíces de Europa. En esto, el camino de los cristianos hacia la unidad plena es un gran signo de los tiempos, y también la exigencia urgente de responder al Señor «para que todos sean uno» (Jn 17,21).

Con la mente y el corazón, con esperanza y sin vana nostalgia, como un hijo que encuentra en la madre Europa sus raíces de vida y fe, sueño un *nuevo humanismo europeo*, «un proceso constante de humanización», para el que hace falta «memoria, valor y una sana y humana utopía»[10]. Sueño una Europa joven, capaz de ser todavía madre: una madre que tenga vida, porque respeta la vida y ofrece esperanza de vida. Sueño una Europa que se hace cargo del niño, que como un hermano socorre al pobre y a los que vienen en busca de acogida, porque ya no tienen nada y piden refugio. Sueño una Europa que escucha y valora a los enfermos y a los ancianos, para que no sean reducidos a objetos improductivos de descarte. Sueño una Europa, donde ser emigrante no sea un delito, sino una invitación a un mayor compromiso con la dignidad de todo ser humano. Sueño una Europa donde los jóvenes respiren el aire limpio de la honestidad, amen la belleza de la cultura y de una vida sencilla, no contaminada por las infinitas necesidades del consumismo; donde casarse y tener hijos sea una responsabilidad y una gran alegría, y no un problema debido a la falta de un trabajo suficientemente estable. Sueño una Europa de las familias, con políticas realmente eficaces, centradas en los rostros más que en los números, en el nacimiento de hijos más que en el aumento de los bienes. Sueño una Europa que promueva y proteja los derechos de cada uno, sin olvidar los deberes para con todos. Sueño una Europa de la cual no se pueda decir que su compromiso por los derechos humanos ha sido su última utopía. Gracias.

NOTAS:

[1] *Discurso al Parlamento Europeo*, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014.

[2] *Ibid.*

[3] *Declaración del 9 de mayo de 1950*, Salón de l'Horloge, Quai d'Orsay, Paris

[4] *Ibid.*

[5] *Discurso a la Conferencia Parlamentaria Europea*, París, 21 de abril de 1954.

[6] *Discurso a la Asamblea de los artesanos alemanes*, Düsseldorf, 27 de abril de 1952.

[7] *Discurso a los movimientos populares en Bolivia*, Santa Cruz de la Sierra, 9 de julio de 2015.

[8] Benedicto XVI, Carta. Enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 32: AAS 101 (2009), 666.

[9] *Discurso a los movimientos populares en Bolivia*, Santa Cruz de la Sierra, 9 de julio 2015.

[10] *Discurso al Consejo de Europa*, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014.

Discurso del Papa Francisco a la Conferencia Episcopal Italiana en la apertura de su 69 Asamblea General

Aula del Sínodo. Lunes, 16 de mayo de 2016.

Queridos hermanos:

El tema que habéis puesto como hilo conductor de los trabajos *-La renovación del clero-* con el propósito de sostener la formación a lo largo de las diversas etapas de la vida, hace que abra con vosotros esta Asamblea con especial felicidad.

Pentecostés que acabamos de celebrar coloca en la justa luz vuestro objetivo. El Espíritu Santo es, de hecho, el protagonista de la historia de la Iglesia: es el Espíritu que habita en plenitud en la persona de Jesús y nos introduce en el misterio del Dios vivo; es el Espíritu que animó la respuesta generosa de la Virgen Madre y de los santos; es el Espíritu que obra en los creyentes y en hombres de paz, y suscita la generosa disponibilidad y la alegría evangelizadora de muchos sacerdotes. Sin el Espíritu Santo -lo sabemos- no existe posibilidad de vida buena ni de reforma. Recemos y comprometámonos a custodiar su fuerza, para que «el mundo actual pueda así recibir la Buena Nueva [...] de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80).

Esta tarde no quiero ofreceros una reflexión sistemática sobre la figura del sacerdote. Tratemos, más bien, de invertir la perspectiva y ponernos a la escucha, en contemplación. Acerquémonos, casi de puntillas, a cualquiera de los muchos párrocos que se entregan en nuestras comunidades; dejemos que el rostro de uno de ellos pase ante los ojos de nuestro corazón y preguntémonos con sencillez: *¿qué hace que su vida tenga sabor? ¿A quién y a qué dedica su servicio? ¿Cuál es la razón última de su entrega?*

Espero que estas preguntas puedan reposar dentro de vosotros en el silencio, en la oración tranquila, en el diálogo franco y fraterno: las respuestas que aflorarán os ayudarán a individuar también las propuestas formativas sobre las cuales invertir con coraje.

1. Entonces, *¿qué da sabor a la vida de «nuestro» presbítero?* El contexto cultural es muy diferente de aquel en el que dio sus primeros pasos en el ministerio. También en Italia muchas tradiciones, hábitos y visiones de la vida se han visto afectadas por un cambio profundo de época.

Nosotros, que a menudo nos lamentamos de este tiempo con tono amargo y acusador, también debemos sentir su dureza: en nuestro ministerio, ¡cuántas personas nos encontramos que tienen problemas por falta de referencias a las que mirar! ¡Cuántas relaciones heridas! En un mundo en el que cada uno se piensa la medida de todo, no hay más lugar para el hermano.

En este contexto, la vida de nuestro presbítero se vuelve elocuente, porque es diferente y alternativa. Al igual que Moisés, él es uno que se ha acercado al fuego y ha dejado que las llamas quemaran sus ambiciones de carrera y poder. Ha hecho una hoguera también con las tentaciones de interpretarse como un «devoto», que se refugia en un intimismo religioso que tiene poco de espiritual.

Está descalzo, nuestro sacerdote, ante a una tierra que se obstina en creer y considerar santa. No se escandaliza por las fragilidades que sacuden el ánimo humano: consciente de ser él mismo un parálítico sanado, está lejos de la frialdad del rigorista, así como de la superficialidad del que quiere mostrarse condescendiente contentadizo. Por el contrario, acepta hacerse cargo del otro, sintiéndose partícipe y responsable de su destino.

Con el aceite de la esperanza y del consuelo, se hace prójimo de cada uno, atento a compartir con ellos el abandono y el sufrimiento. Habiendo aceptado no disponer de sí mismo, no tiene una agenda que defender, sino que cada mañana entrega al Señor su tiempo para dejarse encontrar por la gente y salir al encuentro. Por lo tanto, nuestro sacerdote no es un burócrata o un funcionario anónimo de la institución; no está consagrado a un rol clerical administrativo, ni se mueve por los criterios de la eficiencia.

Sabe que el Amor es todo. No busca seguridades terrenas o títulos honoríficos, que llevan a confiar en el hombre; de por sí en el ministerio no pide nada que vaya más allá de la necesidad real, ni está preocupado por atar a sí a las personas que se le encomiendan. Su estilo de vida sencillo y esencial, siempre disponible, lo presenta creíble a los ojos de la gente y lo acerca a los humildes, en una caridad pastoral que nos hace libres y solidarios. Siervo de la vida, camina con el corazón y el paso de los pobres; se hace rico por el trato frecuente con ellos. Es un hombre de paz y reconciliación, un signo y un instrumento de la ternura de Dios, atento a difundir el bien con la misma pasión con la que otros cuidan sus intereses.

El secreto de nuestro presbítero -¡vosotros lo sabéis bien!- está en esa zarza ardiente que marca a fuego la existencia, la conquista y la conforma a la de Jesucristo, verdad definitiva de su vida. Es la relación con Él la que lo custodia, haciéndolo ajeno a la mundanidad espiritual que corrompe, así como a cualquier compensación y mezquindad. Es la amistad con su Señor la que lo lleva a abrazar la realidad cotidiana con la confianza de quien cree que la imposibilidad del hombre no es así para Dios.

2. Se vuelve de esta forma más inmediato afrontar también las otras preguntas con las que hemos iniciado. *¿A quién dedica el servicio nuestro presbítero?* La pregunta, tal vez, debería especificarse. De hecho, incluso antes de preguntarnos sobre los destinatarios de su servicio, hay que reconocer que el presbítero es tal en la medida en que se siente partícipe de la Iglesia, de una comunidad concreta con la que comparte el camino. El pueblo fiel de Dios es el seno del cual se le

saca, la familia de la que forma parte, la casa a la cual es enviado. Esta pertenencia común, que brota del Bautismo, es el respiro que libra de la autorreferencialidad que aísla y aprisiona: «Cuando tu barco va a comenzar a echar raíces en la quietud del muelle -recordaba Dom Hélder Câmara- hazte a la mar». ¡Parte! Y, sobre todo, no porque *tienes* una misión que cumplir, sino porque estructuralmente *eres* un misionero: en el encuentro con Jesús has experimentado la plenitud de la vida y, por lo tanto, deseas con todo tu ser que otros se reconozcan en Él y puedan custodiar su amistad, nutrirse de su palabra y celebrarlo en la comunidad.

El que vive por el Evangelio, entra así en un modo de compartir virtuoso: al pastor lo convierte y confirma la fe sencilla del pueblo santo de Dios, con el que trabaja y en cuyo corazón vive. Esta pertenencia es la sal de la vida del presbítero; hace que su rasgo característico sea la comunión, vivida con los laicos en relaciones que saben valorar la participación de cada uno. En este tiempo pobre de amistad social, nuestra primera tarea es construir comunidad; la capacidad de relación es, por lo tanto, un criterio decisivo del discernimiento vocacional.

Del mismo modo, para un sacerdote es vital sentirse a gusto en el cenáculo del presbiterio. Esta experiencia -cuando no se vive de una manera ocasional, ni en virtud de una colaboración instrumental- libera de los narcisismos y de los celos clericales; hace crecer la estima, el apoyo y la benevolencia recíproca; favorece una comunión no sólo sacramental o jurídica, sino fraterna y concreta.

Al caminar juntos los presbíteros, de edades y sensibilidades diferentes, se expande un perfume de profecía que sorprende y fascina. La comunión es realmente uno de los nombres de la Misericordia.

En vuestra reflexión sobre la renovación del clero entra también el capítulo dedicado a la gestión de las estructuras y de los bienes: en una visión evangélica, evitad sobrecargaros en una pastoral de conservación, que obstaculice la apertura a la perenne novedad del Espíritu. Mantened sólo lo que puede servir para la experiencia de fe y de caridad del pueblo de Dios.

3. Por último, nos hemos preguntado *cuál es la razón última de la entrega de nuestro presbítero*. ¡Cuánta tristeza dan aquellos que en la vida están siempre un poco a la mitad, con el pie levantado! Calculan, sopesan, no arriesgan nada por miedo a perderse... ¡Son los más infelices! Nuestro presbítero, en cambio, con sus límites, es uno que se la juega hasta el final: en las condiciones concretas en las que la vida y el ministerio le han puesto, se ofrece con gratuidad, con humildad y alegría. Aun cuando nadie parece darse cuenta. Incluso cuando intuye que, humanamente, quizá nadie le agradecerá lo suficiente su entrega sin medida.

Pero -él lo sabe- no podría hacer otra cosa: ama la tierra, que reconoce visitada cada mañana por la presencia de Dios. Es hombre de la Pascua, de la mirada dirigida al Reino, hacia el cual percibe que camina la historia humana, a pesar de los retrasos, las oscuridades y las contradicciones. El Reino -la visión que tiene

Jesús del hombre- es su alegría, el horizonte que le permite relativizar el resto, atemperar preocupaciones y ansiedades, permanecer libre de las ilusiones y del pesimismo; custodiar en el corazón la paz y difundirla con sus gestos, sus palabras y sus actitudes.

Así se delinea, queridos hermanos, *la triple pertenencia que nos constituye: pertenencia al Señor, a la Iglesia, al Reino*. ¡Este tesoro en vasijas de barro debe ser custodiado y promovido! Asumid plenamente esta responsabilidad, haceos cargo con paciencia y disponibilidad de tiempo, de manos y de corazón.

Rezo con vosotros a la Santa Virgen, para que su intercesión os mantenga acogedores y fieles.

Que junto con vuestros presbíteros podáis completar el camino, el servicio que se os ha confiado y con el que participáis en el misterio de la Madre Iglesia. Gracias.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en la Asamblea de las Obras Misionales Pontificias

Sala Clementina. Sábado, 4 de junio de 2016.

Señor cardenal, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Os doy la bienvenida a todos, directores nacionales de las Obras misionales pontificias y colaboradores de la Congregación para la evangelización de los pueblos. Agradezco al cardenal Fernando Filoni las palabras que me dirigió, y a todos vosotros por vuestro precioso servicio a la misión de la Iglesia que consiste en llevar el Evangelio «a todas las criaturas» (Mc 16, 15).

Este año nuestro encuentro tiene lugar en el centenario de la fundación de la Pontificia Unión Misional (PUM).

La Obra se inspira en el beato Paolo Manna, sacerdote misionero del Pontificio Instituto para las misiones extranjeras. Sostenida por san Guido María Conforti, la misma fue aprobada por el Papa Benedicto XV el 31 de octubre de 1916; y cuarenta años después el venerable Pío XII la calificó como «Pontificia».

A través de la intuición del beato Paolo Manna y la mediación de la Sede apostólica, el Espíritu Santo condujo a la Iglesia a tener una consciencia cada vez mayor de su propia naturaleza misionera, conducida luego a su maduración por el Concilio ecuménico Vaticano II.

El beato Paolo Manna comprendió muy bien que formar y educar en el misterio de la Iglesia y en su intrínseca vocación misionera es una finalidad que concierne a todo el santo Pueblo de Dios, en la variedad de los estados de vida y de los ministerios. «De las tareas de la Unión misional algunas son de naturaleza cultural, otras de naturaleza espiritual, otras, por último, prácticas y organizativas.

La Unión misional tiene la finalidad de iluminar, de animar, de organizar a los sacerdotes, y, a través de ellos, a todos los fieles, con vistas a la misión». Así se expresaba el fundador de la Pontificia Unión Misional en 1936 en una intervención histórica, que tuvo lugar durante el segundo Congreso internacional de la Obra. Sin embargo, formar para la misión a obispos y sacerdotes no significaba reducir la Pontificia Unión Misional a una realidad simplemente clerical, sino sostener a la jerarquía en su servicio a la misionariedad de la Iglesia, que es misión de todos: fieles y pastores, casados y vírgenes consagradas, Iglesia universal e Iglesias particulares. Realizando ese servicio con la caridad que los caracteriza, los Pastores mantengan a la Iglesia siempre y por doquier en estado de misión, la cual es siempre en conclusión obra de Dios, y en ella participan, gracias al Bautismo, a la Confirmación y a la Eucaristía, todos los creyentes.

Queridos directores nacionales de las Obras misionales pontificias, la misión hace a la Iglesia y la mantiene fiel al deseo salvífico de Dios. Por ello, incluso siendo importante que os preocupéis de la recogida y la distribución de ayudas económicas que diligentemente administráis en favor de muchas Iglesias y de muchos cristianos necesitados, servicio por el cual os doy las gracias, os exhorto a no limitaros sólo a este aspecto.

Se necesita «mística». Debemos crecer en pasión evangelizadora. Yo tengo miedo -os lo confieso- de que vuestra obra permanezca muy organizativa, perfectamente organizativa, pero sin pasión. Esto lo puede hacer también una ONG, pero vosotros no sois una ong.

Vuestra Unión sin pasión no sirve; sin «mística» no sirve. Y si tenemos que sacrificar algo, sacrifiquemos la organización, sigamos adelante con la mística de los santos. Hoy, vuestra Unión misionera necesita esto: mística de los santos y de los mártires.

Y este es el generoso trabajo de formación permanente a la misión que tenéis que hacer; que no es sólo un curso intelectual, sino introducido en esta onda de pasión misionera, de testimonio martirial. Las Iglesias de reciente fundación, ayudadas por vosotros para su formación misionera permanente, podrán transmitir a las Iglesias de antigua fundación, a veces cargando con el peso de su historia y un poco cansadas, el ardor de la fe joven, el testimonio de la esperanza cristiana, sostenida por la valentía admirable del martirio. Os aliento a servir con amor grande a las Iglesias que, gracias a los mártires, nos testimonian cómo el Evangelio nos hace partícipes de la vida de Dios, y lo hacen por atracción y no por proselitismo.

En este Año Santo de la Misericordia, el ardor misionero que consumía al beato Paolo Manna, y del cual brotó la Pontificia Unión Misional, siga también hoy haciendo arder, apasionar, renovar, repensar y reformar el servicio que esta Obra está llamada a ofrecer a toda la Iglesia. Vuestra Unión no debe ser la misma el año próximo que la de este año: debe cambiar en esta dirección, debe convertirse con esta pasión misionera. Mientras damos gracias al Señor por sus cien años, deseamos que la pasión por Dios y por la misión de la Iglesia lleve a la Pontificia Unión Misional también a volver a programarse en la docilidad al Espíritu Santo, en vista de una adecuada reforma de sus formas de actuar -adecuada reforma, es decir conversión y reforma- y de una auténtica renovación para el bien de la formación permanente para la misión de todas las Iglesias.

A la Virgen María, Reina de las misiones, a los santos Pedro y Pablo, a san Guido María Conforti y al beato Paolo Manna confiamos con gratitud vuestro servicio.

Os bendigo de corazón y os pido por favor que recéis por mí, para que no caiga en la «beata quietud»; para que yo también tenga ardor misionero para seguir adelante. Y os invito a rezar juntos el Ángelus.

Discurso del Papa Francisco a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los laicos

Viernes, 17 de junio de 2016.

Queridos hermanos y hermanas:

No quisiera que estas palabras fueran la «valedictio» al Dicasterio, la despedida, pero que fuesen precisamente palabras de agradecimiento por todo el trabajo realizado.

Os acojo con ocasión de vuestra Asamblea plenaria; os saludo a todos cordialmente y agradezco al cardenal presidente por sus amables palabras. Este vuestro encuentro reviste un carácter especial, pues, como ya tuve ocasión de anunciar, vuestro Consejo pontificio asumirá una nueva fisionomía. Se trata de la conclusión de una etapa importante y de la apertura de una nueva para el Dicasterio de la Curia romana que ha acompañado la vida, la maduración y las transformaciones del laicado católico desde el Concilio Vaticano II hasta el día de hoy.

Por lo tanto, la ocasión es propicia para dirigir una mirada a los casi 50 años de actividad del Dicasterio, y, al mismo tiempo, proyectar una renovada presencia al servicio del laicado, continuamente en fermento y permeada por nuevas problemáticas. El Consejo pontificio para los laicos nace por expresa voluntad del Concilio Vaticano II que, en el decreto sobre el apostolado de los laicos, quiso que se estableciera «en la Santa Sede, algún Secretariado especial para servicio e impulso del apostolado seglar», con el fin de ayudar «con sus consejos a la jerarquía y a los laicos en las obras apostólicas» (*Apostolicam actuositatem*, 26). Y así el beato Pablo VI dio vida a este Dicasterio, que no dudó en definir «uno de los mejores frutos del Concilio Vaticano II» (*Motu proprio, Apostolatus peragendi* [10 de diciembre de 1976], 697) -y él era el «papá» de la FUCI, de los jóvenes, de los laicos; había trabajado mucho y sentía mucho esto- concibiéndolo -a este fruto- no como órgano de control sino como centro de coordinación, de estudio, de consulta, finalizado a «incitar a los laicos para que tomen parte en la vida y misión de la Iglesia [...] tanto como miembros de asociaciones [...] o como fieles individuales» (*ibid.*). ¡El Consejo pontificio está para animar!

Agradecemos al Señor por los abundantes frutos y los innumerables retos de estos años. Podemos recordar, por ejemplo, la nueva estación de agregaciones, que junto con las asociaciones laicales de larga y digna historia, ha visto surgir muchos movimientos y nuevas comunidades de gran impulso misionero; movimientos que vosotros seguís en su desarrollo, acompañados con atención, y asistidos en la delicada fase del reconocimiento jurídico de sus estatutos. Y después el nacimiento de nuevos ministerios laicales, a los que se les ha confiado no pocas

actividades apostólicas. Además, cabe destacar el creciente papel de la mujer en la Iglesia, con su presencia, su sensibilidad y sus dones. Y, también, la creación de las Jornadas mundiales de la juventud, gesto providencial de san Juan Pablo ii, instrumento de evangelización de las nuevas generaciones que vosotros organizáis con especial empeño.

Podemos decir, por lo tanto, que el mandato que habéis recibido del Concilio ha sido precisamente el de «empujar» a los fieles laicos a comprometerse cada vez más y mejor en la misión evangelizadora de la Iglesia, no por una «delegación» de la jerarquía, sino en cuanto que su apostolado «es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación» (const. dogm. *Lumen gentium*, 33). Y esta es la puerta de ingreso. En la Iglesia se entra por el Bautismo, no por la ordenación sacerdotal o episcopal, se entra por el Bautismo. Y todos hemos entrado a través de la misma puerta. Es el Bautismo el que hace de todo fiel laico un discípulo misionero del Señor, sal de la tierra, luz del mundo, levadura que transforma la realidad desde dentro.

Las actividades de la Iglesia, como las que hemos mencionado, se dirigen siempre a rostros, mentes, corazones de personas concretas. Y es importante que en vuestra Plenaria hayáis querido recordar a todos aquellos que se han entregado con pasión y compromiso en la animación, en la promoción y coordinación de la vida y del apostolado de los laicos en los años pasados. Sobre todo los diversos presidentes que se han sucedido; después tantos miembros y consultores, entre los cuales estuvo el mismo Karol Wojtyła, que siguió con interés y clarividencia este Dicasterio desde sus primeros pasos; y después tantos laicos que han trabajado ahí con generosidad y competencia, y otros muchos que han trabajado silenciosamente en favor del laicado católico.

A la luz de este camino recorrido, es tiempo de mirar nuevamente con esperanza al futuro. Queda aún mucho por hacer ampliando los horizontes y aceptando los nuevos retos que la realidad nos presenta. Es de aquí que nace el proyecto de reforma de la Curia, en particular de la fusión de vuestro Dicasterio con el Consejo pontificio para la familia en conexión con la Academia para la vida. Os invito, por lo tanto, a acoger esta reforma, que os verá involucrados, como signo de valoración y estima por el trabajo que desempeñáis y como signo de renovada confianza en la vocación y misión de los laicos en la Iglesia de hoy. El nuevo Dicasterio que nacerá tendrá como «timón» para proseguir en su navegación, por un lado la *Christifideles laici* y por el otro la *Evangelii gaudium* y la *Amoris laetitia*, que tienen como campos privilegiados de trabajo la familia y la defensa de la vida.

En este particular momento histórico, y en el contexto del Jubileo de la Misericordia, la Iglesia está llamada a tomar cada vez más conciencia de ser «la casa

paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas» y pecadora (Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 47); de ser Iglesia en permanente salida, «comunidad evangelizadora [...] que sabe tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos» (*ibid.*, 24). Quisiera proponeros, como horizonte de referencia para vuestro futuro inmediato, un binomio que se podría formular así: «Iglesia en salida - laicado en salida». También vosotros, por lo tanto, alzad la mirada y mirad «fuera», mirad a los más «lejanos» del nuestro mundo, a tantas familias en dificultades y necesitadas de misericordia, a tantos campos de apostolado aún sin explorar, a los numerosos laicos de corazón bueno y generoso que voluntariamente pondrían al servicio del Evangelio sus energías, su tiempo, sus capacidades si fuesen convocados, valorados y acompañados con afecto y dedicación por parte de los pastores y de las instituciones eclesíásticas. Tenemos necesidad de laicos bien formados, animados por una fe genuina y límpida, cuya vida ha sido tocada por el encuentro personal y misericordioso con el amor de Cristo Jesús. Tenemos necesidad de laicos que arriesguen, que se ensucien las manos, que no tengan miedo de equivocarse, que sigan adelante. Tenemos necesidad de laicos con visión de futuro, no cerrados en la pequeñeces de la vida. Y lo he dicho a los jóvenes: tenemos necesidad de laicos con sabor a experiencia de vida, que se atrevan a soñar. Hoy es el momento en el que los jóvenes tienen necesidad de los sueños de los ancianos. En esta cultura del descarte no nos acostumbremos a descartar a los ancianos. Empujémosles, empujémosles para que sueñen y -como dice el profeta Joel- «tengan sueños», esa capacidad de soñar, y den a todos nosotros la fuerza de nuevas visiones apostólicas.

Agradezco a todos vosotros, queridos hermanos miembros y consultores, por el trabajo desempeñado al servicio de este Dicasterio, y os animo a abriros con docilidad y humildad a las novedades de Dios, que nos sorprenden y superan, pero que jamás nos decepcionan, así como lo hizo María, nuestra madre y maestra en la fe.

De corazón os imparto a todos vosotros y a vuestros seres queridos mi bendición. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

**Palabras del Papa Francisco
durante la conmemoración del 65 Aniversario
de la Ordenación Sacerdotal del Papa Emérito Benedicto XVI**

Sala Clementina. Martes, 28 de junio de 2016.

Santidad:

Hoy festejamos la historia de una llamada que inició hace sesenta y cinco años con Su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en la catedral de Frisinga el 29 de junio de 1951. Pero, ¿cuál es la nota de fondo que recorre esta larga historia y que desde aquel primer inicio hasta hoy la domina cada vez más?

En una de las muchas bonitas páginas que usted dedica al sacerdocio destaca cómo, en la hora de la llamada definitiva de Simón, Jesús, mirándolo, en el fondo sólo le pregunta una cosa: «¿Me amas?». ¡Cuán bonito y verdadero es esto! Porque es aquí, nos dice usted, en ese «¿me amas?» donde el Señor funda el apacentar, porque sólo si existe el amor al Señor Él puede apacentar a través de nosotros: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo» (cf. *Jn* 21, 15-19). Es esta la nota que domina una vida entera entregada al servicio sacerdotal y a la teología, que usted no por casualidad definió como «*la búsqueda del amado*»; es esto lo que usted siempre ha testimoniado y testimonia aún hoy: que lo decisivo en nuestras jornadas -de sol o de lluvia-, aquello de lo cual se desprende todo el resto, es que el Señor esté verdaderamente presente, que lo deseemos, que interiormente estemos cerca de Él, que lo amemos, que de verdad creamos profundamente en Él y creyendo lo amemos de verdad. Es esta forma de amar la que nos llena el corazón, este creer es lo que nos hace caminar seguros y tranquilos sobre las aguas, incluso en medio de la tempestad, precisamente como le sucede a Pedro. Este amar y este creer es lo que nos permite mirar al futuro no con miedo o nostalgia, sino con alegría, incluso en la edad ya avanzada de nuestra vida.

Y así, precisamente viviendo y testimoniando hoy de un modo tan intenso y luminoso esta única cosa verdaderamente decisiva -tener la mirada y el corazón orientado a Dios-, usted, Santidad, sigue sirviendo a la Iglesia, no deja de contribuir verdaderamente con vigor y sabiduría a su crecimiento; y lo hace desde ese pequeño Monasterio *Mater Ecclesiae* en el Vaticano que se revela de ese modo como algo distinto a uno de esos rinconcitos olvidados en los cuales la cultura del descarte de hoy tiende a relegar a las personas cuando, con la edad, sus fuerzas disminuyen. Es todo lo contrario. Y esto permita que lo diga con fuerza su sucesor que eligió llamarse Francisco. Porque el camino espiritual de san Francisco inició en San Damián, pero el verdadero lugar amado, el corazón pulsante de la Orden, allí donde la fundó y donde, al final, entrega su vida a Dios, fue la

Porciúncula, la «pequeña porción», el rinconcito junto a la Madre de la Iglesia; junto a María que, por su fe tan firme y por su forma tan íntegra de vivir de amor y en el amor con el Señor, todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Así, la Providencia quiso que usted, querido hermano, llegase a un lugar, por decirlo así, precisamente «franciscano», del cual emana una tranquilidad, una paz, una fuerza, una confianza, una madurez, una fe, una entrega y una fidelidad que me hacen mucho bien y nos dan mucha fuerza a mí y a toda la Iglesia. Y me permito decir también que de usted viene un sano y alegre sentido del humor.

La felicitación con la cual deseo concluir es una felicitación que dirijo a usted y al mismo tiempo a todos nosotros y a toda la Iglesia: que usted, Santidad, pueda seguir sintiendo la mano del Dios misericordioso que lo sostiene, que pueda experimentar y testimoniarnos el amor de Dios; y que, con Pedro y Pablo, pueda seguir exultando con gran alegría mientras camina hacia la meta de la fe (cf. *1 P* 1, 8-9; *2 Tm* 4, 6-8).

PALABRAS DEL PAPA EMÉRITO BENEDICTO XVI

Santo Padre, queridos hermanos:

Hace sesenta y cinco años, un hermano que fue ordenado conmigo decidió escribir en el recordatorio de la primera misa, además del nombre y las fechas, sólo una palabra, en griego: *Eucharistòumen*, convencido de que con esta palabra, en sus muchas dimensiones, ya está dicho todo lo que se puede decir en este momento. *Eucharistòumen* dice un gracias humano, gracias a todos. Gracias sobre todo a usted, Santo Padre. Su bondad, desde el primer momento de la elección, en cada momento de mi vida aquí, me admira, me hace partícipe realmente, interiormente. Más que los jardines vaticanos, con su belleza, es su bondad el lugar donde vivo: me siento protegido. Gracias también por la palabra de agradecimiento, por todo. Y esperamos que usted pueda seguir adelante con todos nosotros por esta senda de la misericordia divina, mostrando el camino de Jesús, hacia Jesús, hacia Dios.

Gracias también a usted, eminencia [cardenal Sodano], por sus palabras que han tocado verdaderamente el corazón: *Cor ad cor loquitur*. Usted ha recordado tanto la hora de mi ordenación sacerdotal como mi visita en 2006 a Frisinga, donde reviví esto. Sólo puedo decir que así, con estas palabras, usted ha interpretado lo esencial de mi visión del sacerdocio, de mi obrar. Le agradezco la relación de amistad que desde hace mucho tiempo continúa hasta ahora, de tejado a tejado [se refiere a sus casas que están ubicadas en la misma línea y están cerca]: es casi presente y tangible.

Gracias, cardenal Müller, por el trabajo que hace para la presentación de mis textos sobre el sacerdocio, con los cuales trato de ayudar también a mis hermanos a entrar siempre de nuevo en el misterio donde el Señor se entrega en nues-

tras manos. Eucharistòmen: en aquel momento el amigo [Rupert] Berger quería mencionar no sólo la dimensión del agradecimiento humano, sino naturalmente la palabra más profunda que se esconde, que se hace presente en la liturgia, en la Escritura, en las palabras *gratias agens benedixit fregit deditque. Eucharistòmen* nos remite a esa realidad de dar gracias, a esa nueva dimensión dada por Cristo. Él transformó en acción de gracias, y así en bendición, la cruz, el sufrimiento, todo el mal del mundo. Y así, fundamentalmente, transubstanció la vida y el mundo; y nos dio y nos da cada día el pan de la vida verdadera, que supera los límites del mundo gracias a la fuerza de su amor.

Al final, queremos entrar en este «gracias» del Señor, y así recibir realmente la novedad de la vida y ayudar en la transubstanciación del mundo: que no sea un mundo de muerte, sino de vida; un mundo en el cual el amor ha vencido la muerte. Gracias a todos vosotros. Que el Señor nos bendiga a todos.

Gracias, Santo Padre.

HOMILÍAS

**Homilía del Papa Francisco
en la celebración del Jubileo de la Divina Misericordia**

Plaza de San Pedro. Domingo, 3 de abril de 2016

«Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos» (Jn 20,30). El Evangelio es el libro de la misericordia de Dios, para leer y releer, porque todo lo que Jesús ha dicho y hecho es expresión de la misericordia del Padre. Sin embargo, no todo fue escrito; el Evangelio de la misericordia continúa siendo *un libro abierto*, donde se siguen escribiendo los signos de los discípulos de Cristo, gestos concretos de amor, que son el mejor testimonio de la misericordia. Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio, portadores de la Buena Noticia a todo hombre y mujer de hoy. Lo podemos hacer realizando las obras de misericordia corporales y espirituales, que son *el estilo de vida del cristiano*. Por medio de estos gestos sencillos y fuertes, a veces hasta invisibles, podemos visitar a los necesitados, llevándoles la ternura y el consuelo de Dios. Se sigue así aquello que cumplió Jesús en el día de Pascua, cuando derramó en los corazones de los discípulos temerosos la misericordia del Padre, exhaló sobre ellos el Espíritu Santo que perdona los pecados y da la alegría.

Sin embargo, en el relato que hemos escuchado surge un contraste evidente: está *el miedo* de los discípulos que cierran las puertas de la casa; por otro lado, *la misión* de parte de Jesús, que los envía al mundo a llevar el anuncio del perdón. Este contraste puede manifestarse también en nosotros, una lucha interior entre el corazón cerrado y la llamada del amor a abrir las puertas cerradas y a salir de nosotros mismos. Cristo, que por amor entró a través de las puertas cerradas del pecado, de la muerte y del infierno, desea entrar también en cada uno para abrir de par en par las puertas cerradas del corazón. Él, que con la resurrección venció el miedo y el temor que nos aprisiona, quiere abrir nuestras puertas cerradas y enviarnos. El camino que el Maestro resucitado nos indica es de una sola vía, va en una única dirección: salir de nosotros mismos, salir para dar testimonio de la fuerza sanadora del amor que nos ha conquistado. Vemos ante nosotros una humanidad continuamente herida y temerosa, que tiene las cicatrices del dolor y de la incertidumbre. Ante el sufrido grito de misericordia y de paz, escuchamos hoy la invitación esperanzadora que Jesús dirige a cada uno de nosotros: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21).

Toda enfermedad puede encontrar en la misericordia de Dios una ayuda eficaz. De hecho, su misericordia no se queda lejos: desea salir al encuentro de todas las pobrezas y liberar de tantas formas de esclavitud que afligen a nuestro mundo.

Quiere llegar a las heridas de cada uno, para curarlas. Ser *apóstoles de misericordia* significa tocar y acariciar sus llagas, presentes también hoy en el cuerpo y en el alma de muchos hermanos y hermanas suyos. Al curar estas heridas, confesamos a Jesús, lo hacemos presente y vivo; permitimos a otros que toquen su misericordia y que lo reconozcan como «Señor y Dios» (cf. v. 28), como hizo el apóstol Tomás. Esta es la misión que se nos confía. Muchas personas piden ser *escuchadas y comprendidas*. El Evangelio de la misericordia, para anunciarlo y escribirlo en la vida, busca personas con el corazón paciente y abierto, “buenos samaritanos” que conocen la compasión y el silencio ante el misterio del hermano y de la hermana; pide siervos generosos y alegres que aman gratuitamente sin pretender nada a cambio.

«Paz a vosotros» (v. 21): es el saludo que Cristo trae a sus discípulos; es la misma paz, que esperan los hombres de nuestro tiempo. No es una paz negociada, no es la suspensión de algo malo: es *su* paz, la paz que procede del corazón del Resucitado, la paz que venció el pecado, la muerte y el miedo. Es la paz que no divide, sino que une; es la paz que no nos deja solos, sino que nos hace sentir acogidos y amados; es la paz que permanece en el dolor y hace florecer la esperanza. Esta paz, como en el día de Pascua, nace y renace siempre desde el perdón de Dios, que disipa la inquietud del corazón. Ser *portadores de su paz*: esta es la misión confiada a la Iglesia en el día de Pascua. Hemos nacido en Cristo como instrumentos de reconciliación, para llevar a todos el perdón del Padre, para revelar su rostro de amor único en los signos de la misericordia.

En el Salmo responsorial se ha proclamado: «Su amor es para siempre» (117/118,2). Es verdad, la misericordia de Dios es eterna; no termina, no se agota, no se rinde ante la adversidad y no se cansa jamás. En este “*para siempre*” encontramos consuelo en los momentos de prueba y de debilidad, porque estamos seguros que Dios no nos abandona. Él permanece con nosotros *para siempre*. Le agradecemos su amor tan inmenso, que no podemos comprender: es tan grande. Pidamos la gracia de no cansarnos nunca de acudir a la misericordia del Padre y de llevarla al mundo; pidamos ser nosotros mismos misericordiosos, para difundir en todas partes la fuerza del Evangelio, para escribir aquellas páginas del Evangelio que el apóstol Juan no ha escrito.

Homilía del Papa Francisco con motivo de las ordenaciones sacerdotales

Basilica Vaticana. Domingo, 17 de abril de 2016.

Queridos hermanos:

Estos nuestros hijos han sido llamados al orden presbiteral. Como vosotros sabéis el Señor Jesús es el único sumo sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiso elegir algunos, en particular, para que ejerciendo públicamente en la Iglesia en su nombre la función sacerdotal a favor de todos los hombres, continuaran su misión personal de maestro, sacerdote y pastor.

Después de una madura reflexión, ahora estamos por elevar al orden presbiteral a estos nuestros hermanos, para que al servicio de Cristo, maestro, sacerdote y pastor, cooperen a edificar el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia en Pueblo de Dios y Templo santo del Espíritu Santo.

Ellos serán configurados a Cristo sumo y eterno sacerdote, o sea serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y con este título, que les une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, Pastores del Pueblo de Dios, y presidirán las acciones de culto, especialmente en las celebraciones del sacrificio del Señor.

A vosotros, hijos y hermanos dilectísimos que vais a ser promovidos al orden del presbiterado, considerad que ejerciendo el ministerio de la sagrada doctrina seréis partícipes de la misión de Cristo, único maestro. Dispensad a todos la Palabra de Dios, esa Palabra que vosotros mismos habéis recibido con alegría. Haced memoria de vuestra historia, de ese don de la Palabra que el Señor os dio, a través de la mamá, la abuela -como dice san Pablo-, de los catequistas y de toda la Iglesia. Leed y meditaad asiduamente la Palabra del Señor para creer lo que habéis leído, enseñar lo que habéis aprendido en la fe, vivir lo que habéis enseñado.

Que vuestra doctrina, por lo tanto, sea alimento para el pueblo de Dios, el perfume de vuestra vida, alegría y apoyo para los fieles de Cristo, para que con la palabra y el ejemplo -van juntos: palabra y ejemplo- edifiquéis la casa de Dios, que es la Iglesia. Vosotros continuaréis la obra santificadora de Cristo. Mediante vuestro ministerio el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque está unido al Sacrificio de Cristo, que por vuestras manos, en nombre de toda la Iglesia, es ofrecido de forma incruenta en el altar en la celebración de los santos misterios.

Reconoced, por tanto, lo que hacéis. Imitad lo que celebréis, para que partici-

pando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, llevéis la muerte de Cristo en vuestros miembros y caminéis con Él en novedad de vida. Llevad la muerte de Cristo en vosotros mismos, y caminad con Cristo en novedad de vida. Sin cruz no encontraréis nunca al verdadero Jesús; y una cruz sin Cristo no tiene sentido.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al Pueblo de Dios. Con el sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia.

Por favor, os pido en nombre del mismo Jesucristo, el Señor, y en nombre de la Iglesia, que seáis misericordiosos, muy misericordiosos.

Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos.

Celebrando los sagrados ritos y elevando en las distintas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del Pueblo de Dios y de la humanidad entera. Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres. Elegidos, no os olvidéis de esto. ¡Elegidos! Es el Señor quien os ha llamado, uno por uno.

Elegidos entre los hombres y constituidos a favor de ellos, ¡no a favor mío!

En comunión filial con vuestro obispo, comprometeos a unir a los fieles en una única familia, para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Tened siempre delante de los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido para ser servido, sino para servir; para buscar y salvar lo que estaba perdido.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la Solemnidad de Pentecostés

Basilica Vaticana. Domingo, 15 de mayo de 2016

«No os dejaré huérfanos» (Jn 14,18)

La misión de Jesús, culminada con el don del Espíritu Santo, tenía esta finalidad esencial: *restablecer nuestra relación con el Padre*, destruida por el pecado; *apartarnos de la condición de huérfanos y restituírnos a la de hijos*.

El apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Roma, dice: «Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba, Padre!» (Rm 8,14-15). He aquí la relación reestablecida: *la paternidad de Dios* se reaviva en nosotros a través de la obra redentora de Cristo y del don del Espíritu Santo.

El Espíritu es dado por el Padre y nos conduce al Padre. Toda la obra de la salvación es una obra que regenera, en la cual la paternidad de Dios, mediante el don del Hijo y del Espíritu, nos libra de la orfandad en la que hemos caído. También en nuestro tiempo se constatan diferentes *signos de nuestra condición de huérfanos*: Esa soledad interior que percibimos incluso en medio de la muchedumbre, y que a veces puede llegar a ser tristeza existencial; esa supuesta independencia de Dios, que se ve acompañada por una cierta nostalgia de su cercanía; ese difuso analfabetismo espiritual por el que nos sentimos incapaces de rezar; esa dificultad para experimentar verdadera y realmente la vida eterna, como plenitud de comunión que germina aquí y que florece después de la muerte; esa dificultad para reconocer al otro como hermano, en cuanto hijo del mismo Padre; y así otros signos semejantes.

A todo esto se opondrá la *condición de hijos*, que es nuestra vocación originaria, aquello para lo que estamos hechos, nuestro «ADN» más profundo que, sin embargo, fue destruido y se necesitó el sacrificio del Hijo Unigénito para que fuese restablecido. Del inmenso don de amor, como la muerte de Jesús en la cruz, ha brotado para toda la humanidad la efusión del Espíritu Santo, como una inmensa cascada de gracia. Quien se sumerge con fe en este misterio de regeneración renace a la plenitud de la vida filial.

«No os dejaré huérfanos». Hoy, fiesta de Pentecostés, estas palabras de Jesús nos hacen pensar también en la presencia maternal de María en el cenáculo. La Madre de Jesús está en medio de la comunidad de los discípulos, reunida en oración: es memoria viva del Hijo e invocación viva del Espíritu Santo. Es la Madre de la Iglesia. A su intercesión confiamos de manera particular a todos los cristianos, a las familias y las comunidades, que en este momento tienen más

necesidad de la fuerza del Espíritu Paráclito, Defensor y Consolador, Espíritu de verdad, de libertad y de paz.

Como afirma también san Pablo, el Espíritu hace que nosotros pertenezcamos a Cristo: «El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo» (*Rm 8,9*). Y para consolidar nuestra relación de pertenencia al Señor Jesús, el Espíritu nos hace entrar en una nueva dinámica de fraternidad. Por medio del Hermano universal, Jesús, podemos relacionarnos con los demás de un modo nuevo, no como huérfanos, sino como hijos del mismo Padre bueno y misericordioso. Y esto hace que todo cambie. Podemos mirarnos como hermanos, y nuestras diferencias harán que se multiplique la alegría y la admiración de pertenecer a esta única paternidad y fraternidad.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa y Procesi3n Eucarística en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Plaza de San Juan de Letrán. Jueves, 26 de mayo de 2016.

«Haced esto en memoria mía» (1Co 11,24.25).

El ap3stol Pablo, escribiendo a la comunidad de Corinto, refiere por dos veces este mandato de Cristo en el relato de la instituci3n de la Eucaristía. Es el testimonio más antiguo de las palabras de Cristo en la Última Cena.

«Haced esto». Es decir, tomad el pan, dad gracias y partidlo; tomad el cáliz, dad gracias y distribuidlo. Jesús manda *repetir el gesto* con el que instituyó el memorial de su Pascua, por el que nos dio su Cuerpo y su Sangre. Y este gesto ha llegado hasta nosotros: es el «*hacer*» la Eucaristía, que tiene siempre a Jesús como protagonista, pero que se realiza a través de nuestras pobres manos ungidas de Espíritu Santo.

«Haced esto». Ya en otras ocasiones, Jesús había pedido a sus discípulos que «hicieran» lo que él tenía claro en su espíritu, en obediencia a la voluntad del Padre. Lo acabamos de escuchar en el Evangelio. Ante una multitud cansada y hambrienta, Jesús dice a sus discípulos: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9,13). En realidad, Jesús es el que bendice y parte los panes, con el fin de satisfacer a todas esas personas, pero los cinco panes y los dos peces fueron aportados por los discípulos, y Jesús quería precisamente esto: que, en lugar de despedir a la multitud, ofrecieran lo poco que tenían. Hay además otro gesto: los trozos de pan, partidos por las manos sagradas y venerables del Señor, pasan a las pobres manos de los discípulos para que los distribuyan a la gente. También esto es «hacer» con Jesús, es «dar de comer» con él. Es evidente que este milagro no va destinado sólo a saciar el hambre de un día, sino que es un signo de lo que Cristo está dispuesto a hacer para la salvaci3n de toda la humanidad ofreciendo su carne y su sangre (cf. Jn 6,48-58). Y, sin embargo, hay que pasar siempre a través de esos dos pequeños gestos: ofrecer los pocos panes y peces que tenemos; recibir de manos de Jesús el pan partido y distribuirlo a todos.

Partir: esta es la otra palabra que explica el significado del «haced esto en memoria mía». Jesús se ha dejado «partir», se parte por nosotros. Y pide que nos demos, que nos dejemos partir por los demás. Precisamente este «partir el pan» se ha convertido en el icono, en el signo de identidad de Cristo y de los cristianos. Recordemos Emaús: lo reconocieron «al partir el pan» (Lc 24,35). Recordemos la primera comunidad de Jerusalén: «Perseveraban [...] en la fracci3n del pan» (Hch 2,42). Se trata de la Eucaristía, que desde el comienzo ha sido el centro y la forma de la vida de la Iglesia. Pero recordemos también a todos los santos y santas

–famosos o anónimos–, que se han dejado «partir» a sí mismos, sus propias vidas, para «alimentar a los hermanos». Cuántas madres, cuántos papás, junto con el pan de cada día, cortado en la mesa de casa, se parten el pecho para criar a sus hijos, y criarlos bien. Cuántos cristianos, en cuanto ciudadanos responsables, se han desvivido para defender la dignidad de todos, especialmente de los más pobres, marginados y discriminados. ¿Dónde encuentran la fuerza para hacer todo esto? Precisamente en la Eucaristía: en el poder del amor del Señor resucitado, que también hoy parte el pan para nosotros y repite: «Haced esto en memoria mía».

Que el gesto de la *procesión eucarística*, que dentro de poco vamos a hacer, responda también a este mandato de Jesús. Un gesto para hacer memoria de él; un gesto para dar de comer a la muchedumbre actual; un gesto para «partir» nuestra fe y nuestra vida como signo del amor de Cristo por esta ciudad y por el mundo entero.

**Homilía del Papa Francisco
durante el Jubileo de los diáconos
en el Jubileo Extraordinario de la Misericordia**

Plaza de San Pedro. Domingo, 29 de mayo de 2016.

«Servidor de Cristo» (*Ga* 1,10). Hemos escuchado esta expresión, con la que el apóstol Pablo se define cuando escribe a los Gálatas. Al comienzo de la carta, se había presentado como «apóstol» por voluntad del Señor Jesús (cf. *Ga* 1,1). Ambos términos, apóstol y servidor, están unidos, no pueden separarse jamás; son como dos caras de una misma moneda: quien anuncia a Jesús está llamado a servir y el que sirve anuncia a Jesús.

El Señor ha sido el primero que nos lo ha mostrado: él, la Palabra del Padre; él, que nos ha traído la buena noticia (*Is* 61,1); él, que es en sí mismo la buena noticia (cf. *Lc* 4,18), se ha hecho nuestro siervo (*Flp* 2,7), «no ha venido para ser servido, sino para servir» (*Mc* 10,45). «Se ha hecho diácono de todos», escribía un Padre de la Iglesia (San Policarpo, *Ad Phil.* V,2). Como ha hecho él, del mismo modo están llamados a actuar sus anunciadores, «llenos de misericordia, celantes, caminando según la caridad del Señor que se hizo siervo de todos» (*ibid.*). El discípulo de Jesús no puede caminar por una vía diferente a la del Maestro, sino que, si quiere anunciar, debe imitarlo, como hizo Pablo: *aspirar a ser un servidor*. Dicho de otro modo, si *evangelizar* es la misión asignada a cada cristiano en el bautismo, *servir* es el estilo mediante el cual se vive la misión, el único modo de ser discípulo de Jesús. Su testigo es el que hace como él: el que sirve a los hermanos y a las hermanas, sin cansarse de Cristo humilde, sin cansarse de la vida cristiana que es *vida de servicio*.

¿Por dónde se empieza para ser «siervos buenos y fieles» (cf. *Mt* 25,21)? Como primer paso, estamos invitados a vivir la *disponibilidad*. El siervo aprende cada día a renunciar a disponer todo para sí y a disponer de sí como quiere. Se ejercita cada mañana en dar la vida, en pensar que todos sus días no serán suyos, sino que serán para vivírselos como una entrega de sí. En efecto, quien sirve no es un guardián celoso de su propio tiempo, sino más bien renuncia a ser el dueño de la propia jornada. Sabe que el tiempo que vive no le pertenece, sino que es un don recibido de Dios para a su vez ofrecerlo: sólo así dará verdaderamente fruto. El que sirve no es esclavo de la agenda que establece, sino que, dócil de corazón, está disponible a lo no programado: solícito para el hermano y abierto a lo imprevisto, que nunca falta y a menudo es la sorpresa cotidiana de Dios. El siervo está abierto a la sorpresa, a las sorpresas cotidianas de Dios. El siervo sabe abrir las puertas de su tiempo y de sus espacios a los que están cerca y también a los que llaman fuera de horario, a costo de interrumpir algo que le gusta o el descanso

que se merece. El siervo rebasa los horarios. A mí me parte el corazón cuando veo un horario en las parroquias: «de tal hora a tal otra». Y después, la puerta está cerrada, no está el sacerdote, no está el diácono, no está el laico que recibe a la gente... Esto hace mal. Ir más allá de los horarios: hay que tener la valentía de rebasar los horarios. Así, queridos diáconos, viviendo en la disponibilidad, nuestro servicio estará exento de cualquier tipo de provecho y será evangélicamente fecundo.

También el Evangelio de hoy nos habla de servicio, mostrándonos dos siervos, de los que podemos sacar enseñanzas preciosas: el siervo del centurión, que regresa curado por Jesús, y el centurión mismo, al servicio del emperador. Las palabras que este manda decir a Jesús, para que no venga hasta su casa, son sorprendentes y, a menudo, son el contrario de nuestras oraciones: «Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo» (*Lc 7,6*); «por eso tampoco me creí digno de venir personalmente» (v.7); «porque yo también vivo en condición de subordinado» (v. 8). Ante estas palabras, Jesús se queda admirado. Le asombra la gran humildad del centurión, su *mansedumbre*. Y la mansedumbre es una de las virtudes de los diáconos. Cuando el diácono es manso, es siervo y no juega a «imitar» al sacerdote, es manso. Él, ante el problema que lo afligía, habría podido agitarse y pretender ser atendido imponiendo su autoridad; habría podido convencer con insistencia, hasta forzar a Jesús a ir a su casa. En cambio se hace pequeño, discreto, manso, no alza la voz y no quiere molestar. Se comporta, quizás sin saberlo, según el estilo de Dios, que es «manso y humilde de corazón» (*Mt 11, 29*). En efecto, Dios, que es amor, llega incluso a servirnos por amor: con nosotros es paciente, comprensivo, siempre solícito y bien dispuesto, sufre por nuestros errores y busca el modo para ayudarnos y hacernos mejores. Estos son también los rasgos de mansedumbre y humildad del servicio cristiano, que es *imitar a Dios en el servicio a los demás*: acogerlos con amor paciente, comprenderlos sin cansarnos, hacerlos sentir acogidos, a casa, en la comunidad eclesial, donde no es más grande quien manda, sino el que sirve (cf. *Lc 22,26*). Y jamás reprender, jamás. Así, queridos diáconos, en la mansedumbre, madurará vuestra vocación de ministros de la caridad.

Además del apóstol Pablo y el centurión, en las lecturas de hoy hay un tercer siervo, aquel que es curado por Jesús. En el relato se dice que era muy querido por su dueño y que estaba enfermo, pero no se sabe cuál era su grave enfermedad (v.2). De alguna manera, podemos reconocernos también nosotros en ese siervo. Cada uno de nosotros es muy querido por Dios, amado y elegido por él, y está llamado a servir, pero tiene sobre todo necesidad de ser sanado interiormente. Para ser capaces del servicio, se necesita la salud del corazón: un corazón restaurado por Dios, que se sienta perdonado y no sea ni cerrado ni duro. Nos hará bien rezar con confianza cada día por esto, pedir que seamos sanados por Jesús, aseme-

jarnos a él, que «no nos llama más siervos, sino amigos» (cf. *Jn* 15,15). Queridos diáconos, podéis pedir cada día esta gracia en la oración, en una oración donde se presenten las fatigas, los imprevistos, los cansancios y las esperanzas: una oración verdadera, que lleve la vida al Señor y el Señor a la vida. Y cuando sirváis en la celebración eucarística, allí encontraréis la presencia de Jesús, que se os entrega, para que vosotros os deis a los demás.

Así, disponibles en la vida, mansos de corazón y en constante diálogo con Jesús, no tendréis temor de ser *servidores de Cristo*, de encontrar y acariciar la carne del Señor en los pobres de hoy.

**Homilía del Papa Francisco
durante el Jubileo de los sacerdotes
en el Jubileo Extraordinario de la Misericordia**

Plaza de San Pedro. Viernes, 3 de junio de 2016. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

La celebración del Jubileo de los Sacerdotes en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a llegar al corazón, es decir, a la interioridad, a las raíces más sólidas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra, al centro de la persona. Y hoy nos fijamos en dos corazones: *el del Buen Pastor* y *nuestro corazón de pastores*.

El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra (cf. *Lc 5,5*).

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin algún confin; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (*Jn 13,1*); no se detiene antes, va hasta el final, sin imponerse nunca.

El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie.

Ante el Corazón de Jesús nace la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros sacerdotes tenemos que hacernos muchas veces, cada día, cada semana: ¿A dónde se orienta mi corazón? El ministerio está a menudo lleno de muchas iniciativas, que lo ponen ante diversos frentes: de la catequesis a la liturgia, de la caridad a los compromisos pastorales e incluso administrativos. En medio de tantas actividades, permanece la pregunta: ¿En dónde se fija mi corazón? Viene a mi memoria esa oración tan bonita de la liturgia: «*Ubi vera sunt gaudia...*». ¿A dónde apunta, cuál es el tesoro que busca? Porque -dice Jesús- «donde estará tu tesoro, allí está tu corazón» (*Mt 6,21*). Tenemos debilidades todos nosotros, también pecados. Pero vayamos a lo profundo, a la raíz: ¿Dónde está la raíz de nuestras debilidades, de nuestros pecados? Es decir: ¿Dónde está el «tesoro» que nos aleja del Señor?

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. No la distancia, sino el encuentro. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo dos direcciones: *el Señor* y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo -no debería mirarse a sí mismo- sino que está dirigido a Dios y a los hermanos. Ya no es un «corazón bailarín», que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones. Es más bien un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los hermanos. Y ahí resuelve sus pecados.

Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, podemos ejercitarnos en asumir en nosotros tres formas de actuar que nos sugieren las Lecturas de hoy: *buscar, incluir y alegrarse*.

Buscar. El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. 34,11.16). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (Lc 15,4), sin dejarse atemorizar por los riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar lo extraordinario. No aplaza la búsqueda, no piensa: «Hoy ya he cumplido con mi deber, y tal vez me ocuparé mañana», sino que se pone de inmediato manos a la obra; su corazón está inquieto hasta que encuentra esa oveja perdida. Y, cuando la encuentra, olvida la fatiga y se la carga sobre sus hombros todo contento. A veces tiene que salir para buscarla, para hablar, persuadir; otras veces debe permanecer ante el Sagrario, luchando con el Señor por esa oveja.

Así es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios. ¡Ay de los pastores que privatizan su ministerio! No es celoso de su legítima tranquilidad -legítima, digo; ni siquiera de esa-, y nunca pretende que no lo molesten. El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, aunque sea calumniado como Jesús. Sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor. «Bienaventurados cuando os insulten, os persigan...» (Mt 5,11).

El pastor según Jesús tiene el corazón libre para dejar sus cosas, no vive haciendo cuentas de lo que tiene y de las horas de servicio: no es un contable del espíritu, sino un buen Samaritano en busca de quien tiene necesidad. Es un pastor, no un inspector de la grey, y se dedica a la misión no al cincuenta o sesenta por ciento, sino con todo su ser. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es *obstinado en el bien*, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella. Y como todo buen cristiano, y como ejemplo para cada cristiano, siempre está *en*

salida de sí mismo. El epicentro de su corazón está fuera de él: es un descentrado de sí mismo, centrado sólo en Jesús. No es atraído por su yo, sino por el tú de Dios y por el nosotros de los hombres.

Segunda palabra: *incluir*. Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. *Jn* 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. *Jn* 10, 3-4). Y quiere reunir a las ovejas que todavía no están con él (cf. *Jn* 10,16).

Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a ensuciarse las manos por todos. El Buen Pastor no conoce los guantes. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino que siempre está dispuesto para reinsertar y recomponer los litigios. Es un hombre que sabe incluir.

Alegrarse. Dios se pone «muy contento» (*Lc* 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para *sí mismo*, sino *para los demás* y *con los demás*, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del sacerdote. Él es transformado por la misericordia que, a su vez, ofrece de manera *gratuita*. En la oración descubre el consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente, y es feliz de ser un canal de misericordia, de acercar el hombre al corazón de Dios. Para él, la tristeza no es lo normal, sino sólo pasajera; la dureza le es ajena, porque es pastor según el corazón suave de Dios.

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las palabras de Jesús: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Os agradezco vuestro «sí», y por tantos «sí» escondidos de todos los días, que sólo el Señor conoce. Os agradezco por vuestro «sí» para *dar la vida unidos a Jesús*: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

Homilía del Papa Francisco
durante la Santa Misa y bendición de los Palios para los nuevos arzobispos
metropolitanos en la solemnidad de San Pedro y San Pablo

Basílica Vaticana. Miércoles, 29 de junio de 2016.

La Palabra de Dios de esta liturgia contiene un binomio central: *cierre - apertura*. A esta imagen podemos unir el símbolo de las llaves, que Jesús promete a Simón Pedro para que pueda *abrir* la entrada al Reino de los cielos, y no *cerrarlo* para la gente, como hacían algunos escribas y fariseos hipócritas a los que Jesús reprende (cf. *Mt* 23, 13).

La lectura de los Hechos de los Apóstoles (12,1-11) nos presenta *tres encierros*: el de Pedro en la cárcel; el de la comunidad reunida en oración; y –en el contexto cercano de nuestro pasaje– el de la casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde Pedro va a llamar después de haber sido liberado.

Con respecto a los encierros, *la oración* aparece como la principal vía de salida: salida de la comunidad, que corre el peligro de encerrarse en sí misma debido a la persecución y al miedo; salida para Pedro, que al comienzo de su misión que le había sido confiada por el Señor, es encarcelado por Herodes, y corre el riesgo de ser condenado a muerte. Y mientras Pedro estaba en la cárcel, «la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12,5). Y el Señor responde a la oración y le envía a su ángel para liberarlo, «arrancándolo de la mano de Herodes» (cf. v. 11). La oración, como humilde abandono en Dios y en su santa voluntad, es siempre una forma de salir de nuestros encierros personales y comunitarios. Es la gran vía de salida de los encerramientos.

También *Pablo*, escribiendo a Timoteo, habla de su experiencia de liberación, la salida del peligro de ser, él también, condenado a muerte; en cambio, el Señor estuvo cerca de él y le dio fuerzas para que pudiera llevar a cabo su trabajo de evangelizar a los gentiles (cf. *2 Tm* 4,17). Pero Pablo habla de una «apertura» mucho mayor, hacia un horizonte infinitamente más amplio: el de la vida eterna, que le espera después de haber terminado la «carrera» terrena. Es muy bello ver la vida del Apóstol *toda «en salida» gracias al Evangelio*: toda proyectada hacia adelante, primero para llevar a Cristo a cuantos no le conocen, y luego para saltar, por así decirlo, en sus brazos, y ser llevado por él que lo salvará llevándolo a su reino celestial.» (cf. v. 18).

Volvamos a *Pedro*. El relato Evangélico (*Mt* 16,13-19) de su profesión de fe y la consiguiente misión confiada por Jesús nos muestra que la vida de Simón, pescador de Galilea –como la vida de cada uno de nosotros– *se abre*, florece plenamente cuando acoge de Dios la gracia de la fe. Entonces, Simón se pone en el camino –un camino largo y duro– que le llevará a *salir* de sí mismo, de sus segu-

ridades humanas, sobre todo de su orgullo mezclado con valentía y con generoso altruismo. En este su camino de liberación, es decisiva *la oración* de Jesús: «yo he pedido por ti (Simón), para que tu fe no se apague» (Lc 22,32). Es igualmente decisiva *la mirada llena de compasión* del Señor después de que Pedro le hubiera negado tres veces: una mirada que toca el corazón y disuelve las lágrimas de arrepentimiento (cf. Lc 22,61-62). Entonces Simón Pedro *fue liberado de la prisión de su ego orgulloso, de su ego miedoso*, y superó la tentación de cerrarse a la llamada de Jesús a seguirle por el camino de la cruz.

Como ya he dicho, en el contexto inmediato del pasaje de los Hechos de los Apóstoles, hay un detalle que nos puede hacer bien resaltar (cf. 12.12-17). Cuando Pedro se encuentra milagrosamente libre, fuera de la prisión de Herodes, va a la casa de la madre de Juan, por sobrenombre Marcos. Llama a la puerta, y desde dentro responde una sirvienta llamada Rode, la cual, reconociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir la puerta, incrédula y llena de alegría corre a contárselo a su señora. El relato, que puede parecer cómico –y que puede dar inicio al así llamado «complejo de Rode»–, nos hace percibir el clima de miedo en el que vivía la comunidad cristiana, que permanecía encerrada en la casa, y cerrada también a las sorpresas de Dios. Pedro llama a la puerta. «Y fíjate», hay miedo, hay alegría, «¿abrimos?, ¿no abrimos?», mientras él está corriendo peligro, pues la policía puede cogerlo. Pero el miedo nos paraliza, nos paraliza siempre, nos cierra, nos cierra a las sorpresas de Dios. Este particular nos habla de la tentación que existe siempre para la Iglesia: de *cerrarse en sí misma* de cara a los peligros. Pero incluso aquí hay un resquicio a través del cual puede pasar a la acción de Dios: dice Lucas que en aquella casa, «había muchos *reunidos en oración*» (v. 12). La oración permite a la gracia abrir una vía de salida: del cerramiento a la apertura, del miedo a la valentía, de la tristeza a la alegría. Y podemos añadir: *de la división a la unidad*. Sí, lo decimos hoy junto a nuestros hermanos de la delegación enviada por el querido Patriarca Ecuménico Bartolomé, para participar en la fiesta de los Santos Patronos de Roma. Una fiesta de comunión para toda la Iglesia, como pone de manifiesto la presencia de los Arzobispos Metropolitanos venidos para la bendición de Palios, que les serán impuestos por mis Representantes en sus respectivas sedes.

Que los santos Pedro y Pablo intercedan por nosotros, para que podamos hacer este camino con la alegría, experimentar la acción liberadora de Dios y testimoniarla a todos.

CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS

Constitución Apostólica del Papa Francisco *VULTUM DEI QUAERERE*, sobre la Vica Contemplativa femenina

29 de junio de 2016

1. La búsqueda del rostro de Dios atraviesa la historia de la humanidad, llamada desde siempre a un diálogo de amor con el Creador.[1] El hombre y la mujer, en efecto, tienen una dimensión religiosa indeleble que orienta su corazón hacia la búsqueda del Absoluto, hacia Dios, de quien perciben la necesidad, aunque no siempre de manera consciente. Esta búsqueda es común a todos los hombres de buena voluntad. Y muchos que se profesan no creyentes confiesan este anhelo profundo del corazón, que habita y anima a cada hombre y a cada mujer deseosos de felicidad y plenitud, apasionados y nunca saciados de gozo.

En las Confesiones, San Agustín lo ha expresado con claridad: «Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti».[2] Inquietud del corazón que brota de la intuición profunda de que es Dios el que busca primero al hombre, atrayéndolo misteriosamente a sí.

La dinámica de la búsqueda manifiesta que nadie se basta a sí mismo e impone encaminarse, a la luz de la fe, por un éxodo del propio yo auto-centrado, atraídos por el rostro de Dios santo, y al mismo tiempo por la «tierra sagrada del otro»,[3] para experimentar una comunión más profunda.

Esta peregrinación en busca del Dios verdadero, que es propio de cada cristiano y de cada consagrado por el Bautismo, se convierte por la acción del Espíritu Santo en *sequelapressius Christi*, camino de configuración a Cristo Señor, que la consagración religiosa expresa con una singular eficacia y, en particular, la vida monástica, considerada desde los orígenes como una forma particular de actualizar el Bautismo.

2. Las personas consagradas, quienes por la consagración «siguen al Señor de manera especial, de modo profético»,[4] son llamadas a descubrir los signos de la presencia de Dios en la vida cotidiana, a ser sabientes interlocutores capaces de reconocer los interrogantes que Dios y la humanidad nos plantean. Para cada consagrado y consagrada el gran desafío consiste en la capacidad de seguir buscando a Dios «con los ojos de la fe en un mundo que ignora su presencia»,[5] volviendo a proponer al hombre y a la mujer de hoy la vida casta, pobre y obediente de Jesús como signo creíble y fiable, llegando a ser de esta forma, «exégesis viva de la Palabra de Dios».[6]

Desde el nacimiento de la vida de especial consagración en la Iglesia, hombres y mujeres, llamados por Dios y enamorados de él, han vivido su existencia

totalmente orientados hacia la búsqueda de su rostro, deseosos de encontrar y contemplar a Dios en el corazón del mundo. La presencia de comunidades situadas como ciudad sobre el monte y lámpara en el candelero (cf. Mt 5,14-15), en su misma sencillez de vida, representa visiblemente la meta hacia la cual camina toda la comunidad eclesial que «se encamina por las sendas del tiempo con la mirada fija en la futura recapitulación de todo en Cristo,[7] preanunciando de este modo la gloria celestial».[8]

3. Si para todos los consagrados adquieren una particular resonancia las palabras de Pedro: «Señor, ¡qué bueno es estar aquí!» (Mt 17,4), las personas contemplativas, que en honda comunión con todas las otras vocaciones de la vida cristiana «son rayos de la única luz de Cristo que resplandece en el rostro de la Iglesia»,[9] «por su carisma específico dedican mucho tiempo de la jornada a imitar a la Madre de Dios, que meditaba asiduamente las palabras y los hechos de su Hijo (cf. Lc 2, 19.51), así como a María de Betania que, a los pies del Señor, escuchaba su palabra(cf. Lc 10,38)».[10] Su vida «escondida con Cristo en Dios» (cf. Col 3,3) se convierte así en figura del amor incondicional del Señor, el primer contemplativo, y manifiesta la tensión teocéntrica de toda su vida hasta poder decir con el Apóstol: «Para mí vivir es Cristo» (Flp 1,21), y expresa el carácter totalizador que constituye el dinamismo profundo de la vocación a la vida contemplativa.[11]

Como hombres y mujeres que habitan la historia humana, los contemplativos atraídos por el fulgor de Cristo, «el más hermoso de los hijos de los hombres» (Sal 45,3), se sitúan en el corazón mismo de la Iglesia y del mundo[12] y, en la búsqueda inacabada de Dios, encuentran el principal signo y criterio de la autenticidad de su vida consagrada. San Benito, padre del monaquismo occidental, subraya que el monje es aquel que busca a Dios por toda la vida, y en el aspirante a la vida monástica pide que se compruebe «si revera Deum quaerit», si busca verdaderamente a Dios.[13]

En particular, un número incontable de mujeres consagradas, a lo largo de los siglos y hasta nuestros días, han orientado y siguen orientando «toda su vida y actividad a la contemplación de Dios»,[14] como signo y profecía de la Iglesia virgen, esposa y madre; signo vivo y memoria de la fidelidad con que Dios sigue sosteniendo a su pueblo a través de los eventos de la historia.

4. Elemento de unidad con las otras confesiones cristianas,[15] la vida monástica se configura según su propio estilo que es profecía y signo, y que «debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana».[16] Las comunidades de orantes y, en particular, las comunidades contemplativas, «que con su separación del mundo se encuentran más íntimamente unidos a Cristo, corazón del mundo»,[17] no proponen una realización más perfecta del Evangelio sino que, actuando las exigencias del Bau-

tismo, constituyen una instancia de discernimiento y convocación al servicio de toda la Iglesia: signo que indica un camino, una búsqueda, recordando al pueblo de Dios el sentido primero y último de lo que él vive.[18]

Aprecio, alabanza, y acción de gracias por la vida consagrada y la vida contemplativa monástica

5. Desde los primeros siglos la Iglesia ha manifestado gran aprecio y amor sincero por los hombres y las mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han escogido seguir a Cristo «más de cerca», [19] para dedicarse a él con corazón indiviso (cf. 1 Co 7,34). Movidos por el amor incondicional a Cristo y a la humanidad, sobre todo a los pobres y sufrientes, están llamados a reproducir en diversas formas -vírgenes consagradas, viudas, ermitaños, monjes y religiosos- la vida terrenal de Jesús: casto, pobre y obediente.[20]

La vida contemplativa monástica, en su mayoría femenina, se ha radicado en el silencio del claustro generando preciosos frutos de gracia y misericordia. La vida contemplativa femenina ha representado siempre en la Iglesia y para la Iglesia el corazón orante, guardián de gratuidad y de rica fecundidad apostólica y ha sido testimonio visible de una misteriosa y multiforme santidad.[21]

De la primitiva experiencia individual de las vírgenes consagradas a Cristo, fruto espontáneo de la exigencia de respuesta de amor al amor de Cristo-esposo, ha sido rápido el paso a un estado definitivo y a un orden reconocido por la Iglesia, que empezó a acoger la profesión de virginidad públicamente emitida. Con el pasar de los siglos la mayoría de las vírgenes consagradas se han reunido, dando vida a formas de vida cenobítica, que la Iglesia en su solicitud custodió con esmero por medio de una oportuna disciplina que preveía la clausura como guardiana del espíritu y de la finalidad típicamente contemplativa que estos cenobios se proponían. En el tiempo, pues, a través de la sinergia entre la acción del Espíritu que actúa en el corazón de los creyentes y suscita continuamente nuevas formas de seguimiento, el cuidado maternal y solícito de la Iglesia, se fueron plasmando las formas de vida contemplativa e integralmente contemplativa,[22] como hoy las conocemos. Mientras que en occidente el espíritu contemplativo se ha ido declinando en una multiplicidad de carismas, en oriente ha mantenido una gran unidad,[23] dando siempre testimonio de la riqueza y belleza de una vida totalmente dedicada a Dios.

A lo largo de los siglos, la experiencia de estas hermanas, centrada en el Señor como primero y único amor (cf. Os 2,21-25), ha engendrado copiosos frutos de santidad. ¡Cuánta eficacia apostólica se irradia de los monasterios por la oración y la ofrenda! ¡Cuánto gozo y profecía grita al mundo el silencio de los claustros!

Por los frutos de santidad y de gracia que el Señor ha suscitado siempre a través de la vida monástica femenina, levantamos al «altísimo, omnipotente y buen Señor» el himno de agradecimiento: «Laudato sí».[24]

6. Queridas Hermanas contemplativas, ¿qué sería de la Iglesia sin vosotras y sin cuantos viven en las periferias de lo humano y actúan en la vanguardia de la evangelización? La Iglesia aprecia mucho vuestra vida de entrega total. La Iglesia cuenta con vuestra oración y con vuestra ofrenda para llevar la buena noticia del Evangelio a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo. La Iglesia os necesita.

No es fácil que este mundo, por lo menos aquella amplia parte del mismo que obedece a lógicas de poder, de economía y de consumo, entienda vuestra especial vocación y vuestra misión escondida, y sin embargo la necesita inmensamente. Como el marinero en alta mar necesita el faro que indique la ruta para llegar al puerto, así el mundo os necesita a vosotras. Sed faros, para los cercanos y sobre todo para los lejanos. Sed antorchas que acompañan el camino de los hombres y de las mujeres en la noche oscura del tiempo. Sed centinelas de la aurora (cf. Is 21,11-12) que anuncian la salida del sol (cf. Lc 1,78). Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a Aquel que es camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6), al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Como Andrés a Simón, gritadnos: «Hemos encontrado al Señor» (cf. Jn 1,40); como María de Magdala la mañana de la resurrección, anunciad: «He visto al Señor» (Jn 20,18). Mantened viva la profecía de vuestra existencia entregada. No temáis vivir el gozo de la vida evangélica según vuestro carisma.

Acompañamiento y guía de la Iglesia

7. El Magisterio conciliar y pontificio ha manifestado siempre una particular solicitud hacia todas las formas de vida consagrada a través de importantes pronunciamientos. Entre ellos, merecen especial atención los grandes documentos del Concilio Vaticano II: la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* y el Decreto sobre la renovación de la vida religiosa *Perfectae caritatis*.

El primero sitúa la vida consagrada en la eclesiología del pueblo de Dios, a la que pertenece de pleno derecho, por la común llamada a la santidad y por sus raíces en la consagración bautismal.[25] El segundo pide a los consagrados una renovación de acuerdo con las nuevas condiciones de los tiempos, ofreciendo criterios irrenunciables de dicha renovación: fidelidad a Cristo, al Evangelio, al propio carisma, a la Iglesia y al hombre de hoy.[26]

No podemos olvidar la Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, de mi predecesor san Juan Pablo II. Este documento, que recoge la riqueza del Sínodo de los Obispos sobre la vida consagrada, contiene elementos que son siempre muy válidos para seguir renovando la vida consagrada y reavivar su significado evangélico en nuestro tiempo (cf. sobretodo nn. 59 y 68).

Tampoco podemos olvidar, como prueba del constante e iluminador acompañamiento del que vuestra vida contemplativa ha sido objeto, los siguientes documentos:

- Las orientaciones emanadas por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA) *Potissimum Institutioni*, del 2 de febrero de 1990, con amplios espacios enteramente dedicados a vuestra forma específicamente contemplativa de vida consagrada (cap. IV, 78-85).

- El documento interdicasterial *Sviluppi*, del 6 de enero de 1992, que pone de relieve el problema de la escasez de las vocaciones a la vida consagrada en general y, en menor medida, a vuestra vida (n. 81).

- El Catecismo de la Iglesia Católica, promulgado con la *Const. ap. Fidei depositum* el 11 de octubre de 1992, de suma importancia para dar a conocer y comprender a todos los fieles vuestra forma de vida: en particular los nn. 915-933 dedicados a todas las formas de vida consagrada; el n. 1672 sobre vuestra consagración no sacramental y sobre la bendición de los Abades y de las Abadesas; el n. 1974 y el 2102 sobre el nexo con los diez mandamientos y la profesión de los consejos evangélicos; el n. 2518 que presenta el estrecho vínculo entre la pureza de corazón proclamada por la sexta Bienaventuranza, garante de la visión de Dios, y el amor a las verdades de la fe; los nn. 1691 y 2687 que exaltan la perseverante intercesión que se eleva a Dios en los monasterios contemplativos, lugares irremplazables para armonizar oración personal y oración compartida; y el n. 2715 que pone, como prerrogativa de los contemplativos, la mirada fija en Jesús y en los misterios de su vida y de su ministerio.

- La Instrucción de la CIVCSVA *Congregavit nos*, del 2 de febrero de 1994, que en los nn. 10 y 34 une el silencio y la soledad a las exigencias profundas de la comunidad de vida fraterna y subraya la coherencia entre separación del mundo y clima cotidiano de recogimiento.

- La Instrucción de la CIVCSVA *Verbi Sponsa, Ecclesia*, del 13 de mayo de 1999, que, en los art. 1-8, ofrece una estupenda síntesis histórico-sistemática de todo el supremo Magisterio anterior sobre el sentido misionero escatológico de la vida claustral de las monjas contemplativas.

- Por último, la Instrucción de la CIVCSVA *Caminar desde Cristo*, del 19 de mayo de 2002, que con gran fuerza invita a contemplar siempre el rostro de Cristo; presenta a las monjas y a los monjes en la cumbre de la alabanza coral y de la oración silenciosa de la Iglesia (n. 25) y, al mismo tiempo, los encomia por haber privilegiado y haber puesto siempre en el centro la Liturgia de las Horas y la celebración eucarística (ibíd.).

8. Cincuenta años después del Concilio Vaticano II, tras las debidas consultas y un atento discernimiento, he considerado necesario ofrecer a la Iglesia la presente Constitución Apostólica que tuviera en cuenta tanto el intenso y fecundo camino que la Iglesia misma ha recorrido en las últimas décadas a la luz de las enseñanzas del Concilio Ecuménico Vaticano II, como también las nuevas con-

diciones socio-culturales. Este tiempo ha visto un rápido avance de la historia humana con la que es oportuno entablar un diálogo que salvaguarde siempre los valores fundamentales sobre los que se funda la vida contemplativa que, a través de sus instancias de silencio, de escucha, de llamada a la interioridad, de estabilidad, puede y debe constituir un desafío para la mentalidad de hoy.

Con este Documento deseo reiterar mi aprecio personal, junto con el reconocimiento agradecido de toda la Iglesia, por la singular forma de *sequela Christi* que viven las monjas de vida contemplativa, que para muchas es vida integralmente contemplativa, don inestimable e irrenunciable que el Espíritu sigue suscitando en la Iglesia.

En los casos en que fuera necesario y oportuno, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica examinará las cuestiones y establecerá acuerdos con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y la Congregación para las Iglesias Orientales.

Elementos esenciales de la vida contemplativa

9. Desde los primeros siglos hasta nuestros días, la vida contemplativa ha estado siempre viva en la Iglesia, alternándose periodos de gran vigor con otros de decadencia; y esto gracias a la presencia constante del Señor junto con la capacidad típica de la Iglesia misma de renovarse y adaptarse a los cambios de la sociedad. Ha mantenido siempre viva la búsqueda del rostro de Dios y el amor incondicional a Cristo, como su elemento específico y característico.

La vida consagrada es una historia de amor apasionado por el Señor y por la humanidad: en la vida contemplativa esta historia se despliega, día tras día, a través de la apasionada búsqueda del rostro de Dios, en la relación íntima con él. A Cristo Señor, que «nos amó primero» (1 Jn 4,19) y «se entregó por nosotros» (Ef 5,2), vosotras mujeres contemplativas respondéis con la ofrenda de toda vuestra vida, viviendo en él y para él, «para alabanza de su gloria» (Ef 1,12). En esta dinámica de contemplación vosotras sois la voz de la Iglesia que incansablemente alaba, agradece y suplica por toda la humanidad, y con vuestra plegaria sois colaboradoras del mismo Dios y apoyo de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable.[27]

Desde la oración personal y comunitaria vosotras descubristis al Señor como tesoro de vuestra vida (cf. Lc 12,34), vuestro bien, «todo el bien, el sumo bien», vuestra «riqueza a satisfacción»[28] y, con la certeza en la fe de que «solo Dios basta»,[29] habéis elegido la mejor parte (cf. Lc 10,42). Habéis entregado vuestra vida, vuestra mirada fija en el Señor, retirándoos en la celda de vuestro corazón (cf. Mt 6,5), en la soledad habitada del claustro y en la vida fraterna en comunidad. De este modo sois imagen de Cristo que busca el encuentro con el Padre en el monte (cf. Mt 14,23).

10. A lo largo de los siglos, la Iglesia nos ha mostrado siempre a María como

summa contemplatrix.[30] De la anunciación a la resurrección, pasando por la peregrinación de la fe culminada a los pies de la cruz, María queda en contemplación del Misterio que la habita. En María vislumbramos el camino místico de la persona consagrada, establecida en la humilde sabiduría que gusta el misterio del cumplimiento último.

A ejemplo de la Virgen Madre, el contemplativo es la persona centrada en Dios, es aquel para quien Dios es el *unum necessarium* (cf. Lc 10,42), ante el cual todo cobra su verdadero sentido, porque se mira con nuevos ojos. La persona contemplativa comprende la importancia de las cosas, pero estas no roban su corazón ni bloquean su mente, por el contrario son una escalera para llegar a Dios: para ella todo «lleva significación»[31] del Altísimo. Quien se sumerge en el misterio de la contemplación ve con ojos espirituales: esto le permite contemplar el mundo y las personas con la mirada de Dios, allí donde por el contrario, los demás «tienen ojos y no ven» (Sal 115,5; 135,16; cf. Jr 5,21), porque miran con los ojos de la carne.

11. Contemplar, pues, es tener en Cristo Jesús, que tiene el rostro dirigido constantemente hacia el Padre (cf. Jn 1,18), una mirada transfigurada por la acción del Espíritu, mirada en la que florece el asombro por Dios y por sus maravillas; es tener una mente limpia en la que resuenan las vibraciones del Verbo y la voz del Espíritu como soplo de brisa suave (cf. 1 R 19,12). No es por azar que la contemplación nace de la fe, la cual es puerta y fruto de la contemplación: sólo por el «heme aquí» confiado (cf. Lc 2,38) es posible entrar en el Misterio.

En esta silenciosa y absorta quietud de la mente y del corazón pueden insinuarse diversas tentaciones, y es así que vuestra contemplación puede convertirse en terreno de lucha espiritual, que sostenéis con valor en nombre y en beneficio de toda la Iglesia, que hace de vosotras fieles centinelas, fuertes y tenaces en la lucha. Entre las tentaciones más insidiosas para un contemplativo, recordamos la que los padres del desierto llamaban «demonio meridiano»: la tentación que desemboca en la apatía, en la rutina, en la desmotivación, en la desidia paralizadora. Como he escrito en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, lentamente esto conduce a la «psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio”».[32]

Temas objeto de discernimiento y de revisión dispositiva

12. Para ayudar a las contemplativas a alcanzar el fin propio de su específica vocación arriba descrito, invito a reflexionar y discernir sobre los siguientes doce temas de la vida consagrada en general y, en particular, de la tradición monástica: formación, oración, Palabra de Dios, Eucaristía y Reconciliación, vida fraterna

en comunidad, autonomía, federaciones, clausura, trabajo, silencio, medios de comunicación y ascesis. Estos temas se llevarán a la práctica ulteriormente, con modalidades adaptadas a la tradiciones carismáticas específicas de las diversas familias monásticas, en armonía con las disposiciones de la Parte final de esta Constitución y con las indicaciones particulares que se deben aplicar y que la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica dará cuanto antes.

Formación

13. La formación de la persona consagrada es un itinerario que debe llevar a la configuración con el Señor Jesús y a la asimilación de sus sentimientos en su total oblación al Padre; se trata de un proceso que no termina nunca, destinado a alcanzar en profundidad a toda la persona, para que todas sus actitudes y gestos revelen la total y gozosa pertenencia a Cristo, y por ello pide la continua conversión a Dios. Este proceso apunta a formar el corazón, la mente y la vida facilitando la integración de las dimensiones humana, cultural, espiritual y pastoral.[33]

En particular, la formación de la persona consagrada contemplativa tiende hacia una condición armónica de comunión con Dios y con las hermanas, en un clima de silencio protegido por la clausura cotidiana.

14. Dios Padre es el formador por excelencia, pero en esta obra «artesanal» se sirve de mediaciones humanas, de los formadores y de las formadoras, hermanos y hermanas mayores, cuya misión principal es la de mostrar «la belleza del seguimiento del Señor y el valor del carisma en que este se concretiza».[34]

La formación, y en especial la permanente, «exigencia intrínseca de la consagración religiosa»,[35] tiene su humus en la comunidad y en la vida cotidiana. Por este motivo, recuerden las hermanas que el lugar ordinario donde acontece el camino formativo es el monasterio y que la vida fraterna en comunidad debe favorecer ese camino en todas sus manifestaciones.

15. Considerando el actual contexto sociocultural y religioso, los monasterios presten mucha atención al discernimiento vocacional y espiritual, sin dejarse llevar por la tentación del número y de la eficiencia;[36] aseguren un acompañamiento personalizado de las candidatas y promuevan itinerarios formativos aptos para ellas, quedando entendido que a la formación inicial y a la formación después de la profesión temporal «se debe reservar un amplio espacio de tiempo»,[37] en la medida de lo posible no inferior a nueve años, ni superior a los doce.[38]

Oración

16. La oración litúrgica y personal es una exigencia fundamental para alimentar vuestra contemplación: si «la oración es el “meollo” de la vida consagrada»,[39] más aún lo es de la vida contemplativa. Hoy en día muchas personas no saben rezar. Y muchos son los que sencillamente no sienten la necesidad de rezar

o reducen su relación con Dios a una súplica en los momentos de prueba, cuando no saben a quién dirigirse. Otros reducen su oración a una simple alabanza en los momentos de felicidad. Al recitar y cantar las alabanzas del Señor por la Liturgia de las Horas, vosotras os convertís en voz de estas personas y, al igual que los profetas, intercedéis por la salvación de todos.[40] La oración personal os ayudará a permanecer unidas al Señor, como los sarmientos a la vid, y así vuestra vida dará fruto en abundancia (cf. Jn 15,1-15). Recordad, sin embargo, que la vida de oración y la vida contemplativa no pueden vivirse como repliegue en vosotras, sino que deben ensanchar el corazón para abrazar a toda la humanidad, y en especial a aquella que sufre.

Por la oración de intercesión, tenéis un papel fundamental en la vida de la Iglesia. Rezáis e intercedéis por muchos hermanos y hermanas presos, emigrantes, refugiados y perseguidos, por tantas familias heridas, por las personas en paro, por los pobres, por los enfermos, por las víctimas de dependencias, por no citar más que algunas situaciones que son cada día más urgentes. Vosotras sois como los que llevaron al paralítico ante el Señor, para que lo sanara (cf. Mc 2,1-12). Por la oración, día y noche, vosotras acercáis al Señor la vida de muchos hermanos y hermanas que por diversas situaciones no pueden alcanzarlo para experimentar su misericordia sanadora, mientras que él los espera para llenarlos de gracias. Por vuestra oración vosotras curáis las llagas de tantos hermanos.

La contemplación de Cristo encuentra su modelo insuperable en la Virgen María. El rostro del Hijo le pertenece por título singular. Madre y Maestra de la perfecta conformación con el Hijo, con su presencia ejemplar y maternal, es de gran apoyo en la cotidiana fidelidad a la oración (cf. Hch 1,14) peculiarmente filial.[41]

17. El libro del Éxodo nos muestra que con su oración Moisés decide la suerte de su pueblo, garantizando la victoria sobre el enemigo cuando logra levantar los brazos para invocar la ayuda del Señor (cf. 17,11). Este texto me parece una imagen muy expresiva de la fuerza y de la eficacia de vuestra oración en favor de toda la humanidad y de la Iglesia, y en particular de sus miembros más débiles y necesitados. Hoy, como entonces, podemos pensar que las suertes de la humanidad se deciden en el corazón orante y en los brazos levantados de las contemplativas. Por ello os exhorto a ser fieles, según vuestras Constituciones, a la oración litúrgica y a la oración personal, que es preparación y prolongación de la anterior. Os exhorto a no «anteponer nada al opus Dei», [42] para que nada obstaculice, nada os separe, nada se interponga en vuestro ministerio orante.[43] Y así, por medio de la contemplación, os transformareis en imagen de Cristo [44] y vuestras comunidades llegarán a ser verdaderas escuelas de oración.

18. Todo esto pide una espiritualidad que se basa en la Palabra de Dios, en la fuerza de la vida sacramental, en la enseñanza del magisterio de la Iglesia y

en los escritos de vuestros fundadores y fundadoras; una espiritualidad que os haga llegar a ser hijas del cielo e hijas de la tierra, discípulas y misioneras, según vuestro estilo de vida. Pide, además, una formación paulatina a la vida de oración personal y litúrgica, y a la contemplación, sin olvidar que esta se alimenta principalmente de la «belleza escandalosa» de la Cruz.

Centralidad de la Palabra de Dios

19. Uno de los elementos más significativos de la vida monástica en general es la centralidad de la Palabra de Dios en la vida personal y comunitaria. Lo subrayaba san Benito, cuando pide a sus monjes que escuchen con ganas las santas lecturas: «lectiones sanctas libenter audire».[45] Durante los siglos el monaquismo ha sido custodio de la lectio divina. Y hoy se recomienda a todo el pueblo de Dios y se pide a todos los religiosos,[46] y a vosotras que la convirtáis en alimento de vuestra contemplación y de vuestra vida de cada día, para poder compartir esta experiencia de la Palabra de Dios que transforma, con sacerdotes, diáconos, los otros consagrados y los laicos. Considerad este compartir como una verdadera misión eclesial.

Indudablemente la oración y la contemplación son los lugares más aptos para acoger la Palabra de Dios, pero al mismo tiempo, tanto la oración como la contemplación brotan de la escucha de la Palabra. Toda la Iglesia y, en particular, las comunidades dedicadas totalmente a la contemplación, necesitan volver a descubrir la centralidad de la Palabra de Dios que, como bien ha recordado mi predecesor san Juan Pablo II, es la «fuente primera de toda espiritualidad».[47] Es preciso que la Palabra alimente la vida, la oración, la contemplación, el camino cotidiano y se convierta en principio de comunión para vuestras comunidades y fraternidades. Estas comunidades están llamadas a acogerla, meditarla, vivirla juntas, comunicando y compartiendo los frutos que nacen de esta experiencia. Así podréis crecer en una auténtica espiritualidad de comunión.[48] Al respecto os exhorto a «evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. [...] Por tanto, hemos de acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial».[49]

20. La lectio divina o lectura orante de la Palabra es el arte que ayuda a dar el paso del texto bíblico a la vida, es la hermenéutica existencial de la Sagrada Escritura, gracias a la cual podemos llenar la distancia entre espiritualidad y cotidianidad, entre fe y vida. El proceso que la lectio divina lleva a cabo tiene como fin llevarnos de la escucha al conocimiento y del conocimiento al amor.

Gracias al movimiento bíblico, que ha cobrado nueva fuerza sobre todo después de la promulgación de la Constitución dogmática Dei Verbum del Concilio Vaticano II, a todos se propone hoy un constante acercamiento a la Sagrada Escritura por la lectura orante y asidua del texto bíblico, de manera que el diálogo

con Dios se haga realidad cotidiana del pueblo de Dios. La lectio divina tiene que ayudarnos a cultivar un corazón dócil, sabio e inteligente (cf. 1 R 3,9.12), para discernir lo que viene de Dios y lo que, por el contrario, puede llevar lejos de él; a adquirir aquella especie de instinto sobrenatural, que permitió a vuestros fundadores y fundadoras, no doblegarse a la mentalidad del mundo, sino renovar su mente, «para poder discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rm 12,2).[50]

21. Que vuestra jornada, personal y comunitaria, esté ritmada por la Palabra de Dios. Vuestras comunidades y fraternidades llegarán así a ser escuelas donde se escucha, se vive y se anuncia la Palabra a cuantos se vayan encontrando con vosotras.

No olvidéis, por último, que «la lectio divina no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (actio) que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad».[51] De este modo producirá abundantes frutos en el camino de configuración con Cristo, meta de toda nuestra vida.

Sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación

22. La Eucaristía es por excelencia el sacramento del encuentro con la persona de Jesús: ella «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir Cristo en persona».[52] Corazón de la vida de todo bautizado y de la vida consagrada, la Eucaristía lo es en particular de la vida contemplativa. En efecto, la ofrenda de vuestra existencia os injerta de modo particular en el misterio pascual de muerte y resurrección que se realiza en la Eucaristía. Partir juntos el pan repite y actualiza el don de sí que Jesús hizo: «Se partió y se parte por nosotros» y nos pide a su vez «darnos, partírnos por los demás».[53] Para que este rico misterio se realice y se manifieste vitalmente, hay que preparar con esmero, decoro y sobriedad la celebración de la Eucaristía, y participar en ella plenamente, con fe y conciencia de lo que se está celebrando.

En la Eucaristía, la mirada del corazón reconoce a Jesús.[54] San Juan Pablo II nos recuerda: «Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de él se alimenta y por él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, “misterio de luz”. Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24,31)».[55] La Eucaristía, por tanto, os introduce en el misterio del amor, que es amor sponsal: «Cristo es el Esposo de la Iglesia, como Redentor del mundo. La Eucaristía es el sacramento de nuestra redención. Es el sacramento del Esposo, de la Esposa».[56]

Es loable, por tanto, la tradición de prolongar la celebración con la adoración eucarística, momento privilegiado para asimilar el pan de la Palabra partido du-

rante la celebración y continuar la acción de gracias.

23. De la Eucaristía brota el compromiso de conversión continua, que encuentra su expresión sacramental en la Reconciliación. La frecuente celebración personal o comunitaria del sacramento de la Reconciliación o de la Penitencia sea para vosotras una ocasión privilegiada para contemplar el rostro misericordioso del Padre, Jesucristo,[57] para renovar vuestro corazón y purificar vuestra relación con Dios en la contemplación.

De la experiencia gozosa del perdón recibido por Dios en este sacramento brota la gracia de ser profetas y ministros de misericordia e instrumentos de reconciliación, que tanto necesita hoy nuestro mundo.

Vida fraterna en comunidad

24. La vida fraterna en comunidad es un elemento esencial de la vida religiosa en general y, en particular de la vida monástica, aun siempre en la pluralidad de los carismas.

La relación de comunión es manifestación de aquel amor que mana del corazón del Padre, nos inunda por el Espíritu que Dios mismo nos da. Sólo si se hace visible esta realidad, la Iglesia, familia de Dios, es signo de una profunda unión con él y se propone como la morada donde esta experiencia es posible y vivificante para todos. Cristo, Señor, llamando a algunos a compartir su vida, forma una comunidad que hace visible «la capacidad de seguir un proyecto de vida y actividad fundado en la invitación a seguirle con mayor libertad y más de cerca».[58] La vida consagrada en virtud de la cual los consagrados y las consagradas buscan formar «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32), siguiendo el ejemplo de las primeras comunidades cristianas, se «muestra como elocuente confesión trinitaria».[59]

25. La comunión fraterna es reflejo del modo de ser de Dios y de su entrega, es testimonio de que «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). La vida consagrada confiesa creer y vivir del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y por ello la comunidad fraterna llega a ser reflejo de la gracia del Dios Trinidad de Amor.

Diferenciándose de los ermitaños, que viven «en el silencio de la soledad»[60] y gozan también ellos de alta estima por parte de la Iglesia, la vida monástica conlleva la vida comunitaria en un proceso continuo de crecimiento, que lleve a vivir una auténtica comunión fraterna, una koinonia. Esto pide que todos los miembros se sientan constructores de la comunidad y no sólo consumidores de los beneficios que de ella pueden recibir. Una comunidad existe porque nace y se edifica con el aporte de todos, cada uno según sus dones, cultivando una fuerte espiritualidad de comunión, que lleve a sentir y a vivir la mutua pertenencia.[61] Sólo de este modo la vida comunitaria llegará a ser ayuda recíproca en la realización de la vocación propia de cada uno.[62]

26. Vosotras, que habéis abrazado la vida monástica, recordad siempre que

los hombres y las mujeres de nuestro tiempo esperan de vosotras un testimonio de verdadera comunión fraterna que, en la sociedad marcada por divisiones y desigualdades, manifiesta con fuerza que es posible y bello vivir juntos (cf. Sal 133,1), a pesar de las diferencias generacionales, de formación y, a veces, culturales. Que vuestras comunidades sean signos creíbles de que estas diferencias enriquecen la vida fraterna, lejos de ser un impedimento para vivirla. Recordad que unidad y comunión no significan uniformidad, y que se alimentan del diálogo, del compartir, de la ayuda recíproca y profunda humanidad, especialmente hacia los miembros más frágiles y necesitados.

27. Recordad, en fin, que la vida fraterna en comunidad es también la primera forma de evangelización: «En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis unos a otros» (Jn 13,35). Por ello os exhorto a no descuidar los medios para fortalecerla, así como la propone y actualiza la Iglesia,[63] velando constantemente sobre este aspecto de la vida monástica, delicado y de no secundaria importancia. Junto con el compartir la Palabra y la experiencia de Dios, y el discernimiento comunitario, «se pueden recordar también la corrección fraterna, la revisión de vida y otras formas típicas de la tradición. Son modos concretos de poner al servicio de los demás y de hacer que reviertan sobre la comunidad los dones que el Espíritu otorga abundantemente para su edificación y misión en el mundo».[64]

Como he dicho recientemente en mi encuentro con los consagrados presentes en Roma para la conclusión del Año de la Vida Consagrada,[65] cuidad con solicitud la cercanía con las hermanas que el Señor os ha regalado como don precioso. Por otro lado, como recordaba san Benito, en la vida comunitaria es fundamental «venerar a los ancianos y amar a los jóvenes».[66] En esta tensión que hay que armonizar entre memoria y futuro prometido está radicada también la fecundidad de la vida fraterna en comunidad.

La autonomía de los monasterios

28. La autonomía favorece la estabilidad de vida y la unidad interna de cada comunidad, garantizando las mejores condiciones para la contemplación. Dicha autonomía no debe sin embargo significar independencia o aislamiento, en particular de los demás monasterios de la misma Orden o de la familia carismática.

29. Conscientes de que «nadie construye el futuro aislándose, ni sólo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua»,[67] poned cuidado en preservaros «de la enfermedad de la autoreferencialidad»[68] y custodiad el valor de la comunión entre los varios monasterios como camino que abre al futuro, actualizando así los valores permanentes y codificados de vuestra autonomía.[69]

Las Federaciones

30. La federación es una estructura importante de comunión entre los monasterios que comparten el mismo carisma para que no se queden aislados.

Las federaciones tienen como principal finalidad promover la vida contemplativa en los monasterios que las componen, según las exigencias del propio carisma, y garantizar la ayuda en la formación permanente e inicial, como también en las necesidades concretas, intercambiando monjas y compartiendo los bienes materiales; y tendrán que favorecerse y multiplicarse en función de estas finalidades.[70]

La clausura

31. La separación del mundo, algo necesario para quienes siguen a Cristo, tiene para vosotras, hermanas contemplativas, una manifestación particular en la clausura, que es el lugar de la intimidad de la Iglesia esposa: «Signo de la unión exclusiva de la Iglesia-esposa con su Señor, profundamente amado».[71]

La clausura ha sido codificada en cuatro diversas formas y modalidades:[72] además de la clausura común a todos los Institutos religiosos, hay otras tres características de las comunidades de vida contemplativa: papal, constitucional y monástica. La clausura papal es definida «según las normas dadas por la Sede Apostólica»[73] y «excluye colaboración en los distintos ministerios pastorales».[74] La clausura constitucional es definida por las normas de las Constituciones; y la clausura monástica, aun conservando el carácter de «una disciplina más estricta»[75] respecto a la disciplina común, permite asociar a la función primaria del culto divino unas formas más amplias de acogida y de hospitalidad, siempre según las propias Constituciones. La clausura común es la menos cerrada de las cuatro.[76]

La pluralidad de modos de observar la clausura en una misma Orden ha de considerarse como una riqueza y no como un impedimento para la comunión, armonizando diversas sensibilidades en una unidad superior.[77] Dicha comunión podrá concretarse en varias formas de encuentro y de colaboración, sobre todo en la formación permanente e inicial.[78]

El trabajo

32. También para vosotras, el trabajo es participación en la obra que Dios creador lleva adelante en el mundo. Dicha actividad os pone en estrecha relación con cuantos trabajan con responsabilidad para vivir del fruto de sus manos (cf. Gn 3,19), para contribuir en la obra de la creación y servir a la humanidad; en particular os hace solidarias con los pobres que no pueden vivir sin trabajar y que, a menudo, aun trabajando, necesitan de la ayuda providencial de los hermanos.

Para que el trabajo no apague el espíritu de contemplación, como nos enseñan los grandes santos contemplativos, y para que vuestra vida sea «pobre de hecho y de espíritu para consumarse en sobriedad trabajada», como os impone la profesión, con voto solemne, del consejo evangélico de pobreza,[79] realizad

el trabajo con devoción y fidelidad, sin dejarse condicionar por la mentalidad de la eficiencia y del activismo de la cultura contemporánea. Que ahora y siempre sea para vosotras válido el lema de la tradición benedictina “ora et labora”, que educa a encontrar una relación equilibrada entre la tensión hacia el Absoluto y el compromiso en las responsabilidades cotidianas, entre la quietud de la contemplación y el esfuerzo en el servicio.

El silencio

33. En la vida contemplativa y, en particular, en la que lo es integralmente, considero importante prestar atención al silencio habitado por la Presencia, como espacio necesario de escucha y de ruminatio de la Palabra y requisito para una mirada de fe que capte la presencia de Dios en la historia personal, en la de los hermanos y hermanas que el Señor os da y en los avatares del mundo contemporáneo. El silencio es vacío de sí para dejar espacio a la acogida; en el ruido interior no es posible recibir nada ni a nadie. Vuestra vida integralmente contemplativa requiere «tiempo y capacidad de guardar silencio para poder escuchar»[80] a Dios y el clamor de la humanidad. Que calle, pues, la lengua de la carne y que hable la lengua del Espíritu, movida por el amor que cada una de vosotras tiene para su Señor.[81]

Que en esto os sea de ejemplo el silencio de María Santísima, que pudo acoger la Palabra porque era mujer de silencio: no un silencio estéril, vacío; por el contrario, un silencio lleno, rico. Y el de la Virgen María es también un silencio rico de caridad, que se dispone para acoger al Otro y a los otros.

Los medios de comunicación

34. En nuestra sociedad, la cultura digital influye de manera decisiva en la formación del pensamiento y en la manera de relacionarse con el mundo y, en particular, con las personas. Este clima cultural no deja inmunes a las comunidades contemplativas. Es cierto que estos medios pueden ser instrumentos útiles para la formación y la comunicación, pero os exhorto a un prudente discernimiento para que estén al servicio de la formación para la vida contemplativa y de las necesarias comunicaciones, y no sean ocasión para la distracción y la evasión de la vida fraterna en comunidad, ni sean nocivos para vuestra vocación o se conviertan en obstáculo para vuestra vida enteramente dedicada a la contemplación.[82]

La ascesis

35. Junto con todos los medios que la Iglesia propone para el dominio de sí y la purificación del corazón, la ascesis lleva a liberarnos de todo aquello que es típico de la «mundanidad» para vivir la lógica del don, en particular del don del propio ser, como exigencia de respuesta al primero y único amor de vuestra vida. De este modo podréis responder también a las expectativas de los hermanos y hermanas, así como a las exigencias morales y espirituales intrínsecas en cada uno de los tres consejos evangélicos que profesáis con voto solemne.[83]

A este respecto, vuestra vida enteramente entregada adquiere un fuerte sentido profético; sobriedad, desprendimiento de las cosas, entrega de sí en la obediencia, transparencia en las relaciones, todo se hace más radical y exigente para vosotras por la opción de renunciar también «al espacio, a los contactos, a tantos bienes de la creación [...] como modo singular de ofrecer el “cuerpo”».[84] El haber elegido una vida de estabilidad se convierte en signo elocuente de fidelidad para nuestro mundo globalizado y acostumbrado a desplazamientos cada vez más rápidos y fáciles, con el riesgo de no echar jamás raíces.

Asimismo, el ámbito de las relaciones fraternas se hace todavía más exigente en la vida claustral,[85] que impone relaciones continuas y cercanas en la comunidad. Vosotras podéis ser un ejemplo y una ayuda al Pueblo de Dios y a la humanidad de hoy, marcada y a veces rota por tantas divisiones, para que permanezca al lado del hermano y de la hermana, también allí donde sea necesario recomponer las diversidades, gestionar tensiones y conflictos, acoger fragilidades. La ascesis es igualmente un medio para tomar contacto con la propia debilidad y encomendarla a la ternura de Dios y de la comunidad.

Por último, el compromiso ascético es necesario para llevar adelante con amor y fidelidad el deber de cada día, como ocasión para compartir la suerte de muchos hermanos en el mundo y ofrenda silenciosa y fecunda para ellos.

El testimonio de las monjas

36. Queridas Hermanas, lo que he escrito en esta Constitución Apostólica representa para vosotras, que habéis abrazado la vocación contemplativa, una ayuda válida para renovar vuestra vida y vuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Que el Señor realice en vuestros corazones su obra y os transforme enteramente en él, que es el fin último de la vida contemplativa;[86] y que vuestras comunidades o fraternidades sean verdaderas escuelas de contemplación y oración.

El mundo y la Iglesia os necesitan como «faros» que iluminan el camino de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo. Que sea esta vuestra profecía. Vuestra opción no es la huida del mundo por miedo, como piensan algunos. Vosotras seguís estando en el mundo, sin ser del mundo (cf. Jn 18,19) y, aunque estéis separadas del mundo, por medio de signos que expresan vuestra pertenencia a Cristo, no cesáis de interceder constantemente por la humanidad, presentando al Señor sus temores y sus esperanzas, sus gozos y sus sufrimientos.[87]

No nos privéis de esta vuestra participación en la construcción de un mundo más humano y por tanto más evangélico. Unidas a Dios, escuchad el clamor de vuestros hermanos y hermanas (cf. Ex 3,7; Jr 5,4) que son víctimas de la «cultura del descarte», [88] o que necesitan sencillamente de la luz del Evangelio. Ejercitaos en el arte de escuchar, «que es más que oír», [89] y practicad la «espiritualidad de la hospitalidad», acogiendo en vuestro corazón y llevando en vuestra oración lo que concierne al hombre creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26).

Como he escrito en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, «interceder no nos aparta de la verdadera contemplación, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño».[90]

De este modo, vuestro testimonio será un complemento necesario del que los contemplativos en el corazón del mundo dan testimonio del Evangelio, permaneciendo totalmente inmersos en las realidades y en la construcción de la ciudad terrena.

37. Queridas Hermanas contemplativas, bien sabéis que vuestra forma de vida consagrada, al igual que todas las demás, «es don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está toda orientada hacia la Iglesia».[91] Vivid, pues, en profunda comunión con la Iglesia para ser en ella viva prolongación del misterio de María virgen, esposa y madre, que acoge y guarda la Palabra para devolverla al mundo, contribuyendo así a que Cristo nazca y crezca en el corazón de los hombres sedientos, aunque a menudo de manera inconsciente, de Aquel que es «camino, verdad y vida» (Jn 14,6). Al igual que María, sed también vosotras «escalera» por la que Dios baja para encontrar al hombre y el hombre sube para encontrar a Dios y contemplar su rostro en el rostro de Cristo.

CONCLUSIÓN DISPOSITIVA

A la luz de lo considerado hasta aquí, dispongo y establezco lo que sigue:

Art. 1. Conforme al c. 20 del CIC y tras haber considerado con mucha atención los 37 artículos que preceden, por la promulgación y publicación de esta Constitución Apostólica *Vultum Dei quaerere* quedan derogados:

1. Los cánones del CIC que, en parte, resulten directamente contrarios a cualquier artículo de la presente Constitución;
2. y, más en particular, los artículos dispositivo-normativos:
 - de la Constitución Apostólica *Sponsa Christi* de Pío XII de 1950: *Estatuta generalia Monialium*;
 - de la Instrucción *Inter praeclara* de la Sagrada Congregación de Religiosos;
 - de la Instrucción *Verbi Sponsa*, de la CIVCSVA, 13 de mayo de 1999, sobre la vida contemplativa y la clausura de las monjas.

Art. 2 §1. Esta Constitución se dirige a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y a los monasterios femeninos de vida contemplativa o integralmente contemplativa, federados o no federados.

§2. Son materias reguladas por esta Constitución Apostólica las enumeradas arriba en el n. 12 y desarrolladas en los números 13-35.

§3. La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica -en caso de que sea necesario de acuerdo con la Congregación para las Iglesias Orientales o la Congregación para la Evangelización de los Pueblos- reglamentará las distintas modalidades de actuación de estas normas

constitutivas, según las diversas tradiciones monásticas y teniendo en cuenta las diferentes familias carismáticas.

Art. 3 §1. Cada monasterio cuide con particular esmero, por medio de oportunas estructuras, la elaboración del proyecto de vida comunitaria, la formación permanente, que es como el humus de cada una de las etapas de la formación, ya a partir de la inicial.

§2. Con el fin de asegurar una adecuada formación permanente, las federaciones promuevan la colaboración entre los monasterios por medio de intercambio de material formativo y el uso de medios de comunicación digital, salvaguardando siempre la necesaria discreción.

§3. Además del cuidado en elegir a las hermanas llamadas como formadoras a acompañar a las candidatas por el camino de la madurez personal, cada uno de los monasterios y las federaciones promuevan la formación de las formadoras y de sus colaboradoras.

§4. Las hermanas llamadas a ejercer el delicado servicio de la formación pueden, *servatis de iure servandis*, participar en cursos específicos de formación aunque sea fuera de su monasterio, manteniendo un clima adecuado y coherente con las exigencias del propio carisma. La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica promulgará al respecto normas particulares.

§5. Los monasterios prestarán especial atención al discernimiento espiritual y vocacional, asegurarán a las candidatas un acompañamiento personalizado y promoverán itinerarios formativos adecuados, considerando siempre que hay que reservar un amplio espacio de tiempo a la formación inicial.

§6. Aunque la constitución de comunidades internacionales y multiculturales ponga de manifiesto la universalidad del carisma, hay que evitar en modo absoluto el reclutamiento de candidatas de otros Países con el único fin de salvaguardar la supervivencia del monasterio. Que se elaboren criterios para asegurar que esto se cumpla.

§7. Para asegurar una formación de calidad, según las circunstancias, promuévanse casas de formación inicial comunes entre varios monasterios.

Art. 4 §1. Considerando que la oración es el corazón de la vida contemplativa, que cada monasterio verifique el ritmo de la propia jornada para evaluar si el Señor es su centro.

§2. Se evaluarán las celebraciones comunitarias, preguntándose si son realmente un encuentro vivo con el Señor.

Art. 5 §1. Por la importancia que la lectio divina reviste, que cada monasterio establezca tiempos y modalidades oportunos para esta exigencia de lectura/escucha, *ruminatio*, oración, contemplación y puesta en común de las Sagradas Escrituras.

§2. Considerando que el compartir la experiencia transformante de la Palabra con los sacerdotes, los diáconos, los demás consagrados y los laicos es expresión de verdadera comunión eclesial, cada monasterio verá cuáles pueden ser las modalidades de esta irradiación espiritual ad extra.

Art. 6 §1. En la elaboración del proyecto comunitario y fraterno, además de la preparación con esmero de la celebración eucarística, que cada monasterio prevea tiempos convenientes de adoración eucarística, ofreciendo también a los fieles de la Iglesia local la posibilidad de participar en ellos.

§2. Cuídese en particular la elección de capellanes, confesores y directores espirituales, considerando la especificidad del carisma propio y las exigencias de la vida fraterna en comunidad.

Art. 7 §1. Quienes son llamadas a ejercer el ministerio de la autoridad, además de cuidar de su propia formación, sean guiadas por un real espíritu de fraternidad y de servicio, para favorecer un clima gozoso de libertad y de responsabilidad para promover el discernimiento personal y comunitario y la comunicación en la verdad de lo que se hace, se piensa y se siente.

§2. El proyecto comunitario acoja con agrado y aliente el intercambio de dones humanos y espirituales de cada hermana, para el mutuo enriquecimiento y el progreso de la fraternidad.

Art. 8 §1. A la autonomía jurídica ha de corresponder una real autonomía de vida, lo cual significa: un número aunque mínimo de hermanas, siempre que la mayoría no sea de avanzada edad; la necesaria vitalidad a la hora de vivir y transmitir el carisma; la capacidad real de formación y de gobierno; la dignidad y la calidad de la vida litúrgica, fraterna y espiritual; el significado y la inserción en la Iglesia local; la posibilidad de subsistencia; una conveniente estructura del edificio monástico. Estos criterios han de considerarse en su globalidad y en una visión de conjunto.

§2. Cuando no subsistan los requisitos para una real autonomía de un monasterio, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica estudiará la oportunidad de constituir una comisión ad hoc formada por el Ordinario, por la Presidente de la federación, por el Asistente federal y por la Abadesa o Priora del monasterio. En todo caso, dicha intervención tenga como fin actuar un proceso de acompañamiento para revitalizar el monasterio, o para encaminarlo hacia el cierre.

§3. Este proceso podría prever también la afiliación a otro monasterio o confiarlo a la Presidenta de la federación, si el monasterio es federado, con su Consejo. En todo caso, la decisión última correspondea la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

Art. 9 §1. En principio, todos los monasterios han de formar parte de una federación. Si por razones especiales un monasterio no pudiera ser federado, con

el voto del capítulo, pídase permiso a la Santa Sede, a la que corresponde realizar el oportuno discernimiento, para consentir al monasterio no pertenecer a una federación.

§2. Las federaciones podrán configurarse no tanto y no sólo según un criterio geográfico, sino de afinidades de espíritu y tradiciones. Las modalidades al respecto serán indicadas por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

§3. Se garantizará, asimismo, la ayuda en la formación y en las necesidades concretas por medio de intercambios de monjas y la puesta en común de bienes materiales, según como disponga la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, que además establecerá las competencias de la Presidente y del Consejo de Federación.

§4. Se favorecerá la asociación, también jurídica, de los monasterios con la Orden masculina correspondiente. Se favorecerán también las Confederaciones y la constitución de Comisiones internacionales de varias Órdenes, con estatutos aprobados por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

Art. 10 §1. Tras un serio discernimiento, y respetando la propia tradición y lo que exigen las Constituciones, cada monasterio pida a la Santa Sede qué forma de clausura quiere abrazar, si es que pide una forma diversa a la que tiene vigor.

§2. Una vez que se ha optado por una de las formas de clausura previstas, y que esta haya sido aprobada, que cada monasterio se esmere en seguirla y viva según lo que conlleva.

Art. 11 §1. Aunque algunas comunidades monásticas pueden tener rentas, según el derecho propio, sin embargo no se eximan del deber de trabajar.

§2. Para las comunidades dedicadas a la contemplación, que el fruto del trabajo no sea sólo para asegurar un sustento digno, sino que también y en la medida de lo posible tenga como fin socorrer las necesidades de los pobres y de los monasterios necesitados.

Art. 12. El ritmo cotidiano de cada monasterio prevea oportunos momentos de silencio, para favorecer el clima de oración y de contemplación.

Art. 13. Cada monasterio prevea en su proyecto comunitario los medios idóneos por los que se expresa el compromiso ascético de la vida monástica, para que sea más profética y creíble.

Disposición final

Art. 14 §1. La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica promulgará una nueva Instrucción sobre las materias consideradas en el n.12, y lo hará según el espíritu y las normas de esta Constitución Apostólica.

§2. Los artículos de las Constituciones o Reglas de cada uno de los Institutos,

una vez que se hayan adaptado a las nuevas disposiciones, tendrán que someterse a la aprobación de la Santa Sede.

Dado en Roma junto a San Pedro, el día 29 de junio, solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, del año 2016, cuarto de mi pontificado.

Francisco.

NOTAS:

- [1] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 19.
- [2] I, 1, 1: PL 32, 661.
- [3] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 169: AAS 105 (2013), 1091.
- [4] Carta ap. A todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada (21 de noviembre de 2014), II, 2: AAS 106 (2014), 941.
- [5] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 68: AAS 88 (1996), 443.
- [6] Benedicto XVI, Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), 83: AAS 102 (2010), 754.
- [7] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 59: AAS 88 (1996), 432.
- [8] Cf. CIC c. 573/1.
- [9] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 16: AAS 88 (1996), 389.
- [10] Benedicto XVI, Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), 83: AAS 102 (2010), 754.
- [11] Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 18: AAS 88 (1996), 391-392.
- [12] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 44; Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 3.29: AAS 88 (1996), 379-402.
- [13] Regla 58, 7.
- [14] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 8: AAS 88 (1996), 382-383.
- [15] Id., Carta ap. *Oriente lumen* (2 de mayo de 1995), 9: AAS 87 (1995), 754.
- [16] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 44.
- [17] Benedicto XVI, Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), 83: AAS 102 (2010), 754.
- [18] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, 5.
- [19] *Ibid.*, 1.
- [20] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 14: AAS 88 (1996), 387.
- [21] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 46; Decr. *Christus Dominus*, 35; *ID.*, Decr. *Perfectae caritatis*, 7.9; CIC c. 674.
- [22] Cf. CIC c. 667 § 2-3.
- [23] Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Oriente lumen* (2 de mayo de 1995), 9: AAS 87 (1995), 754.
- [24] Francisco de Asís, Cántico de las criaturas, 1.
- [25] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 44.

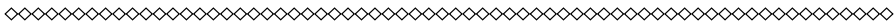
- [26] Cf. Id., *Decr. Perfectae caritatis*, 2.
- [27] Cf. Clara de Asís, III Carta a Inés de Bohemia, 8.
- [28] Francisco de Asís, *Alabanzas del Dios Altísimo*, 3. 5.
- [29] Teresa de Ávila, *Obras completas. Poesías*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2011, 1368.
- [30] Cf. Dionigi il Certosino, *Enarrationes* en cap. 3 Can. Cant. XI, 6, en *Doctoris Ecstatici D. Dionysii Cartusiani Opera Omnia*, VII, *Typis Cartusiae, Monstrolii* 1898, 361.
- [31] Francisco de Asís, *Cántico de las Criaturas*, 4.
- [32] Francisco, *Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 83: AAS 105 (2013), 1054-1055.
- [33] Cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 65: AAS 88 (1996), 441; CIC c. 664.
- [34] *Ibíd.*, 66: AAS 88 (1996), 442.
- [35] *Ibíd.*, 69: AAS 88 (1996), 444; cf. CIC c. 661.
- [36] Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Instr. Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el Tercer Milenio* (19 de mayo de 2002), 18.
- [37] Cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 65: AAS 88 (1996), 441.
- [38] Cf. CIC cc. 648/1 y 3; 657/2.
- [39] Saludo al final de la Santa Misa, 2 de febrero de 2016: *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2016, p. 6; cf. CIC c. 673.
- [40] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, *Const. Sacrosanctum Concilium*, 83; CIC cc. 1173; 1174/1.
- [41] Cf. Benedicto XVI, *Catequesis* (28 de diciembre de 2011): *Insegnamenti VII/2* (2011), 980-985; CIC c. 663/4; Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Instr. El servicio de la autoridad y la obediencia*, 11 de mayo de 2008, 31.
- [42] Benito, *Regla*, 43, 3.
- [43] Cf. Francisco de Asís, *Regla no bulada*, XXIII, 31.
- [44] Cf. Clara de Asís, III carta a Inés de Bohemia, 12.13.
- [45] *Regla*, 4, 55.
- [46] Cf. Benedicto XVI, *Exhort.ap. postsinodal Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), 86: AAS 102 (2010), 757; CIC c. 663/3.
- [47] *Exhort. ap. postsinodal. Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 94: AAS 88 (1996), 469; cf. CIC c. 758.
- [48] Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Instr. Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el Tercer Milenio* (19 de mayo de 2002), 25; Juan Pablo II, *Carta ap. Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), 43: AAS 93 (2001), 297.
- [49] Cf. Benedicto XVI, *Exhort.ap. postsinodal Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), 86: AAS 102 (2010), 758; CIC cc. 754-755.
- [50] Cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 94: AAS 88 (1996), 470.
- [51] Benedicto XVI, *Exhort.ap. postsinodal Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), 87: AAS 102 (2010), 759.
- [52] Conc. Ecum. Vat. II, *Decr. Presbyterorum Ordinis*, 5; cf. CIC c. 899.
- [53] Homilía para la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo (26 de mayo de 2016): *L'Osservatore Romano*, 27-28 de mayo de 2016, p. 8; cf. CIC c. 663/2.
- [54] Cf. Juan Palo II, Homilía para la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

- (14 de junio de 2001), 3: AAS 93 (2001), 656.
- [55] Id., Carta enc. Ecclesia de Eucharistia (17 de abril de 2003), 6: AAS 95 (2003), 437.
- [56] Id., Carta ap. Mulieris dignitatem (15 de agosto de 1988), 26: AAS 80 (1988), 1716.
- [57] Cf. Bula Misericordiae Vultus, 1: AAS 107 (2015), 399; CIC cc. 664; 630.
- [58] Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instr. La vida fraterna en comunidad. Congregavit nos in unum Christi amor (2 de febrero de 1994), 10.
- [59] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata (25 de marzo de 1996), 21: AAS 88 (1996), 395.
- [60] CIC, c. 603.
- [61] Cf. Juan Pablo II, Carta ap. Novo millennio ineunte (6 de enero de 2001), 43: AAS 93 (2001), 296-297.
- [62] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Perfectae caritatis, 15; CIC, c. 602.
- [63] Cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instr. La vida fraterna en comunidad. Congregavit nos in unum Christi amor (2 de febrero de 1994); CIC cc. 607/2; 608; 665; 699/1.
- [64] *Ibid.*, 32; cf. CIC cc. 619; 630; 664.
- [65] Cf. Discurso a los participantes en el Jubileo de la vida consagrada, 1 de febrero de 2016: *L'Osservatore Romano*, 1-2 de febrero de 2016, p. 8.
- [66] Benito, Regla, IV, 70-71.
- [67] Carta ap. A todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada (21 de noviembre 2014), II, 3: AAS 106 (2014), 943.
- [68] *Ibid.*
- [69] Cf. *ibid.*; CIC, cc. 614-615; 628/2-1; 630/3; 638/4; 684/3; 688/2; 699/2; 708; 1428/1-2.
- [70] Cf. CIC, cc. 582; 684/3.
- [71] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Vita consecrata (25 de marzo de 1996), 59: AAS 88 (1996), 431.
- [72] Cf. *ibid.*, 59; CIC c. 667.
- [73] CIC, c. 667 § 3.
- [74] *Ibid.*, c. 674.
- [75] *Ibid.*, c. 667 § 2.
- [76] Cf. *ibid.*, c. 667/1.
- [77] Cf. J.M. Bergoglio, Intervención del 13 de octubre de 1994 en el Sínodo de los Obispos sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo (en: «Vida Religiosa» 115, n. 7, julio-septiembre 2013).
- [78] Cf. Carta ap. A todos los consagrados y consagradas con ocasión del Año de la Vida Consagrada (21 de noviembre de 2014), II, 3: AAS 106 (2014), 942-943.
- [79] Cf. CIC c. 600.
- [80] Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (1 de junio de 2014): AAS 106 (2014), 114; cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instr. La vida fraterna en comunidad. Congregavit nos in unum Christi amor (2 de febrero de 1994), 10 y 34.
- [81] Cf. Clara de Asís, IV Carta a Inés de Bohemia, 35.
- [82] Cf. CIC, c. 666.
- [83] Cf. Saludo después de la Santa Misa para los consagrados y las consagradas, 2 de febrero de 2016: *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 2016, p. 6; CIC, cc. 599-601; 1191-1192.

- [84] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996), 59: AAS 88 (1996), 431.
- [85] Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instr. *La vida fraterna en comunidad. Congregavit nos in unum Christi amor* (2 de febrero de 1994), 10.
- [86] Cf. Clara de Asís, III Carta a Inés de Bohemia, 12-13; IV Carta a Inés de Bohemia, 15.16.
- [87] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 4-
- [88] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 53: AAS 105 (2013), 1042; cf. *ibíd.* 187ss: AAS 105 (2013), 1098ss.
- [89] *Ibíd.*, 171: AAS 105 (2013), 1091.
- [90] *Ibíd.*, 281: AAS 105 (2013), 1133.
- [91] J. M. Bergoglio, Intervención del 13 de octubre de 1994 en el Sínodo de los Obispos sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo (en: «Vida Religiosa» 115, n. 7, julio-septiembre 2013).



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

Fiesta de San Juan de Ávila, patrono del clero español

Seminario Mayor del “Divino Maestro”. 11 de mayo de 2016.

Mi querido D. Camilo, Obispo emérito de Astorga

Queridos hermanos en el Sacerdocio.

Os saludo a vosotros Seminaristas del “Divino Maestro” y del “Redemptoris Mater”.

Hermanas y hermanos en el Señor.

Permitidme que mis primeras palabras sean dirigidas a los sacerdotes de nuestro Presbiterio que celebran sus 25, 50 y 60 años en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Al contemplar la historia de vuestra vida damos gracias a Dios por el don de la fidelidad con la que habéis servido al Señor en la Iglesia. Vuestra existencia fiel es un motivo constante de acción de gracias a Dios por el don del sacerdocio. Sabemos que somos débiles y pequeños, que llevamos *este tesoro en vasijas de barro*, pero que a pesar de los pesares, es decir, a pesar de nuestras fragilidades, nos sentimos *pecadores perdonados* por el Dios misericordioso que nos ha llamado al ministerio y por eso, seguimos trabajando con esperanza.

Con las palabras de la Escritura que acabamos de proclamar nos consuela pensar en lo que hemos oído hace un momento: ¡*Santificalos en la verdad!* (Jn 17, 11b-19). Es éste uno de los grandes proyectos de nuestra vida sacerdotal; para eso hemos sido consagrados, para ser testigos de la Verdad, que no es un realidad teórica sino que es el mismo Jesucristo. Por eso, en este sermón de despedida que nos ofrece en el Evangelio de hoy, el Señor dirigiéndose al Padre de la misericordia, ruega por nosotros: *Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.*

Somos portadores de esta realidad divina, que no nos pertenece, sino que solo somos transmisores y administradores de ella para el bien de nuestros hermanos y hermanas, y *para que el mundo crea*. En este sentido se entiende la recomendación que san Pablo dirige a los presbíteros de Éfeso y que os invito a que la hagamos propia: *Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear a la Iglesia de Dios (Hch 20, 28-38)*. Vosotros y yo, sin méritos por nuestra parte, hemos sido elegidos para pastorear

la Iglesia de Dios, una realidad viva que no es nuestra, sino de Dios Padre y que por Él ha sido adquirida con la sangre redentora de su Hijo. ¿Quiénes somos nosotros para servirnos de la Iglesia en lugar de servirla como ella quiere ser servida? ¿Cuánto le hacían sufrir a San Juan de Ávila la actitud de aquellos obispos y sacerdotes de su tiempo que habían convertido el ejercicio de su ministerio en un simple cumplimiento de las acciones sacras, o bien se aprovechaban de la Iglesia para comerciar con las cosas santas! El pedía sacerdotes misericordiosos. Su insistencia en este tema nos recuerda en lo que continuamente nos está insistiendo el Santo Padre; porque era consciente Juan de Ávila en su tiempo, como lo es Francisco en nuestros días, que la auténtica renovación pastoral de nuestro pueblo se llevará a cabo si nosotros nos ponemos en camino de conversión. Recordad aquel pensamiento que dejó escrito uno de mis venerables predecesores: *Lo que tú seas, serán tus sacerdotes. Lo que tú y tus sacerdotes sean, será tu Diócesis* (Mons. Francisco Blanco Nájera), “alma mater” de este Seminario.

En la biografía del Doctor Ávila se nos cuenta como a la edad de 31 años, joven sacerdote, tiene una experiencia de la misericordia de Dios mientras está en la cárcel de la Inquisición en Sevilla, a donde había ido a parar a consecuencia de una acusación falsa. ¡Con qué cuidado hay que andar siempre con nuestros comentarios y apreciaciones! Es precisamente en aquel lugar inmundo e inimaginable para nosotros, hombres del siglo XXI, en donde san Juan de Ávila percibe el consuelo del Dios misericordioso que le marcará para toda su vida. Esta anécdota nos sirve para entender por qué nos pide que seamos sacerdotes misericordiosos para manifestar así ese amor de Cristo a todos los que se encuentran con nosotros. Si fuésemos conoedores de ese amor misericordioso *¿quién podrá, Señor, callar tales misericordias?*, nos dice él. *¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuán amorosos y dulces son los brazos que nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en las luchas por él y por su causa. De ahí que la cruz del Señor es para él la prueba máxima de la misericordia del Padre. Y llega a decirnos: En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste, me libras-te, y me amaste, dando tu vida y sangre por mí (...) en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas, y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salvación (Sermón 52).*

En Cristo crucificado, que es la máxima prueba del amor misericordioso del Padre para con toda la humanidad, encuentra el Maestro Ávila la clave de toda su vida sacerdotal. Por eso, ya desde finales del siglo XVI se representa a Juan de Ávila contemplando un crucifijo que sostiene en sus manos y del que brotan esas misteriosas palabras: *Maestro Ávila, tus pecados quedan perdonados.*

El Santo Padre Francisco en la bula *Misericordiae vultus* nos recuerda, siguiendo con fidelidad la espiritualidad clásica, que *la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia (...) la credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino*

del amor misericordioso y compasivo (MV nº 10). Esto nos da la clave para desterrar de nuestra vida el rencor, la crítica, la maledicencia y todo signo de falta de comunión; el Santo Padre nos recuerda que *el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices;* es más, el ejercicio del perdón *es el criterio de la credibilidad de nuestra fe (MV nº 9c),* todo lo demás son puras apariencias que tarde o temprano nos avocan a una salida sin retorno. Qué tristeza nos causa la vida de esos cristianos que se han quedado cristalizados en sus rencores, antipatías, enfados y miedos; pero mucho más dolor nos causa cuando esta actitud la podemos observar en un sacerdote. No se entiende la falta de comunión ni de fraternidad en el ámbito de nuestro Presbiterio, si esto sucediere necesitamos rogar a Dios con más fuerza y pedir la conversión de los corazones, como lo hacía san Juan de Ávila.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles que hemos proclamado hace unos momentos, se nos exhorta a que debemos estar atentos porque *se meterán entre nosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. Incluso entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por eso, estad alerta.*

Hermanos míos sacerdotes, el testimonio de vuestra vida nos llena a todos de esperanza porque al contemplar la fidelidad de vuestra existencia aprendemos a vivir con ilusión renovada nuestra vocación. En nombre de esta Iglesia os agradezco el hermoso ejemplo que nos estáis dando tanto a mi como a las jóvenes generaciones, en especial a este grupo de seminaristas, por los que tenemos que rezar y a los que debemos acompañar en el camino de la fidelidad a la verdad, porque sabemos bien que solo *la verdad nos hará libres.* Pero no solo ahora, mientras están en el Seminario, sino, sobre todo, después en el ejercicio del ministerio. Y vosotros, seminaristas y jóvenes sacerdotes dejaos ayudar por vuestros hermanos sacerdotes mayores, si queréis ser fieles

En esta jornada sacerdotal quisiera haceros llegar un ruego especial: que acojáis con auténtico espíritu de *comunión eclesial* el Sínodo Diocesano. Podéis estar seguros que será para nuestro bien personal y para el de nuestras comunidades cristianas. Será un momento de gracia para nuestra Iglesia particular. No tengáis miedo a abriros a esta experiencia sinodal. Estoy convencido de que caminando juntos en comunión llevaremos a cabo *esa nueva tarea en la evangelización de siempre* a la que nos está invitando el papa Francisco. También san Juan de Ávila, en la década de los años sesenta del siglo XVI, acompañó con sus escritos y sus oraciones a los obispos de Córdoba, Granada y Toledo en la organización de sínodos diocesanos. Eran muchos los obstáculos con los que se encontraba la Iglesia de entonces; también había fuerzas hostiles a los procesos sinodales de tal modo que estas actitudes le llevan a san Juan de Ávila, a pesar de sus enferme-

dades, a redactar memoriales y cartas a los obispos y, a uno de ellos que se encontraba con graves oposiciones por ciertas entidades eclesíásticas para realizar el sínodo le anima a entrar a combatir con alegría y esperanza *la guerra de su sínodo. Cristo le esfuerce, pues no faltarán dudas y dificultades, para las cuales sea menester su luz y esfuerzo* (Carta 181).

Que en este Año jubilar de la Misericordia, en el que también estamos celebrando los 1700 años del nacimiento de San Martín de Tours, auténtico icono de la misericordia, nos encomendemos al que es patrono de nuestra Diócesis y titular de nuestra Iglesia catedral, para que nos ayude a dejarnos evangelizar y así convertirnos, como él, en auténticos evangelizadores a través del testimonio fiel y verdadero de nuestras vidas entregadas a la causa del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Qué así sea!

Celebración de la Vigilia de Pentecostés

Catedral de Ourense. 14 de mayo de 2016.

“Ven Espíritu Santo. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero”

(Himno de las I Vísperas de la Solemnidad de Pentecostés, 4ª estrofa)

Mis queridos hermanos y hermanas:

Celebramos estas I Vísperas de la Solemnidad de Pentecostés y lo hacemos – como ya se nos ha recordado al comienzo de esta celebración - dentro del Año de la Misericordia y, además, en el marco de esta Catedral en la que estamos celebrando los 1700 años del nacimiento de San Martín de Tours.

Hoy es el día de la Acción Católica y de los movimientos del Apostolado Secular. Por ellos pedimos al Buen Dios los dones del Espíritu para que estos movimientos sean fecundos.

El libro del Génesis nos ha presentado una realidad que se repite a lo largo de la historia de la humanidad: los hombres y mujeres – que tenemos tantas cosas en común – en bastantes ocasiones no nos entendemos. A veces ¡lo estamos contemplando con preocupación en nuestra sociedad! Buscamos y luchamos por las mismas o similares ideas y no nos encontramos ¡todo lo contrario! Hablamos “*lenguas diferentes*” que terminan por enfrentarnos y, no nos olvidemos, que donde el hombre se enfrenta con el hermano termina oponiéndose a Dios, e incluso rechazándole. Y donde Dios no está o molesta, donde a Dios y a su rostro misericordioso, que es Nuestro Señor Jesucristo, hay que apartarlo del ámbito del mundo cotidiano, entonces, lo que se pretende construir termina por derruirse y genera confusión, caos, enfrentamientos, e incluso muerte. Lo palpaba ayer tarde cuando leía la biografía *de un beato mártir* nacido en nuestras tierras, en San Salvador de Rabal, cerca de Celanova, Fray Antonio González Penín, mercedario. Fue martirizado por un grupo de jóvenes – casi adolescentes – en donde habían sembrado el odio a Jesucristo y a Su Iglesia. Solo han pasado ochenta años de aquel acontecimiento que ha dejado en nuestra nación más mártires por la fe que en todos los períodos de persecución del Imperio Romano.

Es necesario que hoy como ayer supliquemos la luz del Espíritu Santo para que penetre en el fondo del alma de nuestros contemporáneos y les ayude a descubrir que Jesucristo no roba nada, ni hipoteca los grandes ideales del corazón humano, ni es enemigo de nadie ¡todo lo contrario!. Es necesario suplicar al Espíritu que *sane el corazón* enfermo de tantos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, tam-

bién niños que se encuentran muy cerca de nosotros y no nos damos cuenta... ¿Os habéis percatado de lo que han aumentado los suicidios en nuestra provincia en los últimos años? ¿Por qué nadie habla de lo que está ocurriendo y que es una manifestación clara de que al abandonar los valores, ...valores cristianos que antes configuraban y fortalecían a las familias, a las estructuras educativas, deportivas y sociales y que han desaparecido y en su lugar no ha surgido nada? Donde Dios sobra, no queda nada.

Ayer noche cuando muchos de los que estamos aquí participábamos en la procesión de la imagen de la Virgen del Rosario de Fátima, en el largo recorrido – como siempre – hemos podido ver signos de piedad, pero también nos hemos encontrado otras realidades que eran muestras evidentes de que necesitamos intensificar más la evangelización y la catequesis a todos los niveles, no solo a los niños sino también a los adultos; quizás sería necesario plantearse alguna *catequesis en salida*, como diría el papa Francisco. Al contemplar aquella multitud de supuestos católicos devotos de la Virgen de Fátima, me estaba dando cuenta –como nos lo recuerda san Pablo– de que *la creación entera gime y sufre dolores de parto, y no solo ella, sino también nosotros (...), gemimos interiormente, anhelando que se realice plenamente nuestra condición de hijos de Dios* (Rom 8, 22-27)

Especialmente vosotros los seglares tenéis la misión que brota de vuestro bautismo, de ser sal y luz en medio de esta multitud que anda *llena de vacío*, bajo *el poder del pecado*, empobrecidos interiormente a pesar de *sus muchas riquezas*. Se os pide que *reguéis esta tierra en sequía*, llena de teorías e ideologías que, en ocasiones pretenden achatarnos psicológica y espiritualmente. Todos necesitamos suplicar el don de fortaleza para no dejarnos encoger por el ambiente y sus modas; para no consentir que nos atrapen las falsas ideologías del bienestar, del cambio, del progreso y de los fáciles resultados económicos. ¡Cambiar sí! Las leyes injustas como aquellas que pretenden liquidar a los inocentes en el vientre de sus madres. Bienestar humano, por supuesto que también, pero que no solo se busquen el bien del ser humano de forma unidimensional. Buscar resultados efectivos en el ámbito económico, es bueno, pero cuando recíprocamente a la bonanza económica le sigue la creación de empleos justos y una ayuda efectiva tanto a hombres y mujeres, sobre todo esos jóvenes emprendedores, a levantar y mantener sus empresas que les puede generar paz, estabilidad y auténtico desarrollo humano, entonces sí es bueno que nos preocupemos de ese cambio y de esas transformaciones. El ser humano cuando pierde la esperanza en la consecución de un trabajo digno que le pueda ayudar a construir una familia o a fraguar un porvenir, queda degradado y sin querer puede caminar por el desierto de la desesperación y del vacío espiritual, por eso es necesario suplicar al Espíritu Santo:

Riega la tierra en sequía

Sana el corazón enfermo,

Infunde calor de vida en el hielo.

Mis queridos amigos, contrasta la asamblea de esta tarde con la que vivíamos ayer noche. También había jóvenes – escondidos sí, tras las columnas de esta hermosa catedral-, estamos contemplando *un triste espectáculo: seguidores de Jesús llenos de complejos, hombres y mujeres que se avergüenzan de ser cristianos, no se atreven a decir que son creyentes, o son creyentes pero no practicantes, creen en Jesucristo – dicen- pero no en la Iglesia. Se enternecen ante una imagen de la Virgen, o de San Benito, o de San Antonio pero da la impresión de que nos encontramos con un cristianismo de gentes acobardadas o acomplejadas, que disimulan y ocultan su condición de creyentes, y eso tanto nos afecta a los sacerdotes como a los consagrados y seglares ¡a todos!* – como dice un benemérito obispo español en alguna de sus reflexiones-

¿Qué nos está sucediendo? Mientras muchos hijos e hijas de Dios en la Iglesia esconden su catolicismo sociológico, centrado en el cumplimiento de unos ritos de forma ocasional, crece la increencia, el agnosticismo, el laicismo militante; mientras que bastantes bautizados “enganchan” en cultos exotéricos a través de las autopistas actuales del mundo del internet y llegan a cumplir una serie de ritos mucho más exigentes, y a veces ridículos, que nada tienen que ver con ascética cristiana que es una realidad positiva y alegre. O se da el caso de bastantes cristianos anónimos que solo se alimentan de lo que afirman ciertos blogs y la idea que tienen de la Iglesia y de sus sacerdotes les llega a través de esas pistas de información. ¡Qué cosas se leen incluso acerca de los últimos papas! Da vergüenza mencionarlo en este lugar.

¡Hermanas y hermanos míos! La solemnidad de Pentecostés es una buena ocasión para suplicar el “Don” de Cristo, el Espíritu Santo, para que *reparta sus dones*, que nos haga valientes e intrépidos defensores de la fe cristiana y de los valores inherentes a la misma que son: amor, comprensión, tolerancia, fidelidad, respeto a los demás, justicia, honradez profesional y económica –¡somos pecadores pero no corruptos!-, y sobre todo paz. Y con todo esto, y mucho más porque el Señor no se deja ganar en generosidad, podemos lograr que tanto la ciudad como nuestra vida se llenen de alegría.

A vosotros seglares, sobre todo a los que formáis parte de los distintos grupos, movimientos, asociaciones que aprobados y queridos por la Iglesia, vivís y desarrolláis vuestra labor en esta querida Diócesis, a vosotros os pido que no os acomplejéis, que pidáis al Espíritu Santo la fortaleza y la valentía necesaria para dar la cara por Cristo ¡No podemos ser discípulos vergonzantes! Sí, sé muy bien que me diréis que sois pocos, estáis enfermos o sois mayores ¡no perdáis la calma ni la ilusión! ¡No os dejéis robar la esperanza! En los momentos de dificultad no nos olvidemos de las últimas palabras que nos dice el Señor en el Evangelio que se acaba de proclamar en esta liturgia: *Del corazón del que cree en mí brotarán ríos de agua viva* (Jn 7,39). Él mismo nos lo dice. La clave del éxito apostólico es creer en Él, o como os recordaba en mi primera carta pastoral: *Querer creer*. Os reco-

miendo que la leáis. Dejaré en Betel varios ejemplares para que los podáis retirar gratuitamente. Pero leedla, por favor. Ha sido escrita pensando en vuestro bien.

Amigos míos, estamos convencidos de que el éxito de esta nueva tarea evangelizadora está en la conversión personal que, de manera especial se concreta en cuidar nuestra oración, una oración hecha con la Palabra de Dios ¡orar con el Evangelio!, acercarnos con más frecuencia al Sacramento de la Penitencia y esforzarnos por ser más moderados, sobrios y generosos ayudando a la Iglesia en sus necesidades ¡necesidades que son de toda la comunidad eclesial! Algunos siguen pensando que los dineros de la Iglesia le vienen del cielo o se cosechan en el jardín del Obispado. ¿Cómo se sostiene Cáritas, los diferentes proyectos solidarios en los que estamos embarcados – como es el caso actualmente de ayudar a nuestros hermanos de Jipijapa, de la archidiócesis de Portoviejo en el Ecuador, después de haber sufrido ese terremoto que ha destruido gran parte de algunas ciudades y pueblos? ¿Y el sostenimiento de nuestros Seminarios y los otros proyectos pastorales como el Sínodo diocesano en los que estamos comprometidos? ...Lo podemos hacer gracias a la comunión de bienes que se da entre las distintas Diócesis de España, de lo contrario no sobreviviríamos.

Si actuamos así, entonces *de nuestro corazón brotarán ríos de agua viva*, es decir, surgirán vocaciones para los grupos, movimientos y asociaciones laicales y, si éstas funcionan, entonces tendremos vocaciones para el ministerio sacerdotal, para la vida consagrada, misionera y monástica, y también – porque hoy lo necesitamos mucho -, para el matrimonio fundado en un compromiso firme de amor y abierto a la vida y vivido en cristiano.

Este es el proyecto que hoy se nos ofrece. ¡No tengáis miedo! ¡abrid vuestro corazón a Cristo! Y convenceos de que nuestra sociedad actual, hoy más que nunca, necesita la presencia de los movimientos católicos para ser testigos de la verdad y causa de esperanza para tantos de conciudadanos.

Ven Espíritu Santo ábrenos el corazón e infunde en ellos el amor misericordioso que se nos muestra en Jesucristo. Amén.

Celebración de la Solemnidad del Corpus Christi

S. I. Catedral Basílica de San Martiño. Año de la Misericordia.
29 de mayo de 2016

Excmo. Cabildo Catedralicio

Excmas. e Ilustrísimas Autoridades

Miembros de la Adoración Nocturna y de las demás Asociaciones Eucarísticas Diocesanas

Hermanas y hermanos míos en el Señor

En el texto paulino que acabamos de proclamar se nos narra un acontecimiento que había quedado impreso en el alma y en la inteligencia de los primeros cristianos. El Señor Jesús llevó a cabo unos gestos insólitos, acompañados de unas misteriosas palabras, de tal modo que aquel acontecimiento quedó profundamente grabado en sus discípulos. De ahí que aquella acción fue recordada y revivida en las primeras comunidades cristianas y, muy pronto, a pesar de las dificultades del momento, fueron puestas por escrito. El texto proclamado en la liturgia de hoy, es un fragmento de la carta de san Pablo dirigida a la pequeña comunidad cristiana de Corinto. Era aquella una poderosa ciudad portuaria que estaba impregnada de un paganismo tan agresivo para las costumbres vividas por los cristianos que hacía muy difícil la perseverancia de los fieles de aquella iglesia. Y es en ese contexto en el que el Apóstol escribe:

Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía”

(1 Cor 11, 23-26).

Estos gestos y estas palabras, de forma ininterrumpida, han sido centrales en la vida de las comunidades cristianas a lo largo del tiempo y han llegado hasta nosotros. Estos gestos y estas palabras siguen convocando, tanto semanal como diariamente, a nuestros hermanos y hermanas, tanto en la ciudad, como en las villas y en gran parte de nuestras parroquias rurales, grandes o pequeñas, desde los mismos orígenes de nuestras comunidades creyentes. Un origen multisecular en la mayor parte de los casos, constancia de ello son los hermosos monumentos que todavía se conservan en la geografía de nuestra tierra.

La Eucaristía se ha convertido en centro y raíz de la vida creyente de los cristianos y punto de atención de las manifestaciones de su fe, de tal modo que, a pesar

de las dificultades con las que se ha encontrado el pueblo cristiano a lo largo de la historia, se han dado y siguen dando casos heroicos en la vivencia de esta fe, por parte de muchos cristianos. Esto es así porque los hijos de la Iglesia sabemos que *cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, proclamamos la muerte del Señor, hasta que vuelva.*

Esta intuición de fe que se ha convertido en una vivencia radical en la existencia de los creyentes ha suscitado en tantos hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños un proyecto de santidad en su vida. Y la santidad no es algo reservado a los privilegiados que adornan las hornacinas de nuestros altares, ¡no! La santidad es consecuencia del bautismo y, por consiguiente, sea cual sea nuestra situación en la vida, todos estamos llamados a vivir de acuerdo con ese estilo de vida que nos ofrece Nuestro Señor Jesucristo. De ahí que acercarnos a la Eucaristía es imprescindible para perseverar en ese camino. Pero ese acercamiento supone por nuestra parte una lucha constante por adecuar nuestra forma de vivir con la de Jesús; de ahí que la participación en la comunión eucarística nunca será un acto social, ni un simple rito externo; si lo hiciéramos así profanaríamos el sacramento del amor de Dios y haríamos una afrenta a su amor misericordioso. La comunión eucarística supone la gracia de Dios en nosotros, gracia que podemos reactualizar a través de la recepción frecuente del Sacramento de la Misericordia, el Sacramento de la Penitencia; la comunión eucarística se convierte en una exigencia personal que envuelve toda nuestra vida, de ahí que sea incomprensible que podamos acercarnos a la comunión del Cuerpo del Señor y con nuestra mente y con nuestra vida estemos distantes de la “comunión” de la Iglesia de Jesucristo. Así nos lo recuerda una estrofa de la Secuencia de este día: *Recíbenlo buenos y malos; mas con suerte desigual de vida o de muerte. Es muerte para los malos, y vida para los buenos; mira cómo un mismo alimento produce efectos tan diversos (...)* He aquí el pan de los ángeles, hecho viatico nuestro; verdadero pan de los hijos, no lo echemos a los perros. No se entiende la Eucaristía sin la Iglesia, porque es la Iglesia la que hace y nos ofrece la Eucaristía.

Hermanas y hermanos míos. Esta realidad de fe ha llevado al Pueblo de Dios a una vivencia externa del Sacramento de la Eucaristía. A las pocas semanas de haber finalizado la celebración de la cincuentena pascual la Iglesia nos invita a festejar con la mayor de las solemnidades el *Corpus Christi*. De manera especial, a lo largo del Año litúrgico, el pueblo católico celebra dos grandes fiestas en honor a la Santísima Eucaristía: El día de Jueves Santo, al inicio del Triduo Pascual –acontecimiento central de las celebraciones cristianas - en el que la Iglesia conmemora la institución del Sacerdocio y de la Eucaristía, y la Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Sin embargo, el marco de la Semana Santa no se prestaba para grandes manifestaciones externas en honor a la Santísima Eucaristía, ya que es otro el foco de atención del pueblo creyente: la Pasión, Muerte y

Resurrección de Jesucristo. Y gracias a la intuición de aquella gran mujer que fue santa Juliana de Cornillon, a partir del año 1208, se irá desplegando con fuerza esta fiesta en el corazón del Pueblo de Dios. El obispo Roberto de Lieja (Bélgica), acogiendo la experiencia vivencial de aquella gran mujer, convocará un sínodo diocesano para reflexionar sobre esta misteriosa realidad y, en 1246, se celebrará por primera vez esta fiesta. Paulatinamente, será acogida por la Iglesia universal elaborando el mismo Santo Tomás de Aquino el oficio propio de este día, que todavía hoy, y más de siete siglos después de aquel evento, seguimos utilizando en la liturgia los mismos formularios. Porque *nada es tan verdadero como esta palabra de verdad*, decía en Doctor Angélico.

Esta fiesta se hizo popular en el mundo católico y, en torno a ella han surgido hermosas tradiciones, tal es así que el año 2005 ha sido inscrita como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad, y, en el año 2008 como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. La historia de la antigua *Gallaecia* es un testimonio de piedad y devoción a la Eucaristía desde tiempo inmemorial de tal modo que en el escudo de su bandera se encuentra representada el símbolo de la Eucaristía.

Los hijos de Dios en la Iglesia santa que vivimos nuestra fe en este pueblo nos sentimos ciudadanos como los demás; no exigimos ningún privilegio para vivir nuestra fe, ni para manifestarla públicamente, solo pedimos libertad y respecto para nuestras creencias. No es justo que la manifestación externa de nuestra fe sea considerada por algunos como provocación ¡nada más lejano de la realidad! La fe cristiana no es una ideología, sino vida, y como tal no podemos encerrarla en nuestras sacristías; para nosotros es connatural su manifestación externa. Cada vez que participamos en la Santa Misa, al concluir la celebración la Iglesia nos ofrece la bendición de Dios, nos da la paz y nos invita a transmitir con nuestra vida lo que hemos vivido en el misterio eucarístico y, si hemos participado en la comunión eucarístico toda nuestra persona se convierte en la más hermosa de las custodias que sale a nuestras calles, a nuestro hogar, a las ocupaciones cotidianas junto a nuestros vecinos. La Eucaristía nos convierte y nos exige ser los mejores ciudadanos.

La Eucaristía transformó la vida de tantos hombres y mujeres que fueron los auténticos revolucionarios de la sociedad de su época. Un ejemplo lo tenemos en San Martín de Tours, patrono y protector de esta Iglesia y de nuestras tierras, del que estamos comenzando a celebrar el 1700 aniversario de su nacimiento. El fue evangelizador de las Galias y un testigo del amor misericordioso de Jesucristo. El sigue siendo para nosotros un referente moral y un estímulo de santidad. Que el nos ayude y proteja a nuestro pueblo y a sus gobernantes. Amen.

Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ó Santísimo Sacramento na celebración da Solemnidade de Corpus Christi

S. I. Catedral Basílica de Lugo. 5 de xuño de 2016.

Coa vosa licencia, Soberano Señor Sacramentado!

Irmás e irmáns meus no Señor. Permitídemme, en primeiro lugar, saudar con afecto agradecido a D. Alfonso, Bispo desta Igrexa, que hoxe nos acolle para vivir este memorial do Señor e que me convidou a presidir esta solemne Eucaristía.

Saúdo ao Sr. Arcebispo metropolitano e aos demais Irmáns no episcopado.

Ao Cabido Catedralicio desta Igrexa Catedral-Basílica.

As Autoridades civís e militares.

Membros da Adoración Nocturna e das demais Asociacións Eucarísticas desta querida Diocese.

E con especial deferencia saúdo ao Sr. Alcalde da moi querida, nobre e acolledora cidade de Ourense que hoxe presenta a Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento.

Irmáns e amigos:

Cando o apóstolo san Paulo escribe dende Éfeso a súa primeira carta á comunidade cristiá de Corinto, só desexa lembrar a aqueles fieis un acontecemento que el mesmo garda celosamente na súa memoria, tal como lle foi transmitido: Xesucristo, que como un pai de familia presidía a mesa dos discípulos e lles partía o pan, fíxoo dunha maneira nova e singular na súa última Cea, naquela primeira Eucaristía. O pan que agora daba, xa non era pan, senón o seu propio Corpo entregado e o viño que ofrecía era o seu propio Sangue derramado para a vida do mundo. E dende entón a “*fracción do pan*” centraliza a vida dos primeiros cristiáns, como memoria viva e anuncio perenne do mesmo Xesús crucificado e resucitado.

San Paulo lembra o feito da institución da Eucaristía para poñer de relevo as esixencias que derivan da súa celebración, porque aqueles cristiáns -igual ca nós- precisaban revitalizar a súa identidade como discípulos e testemuñas, no medio daquela cidade buliciosa e paganizada. Os fieis cristiáns, alimentados na mesa da Eucaristía, debían redescubrir que hai unha soa e auténtica sabedoría, a manifestada na cruz de Xesucristo.

Tamén hoxe, no medio das cidades e dos pobos, e entre as súas prazas e as súas xentes, os cristiáns estamos chamados a ser testemuñas que propoñen e comparten, con lexitimidade e mansedume, con ledicia e con verdade, os valores que nacen do Evanxeo, que non son rémoras que obstaculizan a vida social, senón todo o contrario. O xesto que fai da Eucaristía unha memoria é a entrega de Xe-

sús na cruz, é a presenza viva do amor máis grande, o que dá a vida polos amigos. Por iso o papa Francisco dixo que Xesucristo “*mentres instituía a Eucaristía, como memorial perenne de El e da súa Pascua, puxo este acto supremo da Revelación á luz da misericordia*” (*Misericordiae vultus*, 7).

Esa misericordia fai que en cada Eucaristía naza o servizo da caridade: “*A Eucaristía impulsa a todo o que cre nel a facerse «pan partido» para os demais e, polo tanto, a traballar por un mundo máis xusto e fraterno*” (BIEITO XVI, *Sacramentum caritatis*, 88). De aí que a Eucaristía sexa un acontecemento e un proxecto de fraternidade (XOÁN PAULO II, *Dies Domini*, 72), que xera, se hai unha participación auténtica na súa celebración comunitaria, un “*pulo para un compromiso activo na edificación dunha sociedade máis equitativa e fraterna*” (XOÁN PAULO II, *Mane nobiscum Domine*, 28).

Por iso, a Eucaristía revélanos o seu auténtico sentido cando se converte en escola de amor activo ao próximo (XOÁN PAULO II, *Dominicae cenae* 6) e nunha gran escola de paz, “*onde se forman homes e mulleres que, nos diversos ámbitos de responsabilidade da vida social, cultural e política, sexan artesáns de diálogo e comunión*” (XOÁN PAULO II, *Mane nobiscum Domine*, 27), da que tanto estamos a precisar hoxe en día.

A Eucaristía, dende o principio, é o sacramento *mediante o cal se constrúe a Igrexa no tempo presente* (S. AGUSTIN, *Contra Faustum*, 12,20: PL 42,265) no “hoxe” de Deus para nós; así o afirmaba santo Agustíño xa no primeiro terzo do século V; curiosamente, por esa mesma época, e nesta mesma Igrexa, era consagrado polo bispo de Lugo un bispo para a sede auriense, que por designios da Providencia hoxe presido na caridade do Señor. Dende Pentecostés, a Igrexa entendeuse a si mesma coma unha asemblea eucarística. Por iso dicimos con gozo que é a Igrexa a que fai a Eucaristía; pero é tamén a Eucaristía a que fai a Igrexa (H. de LUBAC, *Meditacións sobre a Igrexa*, p 112).

Esta certeza de fe e de vida converteuse para os cristiáns en centro de atención das manifestacións de piedade, de tal modo que, para os crentes nada é tan verdadeiro coma esta palabra de verdade: *Este é o meu corpo... este é o meu Sangue... Facede isto en memoria miña*. Os fillos da Igrexa sabemos que cada vez que comemos deste pan e bebemos deste cáliz, proclamamos a morte do Señor, ata que volva.

Esta intuición existencial da nosa fe converteuse nunha vivencia radical na vida de tantos homes e mulleres, anciáns, novos e nenos, de tal modo que de aí brotou un proxecto de santidad para as súas vidas, porque a nosa participación no corpo e no sangue do Cristo non tende a outra cousa que a transformarnos naquilo que recibimos (S. LEÓN MAGNO, *Sermón* 63,7: PL 54,357). Xa aquel Pai da Igrexa que mencionabamos antes o dicía con forza e convicción: *Non me transformarás en ti como asimilas os alimentos da carne, senón que ti te transformarás en min* (S. AGUSTIN, *Confesións*, VII, 10).

Destá certeza arrinca a praxe cristiá segundo a cal para achegarnos á Eucaristía é imprescindible, pola nosa banda, unha loita constante por adecuar a nosa forma de vivir coa de Xesús e non á inversa, como parece que hoxe tentan algúns! A participación na comunión eucarística nunca será un acto social, nin un simple rito externo, nin moito menos un espectáculo, se o fixésemos así profanaríamos o sacramento do amor de Deus e fariamos unha afronta ao seu amor misericordioso. A comunión eucarística supón a graza de Deus en nós, graza que podemos reactualizar a través da recepción do Sacramento da Misericordia - o Sacramento da Penitencia -, por conseguinte, a comunión eucarística convértese nunha esixencia persoal que envolve toda a nosa vida, por iso é polo que resulta incompreensible que poidamos achegarnos á comunión do Corpo do Señor e coa nosa mente e coa nosa vida esteamos distantes da “*comunión*” da Igrexa. Non se entende a Eucaristía sen a Igrexa, porque é a Igrexa a que fai e nos ofrece a Eucaristía.

A Igrexa pode crer, celebrar, adorar e vivir o Misterio eucarístico, porque Cristo se entregou antes a ela no sacrificio da cruz. Con toda verdade podemos dicir, co apóstolo Xoán, que *El nos amou primeiro* (1 Jn 4,19). *Primereounos no amor*-como afirma o papa Francisco-, por iso é polo que a Igrexa que vive da Eucaristía recoñece a primacía do don de Cristo; un don que se fai presente a través do rostro do irmán necesitado.

Sr. Delegado: na súa ofrenda ao Señor Sacramentado menciona unha serie de problemas que afectan ao noso pobo e ao mundo, porque Galicia ten entrañas de universalidade grazas á xenerosidade e ao arroxado dos seus fillos e fillas que se atopan por moitos lugares da terra. Neles, tanto nos presentes coma nos ausentes percíbense, aínda que ás veces pareza que están agochadas, as raíces cristiás da súa historia e da súa vida.

Esta Igrexa irmá de Lugo *guarda no seu corazón, coma o tesouro máis precioso, a fe firme na presenza real de Xesús sacramentado e a adoración perenne do seu amor* (A. CARRASCO, *Alocución ao final da súa ordenación episcopal*, 9.2.2008). Este feito quedou reflectido no escudo desta cidade: ***Hoc hic mysterium fidei firmiter profiteremur***. “*Aquí profesamos firmemente este Misterio de fe*”. Por iso, cara esta cidade do sacramento peregrinamos, dende hai séculos, os fillos e fillas desta terra galega. Hoxe sentimos que toda Galicia fai memoria dunha das súas vivencias máis profundas que configurou as nosas cidades vilas e aldeas: a fe cristiá que resplandece coa forza do amor misericordioso a través dese Deus oculto nas especies sacramentais.

A historia da antiga Gallaecia é un testemuño de piedade e devoción á Eucaristía dende tempo inmemorial, de tal modo que no escudo da nosa bandeira se atopa representado o símbolo da Eucaristía. É a nosa historia, non é un invento da Igrexa nin dos cregos na procura de privilexios; por iso si queremos vivir con esperanza de cara ó futuro, malia as nosas ideas, temos que aceptar os signos da historia que son os que configuran a un pobo e ás súas xentes. Se non as acep-

tamos corremos o risco de mutilar a mesma historia coa forza das ideoloxías. Aquel que dixo que *si a realidade non se adecúa á idea, peor para a realidade, o que importa é a idea*, non se apercibiu de que con este pensamento causaríase na vella Europa destrución e morte. A historia é mestra de vida e axúdanos a descubrir o que non debemos repetir, para no ter que laíarnos dos acontecementos.

Os fillos de Deus na Igrexa que loitamos por vivir a nosa fe sentímonos cidadáns coma os demais; non esiximos ningún privilexio para vivila, nin para manifestala publicamente, só pedimos liberdade e respecto para as nosas crenzas. Non é xusto que a manifestación externa da nosa fe sexa considerada por algúns unha provocación, nada máis afastado da realidade! O cristianismo non é unha ideoloxía, senón vida, e como tal non podemos pechala nas nosas sancristías; para nós é connatural a súa manifestación externa, que hoxe faremos de modo singular, a través da procesión co Santísimo Sacramento, para que cando pase polas rúas desta antiquísima cidade bendiga aos seus habitantes, ás súas autoridades e a través dos homes e mulleres deste pobo, a toda Galicia. A Eucaristía convértenos e esíxenos ser mellores cidadáns.

Sr. Oferente: Con ocasión dos 1700 anos do nacemento de san Martín de Tours - patrono da cidade de Ourense e da súa Diocese - mencionou a aquel evanxelizador das *Galias* cuxa devoción se expandiu por toda Galicia, proba diso son os numerosos templos a el adicados. Del lembrounos ese xesto de caridade que se converteu nun feito emblemático recollido en tantas imaxes e retablos de tantas igrexas diseminadas pola xeografía galega, pero non podemos esquecer que esa obra de misericordia: *vestir ao espido*, brotou dun corazón namorado de Xesucristo, presente na Eucaristía. Que ese mesmo dinamismo faga de nós auténticos **discípulos misioneiros**, verdadeiras **testemuñas de paz e construtores dunha sociedade máis xusta e solidaria** para que a esperanza reine nos nosos pobos e no futuro dos homes e mulleres de Galicia. Que a Nosa Señora dos Ollos Grandes ilumine a todo este pobo de Galicia que hoxe fai memoria da súa historia; que protexa e bendiga ao Sr. Oferente e á súa cidade das Burgas, colme de bens aos nosos gobernantes tanto do Estado coma os da nosa Autonomía; axude a tantos homes e mulleres que por medio do seu compromiso político queren ser os moderadores da “cousa pública”. Suplicamos para todos eles a luz, o espírito de diálogo e de tolerancia; que sexan construtores de paz e dunha liberdade plena e respetuosa na que se poida basear o auténtico benestar de tal xeito que os homes e mulleres do noso pobo poidan vivir con tranquilidade e esperanza un futuro no que todos atopen un traballo digno sen ter que saír da nosa Galicia. Nesta tarefa invítovos a todos a descubrir, con ollos grandes,- como o fan os homes e mulleres de fe - e dicir cos ollos abertos a palabra e a vida do noso Señor Xesucristo, que foi é e será garantía do noso futuro.

Que así sexa!

Ordenación de Cuatro nuevos Presbíteros

Capilla del Seminario Mayor de Ourense. 12 de junio de 2016.

Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. (Gal 2,16 ss)

Hermanas y hermanos míos en el Señor. Permitidme que salude con especial afecto a los miembros de nuestro Presbiterio diocesano y a los demás sacerdotes que participan en esta celebración.

¡Hermanos y amigos todos!

Quisiera dirigirme, de manera especial a vosotros: Enmanuel, Yeray, José Manuel y Álvaro que esta tarde, en el marco de esta solemne Eucaristía vais a ser ordenados presbíteros de esta Iglesia que, ya desde ahora, os acoge como una Madre llena de esperanza y de ilusión ¡No la defraudéis!

El lunes pasado, en vuestro retiro previo a la ordenación, me habéis pedido que os diera una charla de contenido ascético ¡no dudé ni un momento el tema!: **Fidelidad** ¡Sí! En un mundo y en una sociedad como la nuestra, también en el seno de la Iglesia, la palabra Fidelidad parece que se ha vaciado de contenido; que suena a algo rancio, de épocas pretéritas. Sin embargo, el cultivo y el cuidado de la fidelidad es imprescindible en nuestro camino como hombres, como cristianos y, por supuesto, como sacerdotes ¡qué tristeza más honda provoca en nuestro pueblo la falta de fidelidad de un sacerdote! ¡y qué daño provoca en el Presbiterio de una Diócesis esos signos de antitestimonio! ¡qué dolor causa a la Iglesia la infidelidad de uno de los suyos!

Recordad, que en aquel momento, os hablaba de fidelidad **con** Dios, fidelidad **a la** Iglesia, y fidelidad **con vosotros** mismos. Pero cuando hablamos de fidelidad no podemos pensar que ésta sea una realidad abstracta ¡todo lo contrario! es algo que va configurando toda nuestra existencia a lo largo de la vida, momento a momento. Y, os preguntaréis ¿cómo podemos vivir y mantener a lo largo de la vida esta situación existencial que en esta temporada previa a la ordenación os parece tan normal? ¡Hasta lleváis un signo externo de vuestra consagración y servicio al Señor, tal como lo recomienda la Iglesia! (Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 11 de febrero de 2013, nº61) Y lo lleváis con agrado, con convencimiento. En una sociedad cargada de un fuerte secularismo los fieles desean veros como sacerdotes, no solo en el aspecto externo, sino en el comportamiento de vida, en vuestra forma de pensar, en la manera de actuar, de hablar, de juzgar los hechos del mundo, de servir, de amar con un corazón de padre, hermano y amigo; de relacionarse con todos sin hacer acepción

de personas; en vuestra cercanía y atención a los más necesitados y a las personas más frágiles de nuestra sociedad. Sabéis muy bien que el sacerdote debe sacar su fuerza profética de su pertenencia sacramental a Cristo y a la Iglesia. Porque, tal como nos lo recuerda san Pablo en la lectura de la carta a los Gálatas que hemos proclamado hoy: *Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 16 ss).

Amigos míos, aunque os cueste trabajo, aunque os insulten o se metan con vosotros, aunque seáis mirados con sorpresa y, muchas veces con admiración, no os olvidéis: ¡*estáis crucificados con Cristo!* Es Él quien vive en ti y en mí. El sacerdote es, de manera especial, otro Cristo ¡el mismo Cristo! A través de la imposición de manos y de la oración consacratoria se llevará a cabo en vuestra vida una transformación tan profunda, ontológicamente radical que, paulatinamente, iréis descubriendo en vuestra existencia, con la ayuda de la fe de la Iglesia y vuestra fidelidad a la gracia sacramental, que por medio de vuestras palabras, acompañadas por los gestos que nos indica la Iglesia, consagraréis el pan de vida y la sangre de redención, la ofrecéis por todo el pueblo de Dios.

¡Nunca os acostumbréis a celebrar la Santa Misa como si fuese una acción teatral! Luchad con todas vuestras fuerzas, y dejaos ayudar por los compañeros del Presbiterio, y por vuestro confesor, para no caer en la rutina que es la enfermedad que provoca la cristalización de nuestro espíritu. Jamás celebréis una Eucaristía de forma rápida y con poca piedad. No trivialicéis el Santo Sacrificio del Altar celebrándolo por cualquier motivo. Si queréis acortar la Misa, reducid el tiempo de la predicación, de los cantos, o de los avisos, pero sed muy fieles a la hora de vivir y pronunciar con claridad las hermosas oraciones que la piedad de la Iglesia ha enriquecido a lo largo de los siglos. Se nos recuerda que nadie, aunque sea sacerdote, puede añadir o quitar nada de la celebración eucarística sin permiso de la Sede Apostólica ¡Sed fieles!

En un mundo como el nuestro, en donde todos somos conscientes de lo necesitado que está nuestro pueblo de evangelización y de catequesis a todos los niveles, no puede ser que con ese planteamiento de *misas para todo y por todo*, lo que estemos haciendo es apostar por una pastoral de conservación, fácil recurso en el que podemos caer, cuando vamos perdiendo vibración interior y empuje apostólico.

Quisiera que me entendierais bien. Soy consciente del valor sacrosanto de la Eucaristía, que es fuente y raíz de toda la actividad de la vida del cristiano. Nadie puede dudar de que el sacerdocio nace en la Eucaristía y es para la Eucaristía; pero esto no quiere decir que reduzcáis el ejercicio del ministerio sacerdotal a celebrar misa tras misa, a veces sin piedad y sin sentido, precipitadamente y lo que es peor, solo por el estipendio. En este día solemne de vuestra ordenación sacerdotal comprometeos con el Señor a vivir vuestra fidelidad a la Iglesia en lo

cotidiano ¡Os lo aseguro, ese es el camino de la felicidad en el ministerio! ¡No os olvidéis de repasar con frecuencia la doctrina de la Iglesia acerca del ministerio sacerdotal y de su ejercicio en comunión con la Iglesia! Esforzaos por ser leales al desempeño de las tareas que os encomiende el Obispo. No basta con andar de aquí para allá celebrando los divinos misterios a prisa y corriendo; para ejercer el sacerdocio católico de este modo ¡sirve cualquiera!; por eso quisiera recordaros que también son importantes las visitas frecuentes a los hogares necesitados y la atención a los ancianos y enfermos; las horas de estudio y de actualización teológica, litúrgica, canónica y pastoral son imprescindibles e insustituibles en la vida de un presbítero; el ministerio cotidiano de la oración litúrgica y personal son de gran importancia para nuestra vida personal y para el bien del pueblo que se nos ha encomendado; y no digamos el tiempo dedicado al despacho parroquial, la puesta al día de los libros canónicamente establecidos; cuidad la calidad de la liturgia exequial de la Iglesia ¡convenceos de que este tipo de pastoral tan cotidiano se está convirtiendo en un cauce pastoral para atender a los alejados de la fe y en un “*atrio de los gentiles*”.

Soy consciente de que la vida sacerdotal es una realidad poliédrica, es decir, ¡tiene muchas facetas! ¡Es muy fecunda y rica en sus funciones! Por eso podría alargarme más en esta descripción; sin embargo, no quisiera olvidarme de una tarea que, en medio de una sociedad como la nuestra, hoy adquiere una especial relevancia; me refiero a la cuidadosa información que debéis dar al pueblo de Dios de los movimientos administrativos de las comunidades que se os encomienden; es una tarea que no debéis relegar nunca ¡no os olvidéis que, ni vosotros ni yo somos dueños de nada, sino solo administradores y custodios de unos bienes que no nos pertenecen, sino que son de la Iglesia! ¡tampoco son del pueblo! sino de la Iglesia Católica, realidad visible e invisible que no tiene fronteras, y así hay que explicárselo a nuestros hermanos.

En este Año de la Misericordia quisiera recomendaros que atendáis el Sacramento de la Reconciliación, tanto personalmente, como ofreciéndola al pueblo. No devaluemos el sacramento de la Misericordia divina que tanto bien nos hace y es cauce del auténtico progreso en el camino de santidad tanto para nuestros fieles como para nosotros mismos. El cuidado de este sacramento, bien celebrado y mejor vivido, se convierte en el auténtico caldo de cultivo de esa “*cultura vocacional*” que tanto necesitamos. Nuestro Dios no se cansa de ofrecernos el perdón, recordad el texto del Evangelio de la liturgia de este Domingo XI del Tiempo ordinario: *al que poco se le perdona, ama poco.*

Hermanas y hermanos míos:

Quién ha dicho que la vida del sacerdote es una existencia estéril, aburrida y triste que le convierte en una especie de “*ave solitaria*” en proceso de extinción. ¡De ninguna manera! ¿Qué ha sucedido en alguna de nuestras parroquias que

antes se enorgullecían de los seminaristas y de los sacerdotes que de ellas salían, y ahora no quieren oír hablar de vocación? Qué pena me dan esas comunidades cristianas que exigen tanto a sus sacerdotes, que no están dispuestos a pasarle el mínimo error, a veces como consecuencia de los años, o porque tienen que atender otras parroquias, y después sonríen irónicamente cuando el Obispo o el sacerdote les hablan de rezar por las vocaciones o de suscitar la llamada vocacional en alguno de sus hijos o de sus nietos. Son normalmente comunidades que solo exigen misas y novenarios, y demás costumbres y ritos, que han heredado de sus abuelos ¡y ellos sí que tenían fe, andaban todos los domingos muchos kilómetros para asistir a la Santa Misa, aunque no fuera en su parroquia, ni en su capilla! Tenían fe y sentían la Iglesia como cosa propia, manifestaban especial devoción a la Virgen María rezando casi cotidianamente el Rosario, vivían el precepto pascual y sabían, como decían ellos *la doctrina cristiana* que era su pauta de conducta. Hoy el criterio de actuación de muchos de nuestros católicos, quizás de nosotros mismos, es lo que se ve y oye en la Tv, o a través de otros medios de información.

En este momento damos gracias a Dios porque ha bendecido a esta Iglesia con cuatro nuevos sacerdotes ¡pero no son suficientes para tantas necesidades pastorales! Si queremos sacerdotes, hay que pedírselos con fe y perseverancia al Señor. Necesitamos cuidar el ambiente cristiano en nuestras familias. Tenemos que obligarnos más a participar e intervenir en la marcha de los centros educativos públicos y privados para que vuestros hijos sean formados adecuadamente y no ideologizados. Tenemos que apostar más en serio por una mayor evangelización de nuestro pueblo.

Con el objeto de dar respuestas y buscar soluciones a éstas y a otras muchas cuestiones que nos preocupan se nos ha invitado a participar en un **Sínodo diocesano**. Si nos interesa la Iglesia, si queremos dar razón de nuestra fe y no perder la esperanza, participemos todos en esta realidad eclesial, también los niños y los jóvenes.

En este día os invito a que volváis la mirada del corazón a Santa María, Madre del “Divino Maestro”, y le encomendéis la perseverancia en su nuevo ministerio a estos Diáconos que van a ser ordenados sacerdotes dentro de un momento, que pidáis por la santidad de nuestro Presbiterio diocesano, que es tanto como pedir al Señor por el bien de la Iglesia y de todo el pueblo fiel.

¡Qué así sea!

Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas de dos seminaristas del Redemptoris Mater

Catedral de San Martín el 19 de junio de 2016.

Excmo. Cabildo catedralicio

Hermanos sacerdotes concelebrantes

*Saludo a los responsables del Camino Neocatecumenal en Galicia y a los catequis-
tas de las distintas comunidades*

Hermanas y Hermanos míos en el Señor

Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? (Lc 9,18-24)

Mis queridos hermanos y hermanas: sabemos bien que la Palabra de Dios nos interpela, nos enfrenta con nosotros mismos y, sobre todo, con la Verdad –con mayúsculas-; el Evangelio proclamado en esta liturgia dominical nos presenta una situación muy particular que arroja mucha luz sobre nuestra vida. San Lucas nos ofrece esta escena evangélica que tiene lugar después de la misión llevada a cabo por Jesús y sus discípulos – nos dice que *fueron de aldea en aldea* -, el fruto fue escaso. Esa experiencia la habéis experimentado con frecuencia vosotros mismos; en bastantes ocasiones, yendo de casa en casa a anunciar a Jesucristo, os encontrasteis con la misma respuesta; incluso os cerraron la puerta sin apenas escucharos hablar de Cristo, y eso que muchas de esas personas fueron bautizadas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. En esta situación se encuentra la multiplicación de los panes. Después de aquel signo, Jesús se retiró a solas a orar, acompañado por sus discípulos y, en esta situación surge la pregunta: *Y vosotros, ¿quién decís que sois yo?*

Si el mismo Señor nos hiciese hoy esa misma pregunta a cada uno de nosotros ¿qué responderíamos? ¿qué responderían muchos de nuestros cristianos de misa dominical y de novenas? ¿Cómo responden hoy tantos bautizados que han abandonado la Iglesia desencantados por el estilo de vida que observan en los que nos decimos cristianos practicantes? ¿y qué pensarán de Cristo aquellos que se dicen incrédulos o bien los que dejándose llevar de la moda del momento se dicen agnósticos, o quizás ateos? Las respuestas son muchas; pero a Jesús le interesa hoy, de manera especial la nuestra.

Mis queridos seminaristas *Miguel y Benjamín Alexander*. Vosotros sois la primicia del Seminario internacional diocesano y misionero *Redemptoris Mater* de Ourense. Muchas miradas están puestas en vosotros y en vuestro Obispo, con vuestra manera de actuar y de vivir, el pueblo y el clero entenderá qué es y en qué consiste el Seminario *Redemptoris Mater*. Un Seminario diocesano y misionero

que sintiéndose muy de esta Iglesia particular se abre a la misión no solo en los países llamados de misión, *missio ad gentes*, sino también en los pueblos de antigua tradición cristiana que hoy están sufriendo una creciente secularización en la vida y en las costumbres de sus gentes, como es el caso de Ourense y de Galicia. Detrás de tantas manifestaciones populares masivas, si escarbamos un poco se encuentra a menudo un cristianismo paganizado.

Vosotros habéis recibido el bautismo en el ámbito de una familia cristiana, pero sobre todo os habéis encontrado con el Camino Neocatecumenal que os ha ayudado a encararos con Cristo a través de la **Palabra**, la **celebración litúrgica** y la **Comunidad**; ese trípede sobre el que se asienta el carisma de vuestro Camino tiene que vertebrar vuestra vocación sacerdotal. Una vocación siempre abierta a la contemplación y escruta de la Palabra, una vida litúrgica bien celebrada y una apertura y atención a la dimensión comunitaria de vuestra existencia ahora como seminaristas, mañana como presbíteros diocesanos con talante misionero. He recibido vuestra solicitud para ser admitidos como candidatos a las Sagradas Órdenes, en ella me decís que pedís libre y voluntariamente ser aceptados para recibir el Diaconado y el Presbiterado deseando dedicar vuestras vidas *al servicio de la Iglesia para Gloria de Dios y bien de las almas*. Lo habéis manifestado por escrito, cada uno a vuestro estilo. ¡Servir a la Iglesia! ¡Qué hermoso propósito! Pero no os olvidéis que tenéis que servirla como ella quiere ser servida. Y no serviros de ella para hacer vuestra carrera, o para que crezca vuestra hacienda personal. Si pensáis así es mejor que os vayáis.

La Iglesia no depende de nosotros, sino de la fuerza y del dinamismo que le comunica el Espíritu Santo; por consiguiente, es capaz de seguir adelante con pocos sacerdotes, pero su camino es más difícil con la presencia de servidores funcionarios; es decir, con aquellos que pueden tener mentalidad de asalariados. El papa Francisco nos lo dice con claridad y crudeza ¡para que todos entendamos! ¡Fijaos bien, en nuestras comunidades cristianas! hace más daño la presencia de un mal sacerdote con mentalidad de asalariado, es decir, un burócrata de lo sagrado, que la ausencia de un sacerdote en esa comunidad.

Os ruego que seáis fieles a vuestro compromiso, y lo seréis si no perdéis vuestra referencia a la Iglesia entendida como Misterio y Comunión. En la medida en la que potenciéis vuestra unión a la Iglesia diocesana seréis mejores servidores de la comunión eclesial. El Camino Neocatecumenal se entiende desde esta perspectiva, siendo como es un itinerario de formación católica que está al servicio del Obispo como una modalidad de realización diocesana de la iniciación cristiana y de la educación permanente en la fe. En la medida en la que vayáis creciendo en vuestra intimidad con Jesucristo a través de la oración personal y comunitaria, de la apertura a la Palabra de Dios, de la celebración de la Eucaristía, de la frecuencia del sacramento de la Penitencia, del cuidado de la dirección espiritual

que la Iglesia recomienda a todos sus hijos, en especial a los que se preparan al presbiterado o ya lo viven. Mis queridos amigos, si queréis ser fieles, no quebréis vuestra unión con el Obispo que hace cabeza en el seno de la Iglesia particular y nos une a la Iglesia universal. Si os esforzáis por vivir así seréis testigos creíbles de Jesucristo y agentes de una auténtica comunión eclesial.

Ayer asistí a la consagración episcopal del obispo de Palencia, al final de aquel hermoso y emotivo acto, uno de los sacerdotes que intervino manifestó que debemos cuidar mucho la comunión eclesial; romper esa comunión o poner obstáculos a su vivencia es ir quebrando la unidad de la Iglesia y convirtiéndonos poco a poco en autoreferenciales. Es decir, en la medida en la que bajamos nuestra vivencia de la comunión eclesial, crece proporcionalmente nuestro yo, nuestra autosuficiencia y corremos el riesgo de hacer que las cosas, las personas y nuestro mundo gire en torno a nosotros mismos y no en torno a Dios, y por ese camino se llega a la infidelidad, aunque delante de la gente seáis “*curas güais*” – como se dice en este argot juvenil- y de la infidelidad se cae en la ruptura de la unidad. Recordad lo que nos decía el apóstol Pablo en la segunda lectura: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción (...) todos sois uno en Cristo Jesús* (Ga 3, 26-29).

Os animo mucho a qué luchéis por vivir la comunión eclesial, aunque a veces os cueste lágrimas; si lo hacéis así esa lucha se convertirá en un auténtico camino de santidad propia y ajena. No nos olvidemos de la conclusión del Evangelio que hemos proclamado hoy: *El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará* (Lc 9, 23)

El Rito que hoy celebramos tiene una estructura muy sobria y simple. Así actúa Dios en nuestras vidas, sin espectáculo. A través de pequeños signos de fidelidad y amor el Señor con la fuerza de su Espíritu, en el seno de la comunión de la Iglesia, va haciendo su obra en vosotros y en todos nosotros. Vais a decir dos veces *¡sí, quiero!* Parece muy poca cosa, sin embargo, es el refrendo de un compromiso de amor de vosotros con Dios en la Iglesia y de la Iglesia con vosotros, a través del Obispo. Supone pues una reciprocidad de amor y de fidelidades. Dios es siempre fiel, no se deja ganar en generosidad, es la máxima generosidad. Es una generosidad misericordiosa, os ruego, pues, que os dejéis ganar el corazón y toda vuestra vida por este amor que nunca os fallará. Rezad también por mí para que tampoco yo os falle y sea vínculo de unión entre vosotros y esta amada Iglesia de Ourense, de tal modo que en la medida en que la amemos más, sentiremos que nuestro corazón se abre de par en par al servicio a todos, comenzando por los de nuestro entorno, siguiendo por los de nuestra parroquia, así nos abriremos a las necesidades de esta Iglesia particular y seremos capaces de acoger con disponibili-

dad y alegría la llamada a la misión tanto aquí, en estas tierras, como en cualquier parte del mundo, porque un presbítero sabe bien que se ordena al servicio de una Iglesia particular pero debe estar abierto, como nos recordaba el Vaticano II, a *entrar por nuevas vías pastorales bajo la guía del Espíritu de amor, que sopla donde quiere* (PO n° 14), y no os olvidéis que la Iglesia no tiene fronteras.

La Diócesis de Ourense ha sido siempre una Iglesia muy misionera; con la creación del Seminario *Redemptoris Mater* lo único que hemos hecho ha sido canalizar las ansias misioneras que deben germinar en el corazón de todos los cristianos de tal modo que estemos dispuestos a servir al Señor y a su Iglesia aquí o allende nuestras tierras. Una Iglesia con fronteras es una Iglesia condenada a la autoreferencialidad y a la infecundidad. Ojalá este sentido misionero lo sepáis mantener y transmitir a vuestros compañeros para que se pongan con disponibilidad en las manos de la Iglesia y así servir a los hermanos y hermanas, también a los alejados y a los desalentados, sin olvidaros nunca de los más necesitados, de este modo haremos efectiva, desde nuestras pobrezas, la Gloria de Dios. No os olvidéis que la gloria de Dios está en que el hombre viva una auténtica existencia de fe y de amor, que son los caminos de plenitud y amor.

Os encomiendo a San Martín nuestro patrono en este jubileo de los 1700 años de su nacimiento. Él es un testimonio vivo de buen cristiano y de pastor ejemplar; supo abrirse a la misión, habiendo nacido en la Panonia, la actual Hungría, terminó siendo obispo evangelizador de las Galias; pocos siglos después, otro Martín, el de Dumio, también originario de la lejana Hungría, se convirtió en el evangelizador de los pueblos suevos, habitantes de la antigua *Gallaecia*. El papa Francisco nos está pidiendo que nos convirtamos en testigos misioneros. Os invito a que volváis la mirada de vuestro corazón al Pórtico del Paraíso de nuestra Catedral y allí contempléis la hermosa imagen de la Virgen del Consuelo, que ella sea para todos esa aurora luminosa para que nos acompañe siempre en esta nueva tarea en la evangelización de siempre.

Que así sea.

CARTAS

**Carta a los diocesanos con motivo de la cuestación
en favor de Ecuador con motivo del terremoto sufrido*****Ourense con Ecuador***

Mis queridos Diocesanos:

Ya han pasado varias semanas desde aquel momento en el que la noticia de un fuerte terremoto en Ecuador golpeó nuestro corazón con fuerza. Inmediatamente me puse en contacto con Mons. Lorenzo Voltolini, Arzobispo de Portoviejo, una joven iglesia con la que nos encontramos hermanados desde hace varios años, pues en ella se encuentra la misión diocesana de Jipijapa. También pude intercambiar impresiones con D. Manuel Rodicio, uno de nuestros sacerdotes en misión destinado en estos momentos en Zona Pastoral de Manta, una de las ciudades más golpeadas por el seísmo. A los dos les manifesté tanto mi dolor y preocupación, como el de esta Iglesia ourensana, en especial por tantos fieles con los que había compartido una hermosa experiencia de fe en el pasado mes de diciembre. Les comuniqué que, en la medida de nuestras posibilidades, contasen con nuestra ayuda.

En un primer momento me aconsejaron que esperara un poco y, desde la Conferencia Episcopal me manifestaron que era necesario aguardar a que transcurrieran unas semanas hasta poder hacer una evaluación de los cuantiosos daños y las necesidades a las que podíamos hacer frente. Sé que algunas personas, y la misma Delegación Episcopal de Misiones hizo llegar algunas ayudas, pero ¡no son suficientes!

Había pensado en realizar una colecta en las Misas que en un domingo se celebran en toda la Diócesis; sin embargo, pienso que una vez realizada esa colecta, una gran mayoría de fieles cree que ya ha cumplido. Creo que es necesario mantener en el tiempo nuestra ayuda, independientemente de las colectas oficiales ya programadas, de este modo procuraremos que nuestro compromiso no quede circunscrito a una acción aislada y concreta, sino que se convierta en un reclamo constante de solidaridad y de participación en las tareas de reconstruir aquellas comunidades que necesitarán mucha ayuda en los próximos meses. Os ruego que, de acuerdo con vuestra situación, podáis hacer la aportación que estiméis conveniente y la hagáis llegar a la Delegación de Misiones, a Cáritas o en las mismas Oficinas del Obispado. ¡Dónde os sea más cómodo!

En el momento oportuno se harán públicas las aportaciones, tal como nos lo exige la normativa legal de transparencia, bien por medio de la Secretaría de Información del Obispo, o por la misma Delegación Episcopal de Misiones.

Os ruego, además, que hagáis llegar esta carta a los organismos, entidades,

empresas o particulares que puedan ayudarnos a que esta colaboración sea más efectiva.

Que el Señor y su Santísima Madre, y que San Francisco Blanco de O Tameirón, patrono de los misioneros diocesanos, nos ayuden en esta tarea solidaria que nos hemos propuesto.

Con afecto os bendice.

+ J. Leonardo. Bispo de Ourense

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Abril**¡Feliz Pascua!**

Mis queridos diocesanos: Cuando leáis esta letras estaremos viviendo la experiencia gozosa de la Pascua, un tiempo litúrgico que hunde sus raíces en el acontecimiento más importante del Año Cristiano: la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. De este hecho histórico ha brotado para toda la humanidad de ayer, de hoy y de mañana la luz, la fuerza y la energía espiritual que dinamiza e impulsa nuestras vidas y las llena de alegría.

En este Año de la Misericordia la Iglesia, por medio del papa Francisco y de los Obispos en comunión con él, se nos propone que pongamos en el centro de nuestra tarea evangelizadora el Sacramento de la Confesión, también llamado de la Alegría. Me diréis que ya os he hablado de él en la última revista de Comunidad ¡es verdad! Pero soy consciente de que este sacramento constituye una realidad pascual que todos debemos redescubrir; tanto los sacerdotes, como los religiosos/as y los laicos. ¡Eso se desprende de la constante predicación del Santo Padre!

El Sacramento de la Reconciliación es un signo salvífico que Dios nos ofrece para reactualizar nuestra vida cristiana. Nosotros, que vivimos en una sociedad con tantas prisas y, a veces, aplastados por tantas noticias y acontecimientos, podemos experimentar que, como se dice en clave informática y entienden perfectamente nuestros jóvenes, nuestro software no funciona y quedamos bloqueados. Nadie puede negar que a lo largo de nuestra jornada realizamos muchas buenas acciones y, honradamente, algunas no tan buenas; nos dejamos arrastrar por comentarios e impresiones negativas que, en ocasiones, perturban y entorpecen nuestro camino y nos hacen perder la paz y la alegría. Por otra parte, está todo ese campo abonado de las muchas cosas que dejamos de hacer por pereza o dejadez: una pequeña oración cotidiana, un momento de lectura del Evangelio, una limosna, la asistencia a la Eucaristía, la negligencia a la hora de visitar o prestar ayuda alguien que nos necesita. Y tantas cosas más que, cuando nos paramos a pensar un poco nos damos cuenta de que esa vieja historia de pecado nos afecta y sigue infectándonos cada día.

Todo esto, y mucho más, es la causa de que en nuestro vivir cotidiano nos sintamos apagados, sin energía, parece que el *ordenador* de nuestra existencia necesita ser reprogramado o revisado porque ha sido afectado, de nuevo por el virus (pecado) de siempre, quizás necesitamos tan solo ser reactualizados. Cuando nos encontremos así, hagamos un pequeño examen de conciencia, después de invocar al Espíritu Santo para que nos ilumine y así descubramos esas malas acciones o pecados y, sobre todo, la raíz y la causa de todos ellos. Busquemos un sacerdote

que sea padre, hermano, amigo, maestro, médico mostrémosle nuestras heridas y la Iglesia, por ministerio del sacerdote, nos ofrecerá el perdón y la paz.

Podéis estar plenamente seguros de que si cuidamos más y mejor este Sacramento pascual experimentaremos con gozo la alegría y la energía (gracia) del Resucitado en nuestras vidas, haremos más llevadera la existencia de los hermanos necesitados y la ciudad se llenará de alegría.

Felices Pascuas a todos. Os bendice vuestro obispo.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Mayo

Ayudar a la Iglesia

Nos han enseñado en el catecismo que uno de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia es *ayudarla en sus necesidades*. Así nos lo han transmitido nuestros mayores y de muchos de sus esfuerzos estamos viviendo algunas experiencias eclesiales todavía hoy. Desde hace unos años, vemos que ha variado la tendencia. En bastantes ocasiones vemos como el pueblo que se siente muy religioso y no reniega de sus raíces católicas, cuando se trata de los bienes de la Iglesia o de contribuir a sus sostenimiento, o no quieren entender, o bien aplaude a todos aquellos que en *nombre del pueblo* pretenden administrar o intervenir en algo que afecta al pueblo, ¡cierto! pero al pueblo católico.

Que sería de nuestra historia si nuestros antepasados pensasen como nosotros. No habría ni esos magníficos monasterios, ni los hermosos retablos que adornan nuestras iglesias, ni esas casas rectorales que dejaban en donación para que pudieran vivir y ejercer su ministerio los sacerdotes, en el marco de aquel sistema benefical que funcionaba en épocas pasadas, o bien para que con las rentas de las tierras se pudieran mantener los templos y dignificar las fiestas litúrgicas, o se pudieran fundar becas para el Seminario o para las Misiones.

Actualmente las cosas han cambiado mucho, aunque algunas personas siguen ancladas en los esquemas antiguos. Hoy, gracias a la *comunidad de bienes* que se vive entre todas las Diócesis de España, nosotros podemos vivir y hacer frente a las obligaciones administrativas que conlleva el funcionamiento de nuestra Iglesia y se puede atender a las necesidades caritativas y asistenciales. Si dependiéramos de nuestros donativos y aportaciones hace tiempo que los seminarios estarían cerrados e incluso algún templo del ámbito rural no lo podríamos abrir.

El sostenimiento de la Iglesia no es cosa de curas y obispos, es algo que depende de muchos pocos. Desde hace años la Conferencia Episcopal Española

nos sensibiliza con la campaña Por tantos. Muchos ciudadanos hacemos nuestra Declaración de la Renta, y tal como se hace en los países democráticos modernos, en el impreso que nos ofrece la administración de Hacienda podemos marcar con una X en la casilla de la Iglesia Católica, así como la casilla de colaboración con asuntos sociales. Es algo muy sencillo, y aún así no lo hacemos. Seguimos pensando que tenemos que pagar más, y no es así, no se paga nada. Es un recurso absolutamente gratis.

Este año ha bajado la aportación de los fieles católicos que viven en nuestra Diócesis, si no nos ayudasen nuestra Iglesias Hermanas de España, con lo que aportamos nosotros no podríamos subsistir.

Ayudar a la Iglesia en sus necesidades, además de ser uno de los Mandamientos de la Iglesia, que siguen en vigor, es una muestra de que tengo conciencia de pertenencia a la Iglesia y que la siento como algo mío. Por otra parte, no podemos olvidarnos de que detrás de cada X hay una historia. Cuando marcamos esa X en nuestra Declaración anual, o bien cuando ayudamos, o quizás orientamos a otros a que marquen la X de ayuda a la Iglesia Católica, estamos haciendo realidad muchas historias humanas y sobrenaturales que hacen posible la existencia del Reino de Dios entre nosotros: Nuestra X sirve para reparar un templo, o quizás para construir uno nuevo en una de nuestras barriadas; nuestra X se transforma en una beca para ayudar a la formación de un nuevo sacerdote; nuestra X hace posible que le comedor de Cáritas sea una realidad efectiva todos los días; nuestra X sirve para abrir una casa de acogida o bien para llevar a cabo un proyecto de rehabilitación humana; nuestra X hace posible que ante el terremoto que causó tantas muertes y destrucción en la Archidiócesis de Portoviejo, donde se encuentra la misión diocesana de Jipijapa, la Conferencia Episcopal Española pueda enviar 300.000 € para una primera ayuda.

¿Quieres que siga dándote más razones del por qué debemos ayudar a la Iglesia? Estoy por asegurar que si eres una persona con sensibilidad eclesial no lo necesitarás. Por otra parte, los pastores de la Iglesia sabemos bien que estamos obligados a ser transparentes en el uso de esos bienes, jamás podré olvidarme de lo que, en cierta ocasión, me dijo una persona: el dinero de la Iglesia es el dinero de los pobres, de ahí que debemos de cuidar de forma rigurosa de su administración.

Recuerda, *ayudar a la Iglesia en sus necesidades* es una forma de vivir nuestra corresponsabilidad. Y no te olvides de lo que he dicho tantas veces: con muchos pocos se pueden hacer grandes cosas.

Que el Dios de la misericordia os ayude con su bendición. Con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Junio

La Enseñanza Religiosa Escolar

Ya viene siendo costumbre que los Obispos de Galicia escribamos una carta conjunta a todos los fieles hablándoles de la importancia que tiene buscar una enseñanza de calidad en la que profesores bien formados y competentes, provistos de los medios materiales adecuados, hagan posible a los niños y los jóvenes un desarrollo integral de todas las dimensiones de su persona. Sin embargo, este proyecto no sería pleno si le faltase ese elemento esencial que es el valor humanizador y trascendente del hecho religioso que les ayudará a configurar el horizonte de verdad, de belleza, de auténtica solidaridad, de esperanza y de libertad.

Nos sorprende que en un pueblo como el nuestro que se enorgullece de su talante democrático, se escuchen o se lean comentarios de los que se consideran dirigentes de nuestra sociedad en los que manifiestan su rechazo, cuando no su hostilidad, a la presencia de la enseñanza de la religión Católica en las aulas. En ocasión da la sensación que son menos exigentes, o quizás más tolerantes, con otras manifestaciones religiosas. Insisten en proclamar, una y otra vez, que este tipo de enseñanza es un privilegio de la Iglesia. ¡La Iglesia no busca privilegios ni los necesita! Solo pedimos libertad de acción y de pensamiento, y, en el caso de la enseñanza de la Religión Católica en las escuelas no es un privilegio que pretende la Iglesia, sino que es, ante todo, un derecho y una responsabilidad de los padres y madres de familia: vuestros hijos han de recibir la educación religiosa que corresponde a vuestras convicciones, de acuerdo con la libertad de enseñanza y la libertad religiosa que reconoce la vigente Constitución Española.

Por otra parte, conviene subrayar el hecho de que la enseñanza de la religión no es una catequización en la escuela, ni un adoctrinamiento, sino que busca que los alumnos conozcan las razones de su propia tradición cultural cristiana, y realicen un estudio razonable de sus contenidos principales y de su historia, con sus implicaciones éticas y sociales. Es parte imprescindible para lograr una formación integral, una inserción personal y libre en la sociedad y en el mundo, así como una preparación adecuada para construir una civilización de paz, de amor y de auténtico progreso. Un cristiano bien formado será siempre un buen ciudadano.

En este clima de respeto, de libertad religiosa y de pensamiento, no podemos ceder ante el creciente prejuicio laicista que pretende excluir de ámbito de lo humano el hecho religioso y sus manifestaciones públicas. La presencia de la enseñanza religiosa como una materia propia y de proyección académica, equiparable a las demás asignaturas en sus objetivos, en el rigor científico de sus contenidos y en el carácter formativo de sus métodos, no se puede excluir de los planes de estudio sobre todo si se pretende que estos sean objetivamente válidos para todos. Resulta lamentable que siempre que nos embarcamos en procesos electorales

surge la problemática acerca de la enseñanza en las escuelas de la asignatura de Religión Católica; quizás las otras religiones no son tratadas de la misma manera - y que conste que no tenemos complejo y ni queremos marcar una línea de rivalidad con las otras confesiones, ¡todo lo contrario! - sería de desear, por el bien de todos, y para que desaparezca esa fácil e ingenua ideologización de algunos de nuestros conciudadanos a los que se les habla, con falta de espíritu crítico, acerca de esos supuestos privilegios que reclaman los Obispos, o que hay que suspender, denunciar o romper los pastos entre el Estado Español y la Santa Sede. Nuestro país debe ser de los pocos que existen en la vieja Europa democrática en el que de cuatro en cuatro años estamos escuchando la misma *cantinel*a. Desearíamos, como gran parte de la sociedad civil, que la educación de los niños y de los jóvenes quedase al margen de la oportunidad política. Es imprescindible un gran pacto en favor de una enseñanza innovadora, libre de prejuicios ideológicos, abierta a los grandes valores del humanismo cristiano - que están en la base de la llamada civilización occidental - en la que se eduque a los ciudadanos del mañana de forma integral.

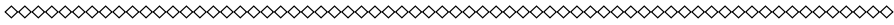
Os invito, desde Comunidade, a que reflexionéis sobre esto que nos dicen los Obispos de Galicia, y que con responsabilidad moral y cívica, cumpláis con vuestro deber a la hora de elegir a aquellos que nos van a gobernar. Desentenderse de la marcha del mundo y de nuestra sociedad, quedándonos cómodamente en nuestras casas, o situados en la crítica y en el lamento no es signo de un cristianismo responsable. No podemos mantenernos al margen en la elección de nuestros gobernantes. La libertad de enseñanza, la religión en la escuela, el valor de la vida humana y otras muchas realidades reclaman de nosotros coherencia y valentía. En este mes de junio os ruego que encomendéis al Corazón de Cristo todos los nobles afanes y proyectos que la Iglesia tiene en su corazón.

Os bendice con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL**DECRETO DE CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO DE PASTORAL DIOCESANO**

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

DECRETO

El **Consejo de Pastoral Diocesano (CPD)**, en cuanto expresión de la participación institucionalizada de todos los fieles cristianos en la misión de la Iglesia diocesana, es un órgano colegial, de carácter consultivo y de asesoramiento del Obispo, al que, como instrumento de comunión y animación de la vida pastoral en la Diócesis, compete «estudiar, analizar, valorar, discernir, sugerir propuestas y evaluar, bajo la autoridad del Obispo, aquello que se refiere a las actividades pastorales de la Diócesis» (c. 511). Al tiempo que ha de promover la conciencia evangelizadora de todos los bautizados y servir de instrumento al ejercicio de la corresponsabilidad de los fieles con su Obispo.

Por su carácter representativo se compone de miembros de todo el Pueblo de Dios «que estén en plena comunión con la Iglesia católica, tanto clérigos y miembros de institutos de vida consagrada como sobre todo laicos, que se designan según el modo determinado por el Obispo diocesano» (can. 512 §1), hombres o mujeres, «que destaquen por su fe, buenas costumbres y prudencia» (can. 512 §3).

Teniendo presente que la experiencia del postconcilio manifiesta que los consejos pastorales diocesanos representan una gran riqueza para las diócesis por la participación de los laicos, consagrados y sacerdotes, que ayudan a los obispos a ver la realidad, los problemas de las personas y la situación de la sociedad, los debemos acoger con reconocimiento y gratitud pues son una maravillosa riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y la santidad de la Iglesia.

Por el presente, a tenor del citado c. 511, aconsejándolo las circunstancias pastorales y teniendo en cuenta el parecer favorable del Consejo Presbiteral

DISPONGO

Constituir el Consejo de Pastoral Diocesano (CPD) y aprobar, *ad experimentum*, por un período de tres años los Estatutos por los que ha de regirse.

Transcurrido este período de tiempo, se procederá a su revisión y, en caso de necesidad, a la adaptación de los mismos a las exigencias reales de nuestra Diócesis.

Dado en el Santuario de Nuestra Señora de los Milagros, a veintisiete de junio de dos mil dieciséis

Notifíquese y publíquese.

† *J. Leonardo Lemos Montanet*
Bispo de Ourense

Por mandato de S.E. Rvdma.
M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario

ESTATUTOS DEL CONSEJO DE PASTORAL DE LA DIÓCESIS DE OURENSE.

CAPÍTULO 1º: NATURALEZA Y FINALIDAD.

Artículo 1º.- El *Consejo de Pastoral Diocesano* (CPD) es un organismo eclesial de comunión, permanente, representativo, consultivo y de ayuda al Obispo en lo referente a toda la actividad pastoral diocesana.

Artículo 2º.- Como expresión de la unidad de la misión que compete a todo el Pueblo de Dios y de la variedad de ministerios y carismas que lo enriquecen, estará compuesto por sacerdotes, personas de vida consagrada y sobre todo, laicos que representen la pluralidad de carismas del Pueblo de Dios que constituye la Iglesia en Ourense (c. 512§2).

Artículo 3º.- Por su carácter representativo, el CPD ha de servir para promover la colaboración coordinada de los distintos sujetos y sectores de la realidad diocesana.

Artículo 4º.- El CPD tiene como finalidad general estudiar, analizar, valorar, discernir, sugerir propuestas y evaluar, bajo la autoridad del Obispo, aquello que se refiere a las actividades pastorales de la Diócesis (c. 511).

Artículo 5º.- Las deliberaciones del CPD, fruto del diálogo sincero, el respeto y la tolerancia, una vez que obtengan la aprobación del Obispo, habrán de ser tenidas en cuenta por los organismos con capacidad de decisión en la Diócesis (c. 514§1).

CAPÍTULO 2º: FUNCIONES Y TAREAS.

Artículo 6º.- El CPD se constituye con el fin de promover el compromiso evangelizador en la Diócesis e impulsar la acción pastoral.

Serán tareas y funciones del CPD:

6.1.- «Estudiar todo lo referente al trabajo pastoral, sopesarlo y sacar conclusiones prácticas con objeto de promover la conformidad de la vida y acción del Pueblo de Dios con el Evangelio».

- Ser Órgano de estudio, análisis y valoración de las situaciones y problemas, para concretar aquellas opciones pastorales que les han de dar respuesta desde los planes y proyectos de ámbito diocesano global o parcial.

- Prestar todo el asesoramiento y colaboración que le pida el Obispo para organizar, matizar y evaluar la acción pastoral diocesana.

- Propiciar el encuentro, el diálogo y la conjunción entre las diversas instituciones y miembros del pueblo de Dios, que trabajan en la acción pastoral, alentando la corresponsabilidad.

6.2.- Sugerir la realización de estudios y tareas ordenadas a la acción pastoral, así como tratar y estudiar aquellos que se sometan a su consideración, manifestando lealmente su parecer sobre ellos.

- Ofrecer iniciativas que miren a los campos de la pastoral diocesana, señalar prioridades en las acciones que se programen; evaluar los trabajos derivados de tales acciones y la actuación del propio CPD.

- Hacer un seguimiento de las acciones pastorales que se lleven a cabo y de su incidencia en la vida cristiana; ser sensibles ante los acontecimientos que afectan a ésta, para responder con prontitud desde el ámbito de la acción pastoral, evangelizadora y caritativa; expresarse con claridad ante hechos y situaciones que demandan una iluminación cristiana orientadora, a tenor de lo que se establece en el c. 514§1 y en los presentes Estatutos.

CAPÍTULO 3º: COMPOSICIÓN DEL CONSEJO.

Artículo 7º.- El CPD se compone de fieles que estén en plena comunión con la Iglesia Católica y destaquen por su fe, buenas costumbres y prudencia que se designan según el modo determinado por el Obispo (c. 5 12§1).

Artículo 8º.- Teniendo en cuenta estos criterios establecidos por el Código, el CPD estará integrado en nuestra Diócesis por tres clases de miembros: natos, por razón del cargo o responsabilidad en la vida diocesana; electos por los fieles de las distintas procedencias; y designados por el Obispo para completar la composición del Consejo.

Artículo 9º.- Serán miembros natos del CPD.

El Sr. Obispo

El Vicario General

Los Vicarios Episcopales

El Deán del Cabildo Catedral

El Rector del Seminario Mayor “Divino Maestro”

El Rector del Seminario “Redemptoris Mater”

El Director del Instituto Teológico

Artículo 10º.- Serán miembros elegidos en representación de los distintos estamentos pastorales de nuestra Diócesis:

10.1.- Uno en representación del Consejo Presbiteral.

10.2.- Los Arciprestes.

10.3.- Cuatro en representación de las personas de Vida Consagrada:

a) Uno por las Órdenes que participan en la vida pastoral de la Iglesia diocesana.

b) Otro por las Congregaciones dedicadas a la enseñanza.

c) Uno por los Institutos seculares y otro por las sociedades de Vida Apostólica.

10.4.- En representación de los seglares por Arciprestazgos, uno por cada uno de ellos:

Allariz

Baixa limia

Carballiño

Celanova

Milagros

Orense Este

Ourense Norte

Ourense Oeste

Ourense Sur

Ribadavia

Xinzo- A limia

Verín

10.5.- Nueve en representación de los seglares por Delegaciones Episcopales:

Misiones.

Catequesis

Juventud y Universidad

Tres por la Delegación de Apostolado Seglar.

Familia

Cáritas

Profesores de Religión

10.6.- Un laico en representación de la Prelatura del Opus Dei.

Artículo 11º.- Para conseguir una representación más equilibrada o en atención a las necesidades del propio CPD, el Obispo podrá designar libremente

otros miembros hasta un número máximo de cuatro.

CAPÍTULO 4º: ELECCIÓN DE LOS MIEMBROS

Artículo 12º.- La elección de los miembros, un titular y un suplente, se realizará a tenor del canon 119§1 previa disposición de la Vicaría de Pastoral.

Artículo 13º.- Para la elección de los miembros del CPD se procederá de la forma que sigue:

a) **Representante del Consejo Presbiteral:** Se elegirá en reunión ordinaria del mismo Consejo.

b) **Personas de Vida Consagrada:** De su convocatoria y elección se responsabilizará el Delegado Episcopal para la Vida Consagrada (c.166 ss).

c) **Representantes de los seglares por zonas pastorales:** De su convocatoria y elección se responsabilizarán el Sr. Arcipreste (c.166 ss):

d.1. En aquellos arciprestazgos donde esté constituido el Consejo de Pastoral Arciprestal (CPA) se convocará este y el pleno del mismo elegirá a uno de sus miembros.

d.2. Donde no esté constituido el CPA el equipo de sacerdotes propondrá candidatos y elegirá al que considere más idóneo en una reunión del Arciprestazgo.

d) **Representantes de los seglares por las Delegaciones:** De su convocatoria y elección se responsabilizarán los Delegados Episcopales con sus equipos de Delegación (c.166 ss).

e) **Prelatura del Opus Dei:** De su convocatoria y elección se responsabilizará los fieles de la misma Prelatura (c.166 ss).

Los representantes de cada uno de los grupos levantarán acta de la elección y comunicarán a la Vicaría de Pastoral, por escrito, el resultado de la misma.

CAPÍTULO 5º: DURACIÓN, FUNCIONAMIENTO Y ÓRGANOS.

Artículo 14º.- Los miembros del CPD serán designados para un período de cuatro años, con posibilidad de renovar, exclusivamente, para un período más. Si antes del término de ese período causaran baja, tanto el titular como el suplente, se procederá a una nueva elección en el grupo correspondiente, para el período de tiempo restante. En el caso de los de libre elección, el Obispo decidirá quien le sustituye. Los miembros natos lo serán mientras permanezcan en el cargo que los habilita como tales, siendo sustituidos de inmediato por quien pase a ocuparlo en caso de cesar en él.

Artículo 15º.- Los miembros elegidos o designados pueden cesar antes de finalizar el cuatrienio por renuncia voluntaria, aceptada por el Obispo, ausencia injustificada a tres convocatorias o por incumplimiento demostrado de las condiciones establecidas por el Código (canon 512§3) a juicio del Obispo.

Artículo 16º.- El Pleno del CPD se reunirá ordinariamente dos veces al año,

procurando que las fechas respectivas faciliten la planificación y revisión de las campañas o acciones del curso pastoral. Podrá también convocarse extraordinariamente por iniciativa de su Presidente o a petición de, al menos, un tercio de sus miembros.

Artículo 17º.- Obligación de asistir a las reuniones del Consejo: Los Consejeros tienen la obligación de asistir a las sesiones del Consejo en atención a la fidelidad de la representación que ostentan y a la responsabilidad pastoral que desempeñan. Si una causa seria le impide asistir al titular, deberá comunicárselo al suplente para que cumpla con su obligación. En caso de imposibilidad de ambos, deben notificárselo al Secretario del Consejo.

Artículo 18º.- Para su funcionamiento ordinario el CPD contará con los siguientes órganos: Plenario, Presidente, Secretario, y Comisión Permanente.

Artículo 19º.- El Plenario del CPD: es la máxima expresión de este organismo y está constituido por la reunión de todos sus miembros legítimamente convocados. Para que el Plenario tenga *quórum* se requiere la presencia de la mayoría absoluta de sus miembros. El Plenario se reunirá previa convocatoria formulada con al menos veinte días de antelación y en ella constará el Orden del día.

Son funciones suyas:

- Estudiar los temas enunciados en el orden del día, así como las propuestas que haga el Presidente y las cuestiones que surjan en el desarrollo de las sesiones.

- Los temas podrán ser considerados en forma de ponencia (cuyos miembros, pertenecientes o no al CPD, serán designados por la Comisión Permanente) o mediante grupos de trabajo constituidos en el propio Consejo, y deberán desembocar normalmente en propuestas concretas sobre las cuales se pueda dialogar y votar.

- Las votaciones han de ser secretas.

- Se considerarán como propuestas del CPD aquellas que hayan sido votadas favorablemente por mayoría absoluta de los asistentes a la sesión, tras haberse constituido la misma con el número necesario de la mitad más uno de sus miembros.

- Los miembros del Consejo, cuando intervienen o votan en el Pleno, lo hacen a título personal, como fruto del juicio formado tanto por las opiniones recogidas de sus representados, con quienes deben estar en contacto frecuente, como de las deliberaciones de la sesión y de sus miembros.

- De acuerdo con el canon 127§3, están obligados a manifestar sinceramente su opinión, y también, si lo pide la gravedad de la materia, a guardar cuidadosamente reserva de las deliberaciones.

Artículo 20º.- El presidente nato del CPD es el Obispo por razón de su ministerio (c.154§1)

Son funciones suyas:

- Hacer el nombramiento de todos los miembros del Consejo.
- Aprobar el orden del día y convocar las reuniones.
- Someter a consulta los asuntos que crea conveniente.
- Presidir las sesiones y designar moderadores de las mismas.
- Aprobar, si procede, las propuestas y acuerdos que se tomen.
- Publicar lo que considere oportuno de lo tratado.

En casos específicos podrá delegar la presidencia y moderación de alguna reunión.

Artículo 21º.- Secretario: Será nombrado por el Obispo a partir de una terna presentada por el pleno mediante elección, y pasará a ser miembro del Consejo, si no lo era ya.

Corresponde al Secretario:

- Cursar la convocatoria del Pleno y de la Permanente.
- Enviar a los Consejeros, al menos con veinte días de antelación, el Orden del día y la documentación correspondiente.
- Levantar acta de las sesiones del Pleno y de la Permanente.
- Coordinar el trabajo de las ponencias y comisiones de trabajo.
- Tener preparado el material y el lugar de la reunión.
- Custodiar las Actas.
- Elaborar las informaciones que, con autorización del Obispo, hayan de publicarse.
- Comunicar los acuerdos y resoluciones.

Artículo 22º.- La Comisión Permanente: Está constituida por estos miembros del Consejo:

- El Obispo.
- El Vicario General.
- El Secretario, que será el mismo del CPD.
- Los Vicarios episcopales.
- Un Arcipreste.
- Un representante de las Delegaciones.
- Un representante de Vida Consagrada.
- Tres Laicos en representación de los arciprestazgos

Son funciones suyas:

- Reunirse con la antelación necesaria a cada sesión del Pleno, a fin de prepararlo cuidadosamente y poderlo convocar con el tiempo previsto, y todas aquellas veces que el Presidente lo considere oportuno.
- Elaborar, bajo los criterios del Obispo, el orden del día de las sesiones del Pleno; encargar al Secretario la preparación de la documentación necesaria para las mismas; designar los ponentes de los temas en que se consideren precisos.
- Establecer, para el estudio de determinados temas, comisiones específicas o

invitados especializados.

- Llevar a cabo todas aquellas funciones que le encomiende el Plenario.

Artículo 23º.- Los miembros “no natos” de la Comisión Permanente serán elegidos en el pleno del CPD según la forma establecida por el presidente.

CAPÍTULO 6º: MODIFICACIÓN DE LOS ESTATUTOS.

Artículo 24º.- El Obispo, oído el parecer del Consejo, puede modificar los Estatutos cuando lo considere oportuno, bien por propia iniciativa o a propuesta del Pleno del Consejo.

CAPÍTULO 7º: DISOLUCIÓN DEL CONSEJO.

Artículo 25º.-

1. El Consejo Pastoral Diocesano se renovará transcurridos cuatro años desde su constitución (c. 513§1).

2. El Consejo quedará automáticamente disuelto al quedar vacante la Sede Episcopal (c. 513§2)

3. El Consejo podrá ser disuelto por el Obispo cuando graves razones pastorales lo aconsejen.

4. Disuelto el Consejo Pastoral Diocesano, las Actas y demás documentación pasarán a estar bajo la custodia del Canciller-Secretario del Obispado.

COMPOSICIÓN DEL CONSEJO DE PASTORAL DIOCESANO

MIEMBROS NATOS:

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Leonardo Lemos Montanet

Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias

Ilmo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández

Ilmo. Sr. D. Francisco Pernas de Dios

Ilmo. Sr. D. José A. Feijóo Mirón

Ilmo. Sr. D. Julio Alonso Santos

Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez

Ilmo. Sr. D. José Antonio Gil Sousa.

REPRESENTANTE DEL CONSEJO PRESBITERAL.

ARCIPRESTES.

Rvdo. D. Luis Rodríguez Álvarez

Rvdo. D. Francisco M. Enríquez Pérez

Rvdo. D. Eustaquio Barbosa Fernández.

Rvdo. D. Aquilino Rodríguez Fernández

Rvdo. D. José Canal Sánchez
Rvdo. D. Tomás Delgado Gándara
Rvdo. D. José Benito Sieiro González
Rvdo. D. Cesáreo Iglesias Grande
Rvdo. D. Roberto Álvarez Sánchez
Rvdo. D. Emilio Álvarez Pérez
Rvdo. D. Manuel Cid Cid
Rvdo. D. Oscar Martínez Caamaño

REPRESENTANTES DE LA VIDA CONSAGRADA.

P. Jesús Torres Gallego-Casilda, O. de M. (Orden de la Merced)
D^a Lucía Cuadrado González, VDB (I.S.Voluntarias de Don Bosco)
P. Isidro Lozano Lozano, SDB (Salesianos)
P. David Fernández Núñez, CM (Paúles)

**REPRESENTANTES DE SEGLARES ELEGIDOS POR LOS ARCI-
PRESTAZGOS.**

D. Antonio Fernández Fernández
D. Jesús Llorente De Cea
Dñ. María Rosa Nieto Clemente
D. Juan Carlos Pérez García
Dñ. Beatriz Mosquera González
Dñ. María Teresa Suárez González
Dñ. María de la Paloma Esteban Álvarez
Dñ. M^a Livia Lorenzo Gómez
Dñ. María del Carmen Pintos Andrade
Dñ. Isabel Sousa Álvarez
D. Eduardo José González Clavijo
Dñ. Ana Isabel Pérez Pintos

**REPRESENTANTES DE LOS SEGLARES ELEGIDOS POR LAS DELE-
GACIONES EPISCOPALES.**

Dñ. María Abalo Rodríguez
Dñ. María del Puy Goyache Pais
Dñ. M^a Jesús Fernández Conde
D. Juan José González Caiña
D. Fernando Izquierdo Álvarez
Dñ. M^a del Carmen Alonso González
D. Hipólito Alonso Souto
Dñ. M^a Remedios Alonso Fitera

Dñ. Paula Campos Fernández.

REPRESENTANTE DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI.

D. Luis M^a Rodríguez Serrano

MIEMBROS DE LIBRE DESIGNACIÓN.

D. José Manuel Domínguez Prieto

Dña. Natalia Guzmán López

Dña. María Luisa Gamallo Bouzo

D. Daniel Fernández-Nóvoa Pérez

ORGANISMOS DEL CPD

SECRETARIO PARA EL CPD

Dña. María del Carmen Pintos Andrade.

COMISIÓN PERMANENTE DEL CPD.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Leonardo Lemos Montanet

Dña. María del Carmen Pintos Andrade (Secretaria)

Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias

Ilmo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández

Ilmo. Sr. D. Francisco Pernas de Dios

Rvd. D. Francisco Manuel Enríquez Pérez (Arciprestes)

Rvdo. P. David Fernández Núñez (Vida Consagrada)

Dña. María Teresa Suárez González (Laicos Arciprestazgos)

Dña. Ana Isabel Pérez Pintos (Laicos Arciprestazgos)

Dña. María Abalo Rodríguez (Laicos Delegaciones)

VICARÍA DE PASTORAL

Programación diocesana de Pastoral para el curso 2016-2017 *OURENSE EN MISIÓN*

LEMA PARA EL TRIENIO 2015-2018

“Poneos en camino” (Lc.10,3)

OBJETIVO GENERAL PARA EL TRIENIO 2015-2018

La Iglesia en Ourense, fiel al mandato de Jesús, siente la urgencia de anunciar a todos la alegría del Evangelio, dando testimonio de comunión interna y de solidaridad con los más necesitados.

LEMA PARA EL CURSO 2016-2017

“... con un mismo amor y sentir” (Flp 2,2)

OBJETIVO GENERAL PARA EL CURSO 2016-2017

Fortalecer la Comunión de la Iglesia en Ourense, en el inicio del camino sinodal, para anunciar, celebrar y vivir la fe corresponsablemente.

OBJETIVOS PARA EL CURSO 2016-2017

OBJETIVO ESPECÍFICO 1º

Promover procesos de formación integral y espacios de encuentro para ser signo y fermento de comunión.

Acciones en el Ámbito Diocesano:

- Poner en marcha la primera fase del Sínodo:
- Elaboración de materiales.
- Animación, sensibilización y acompañamiento de todos los agentes e instituciones pastorales de la Diócesis. *Responsables: Vicarías, Delegaciones y Secretaría General del Sínodo.*
- Orientar las actividades de formación de todos los agentes de pastoral en clave de comunión y Sínodo. *Responsables: Vicarías y Delegación del Clero.*

Acciones en el Ámbito Arciprestal:

- Acoger y difundir la llamada al Sínodo Diocesano creando equipos de animación Arciprestal. *Responsables: Arcipreste y Equipo Arciprestal.*

Acciones en el Ámbito Parroquial:

- Acoger y difundir el Sínodo sensibilizando e implicando a los grupos y movimientos parroquiales. *Responsables: Párroco o equipo sacerdotal y Consejo de*

Pastoral parroquial.

OBJETIVO ESPECÍFICO 2º

Seguir cuidando la participación en las celebraciones litúrgicas para vivir con alegría la presencia de Cristo en nuestras comunidades.

Acciones en el Ámbito Diocesano:

- Preparar la clausura del Año de la Misericordia e inicio de los trabajos sinodales. *Responsables: Comisión organizadora (Liturgia y Pastoral de la Catedral y Vicario de Pastoral).*
- Cursillo para presentar la versión española de la tercera edición del Misal. *Responsable: Delegación de Liturgia.*

Acciones en el Ámbito Arciprestal:

- Con ocasión de la publicación de la nueva edición de los libros litúrgicos, promover la formación litúrgica de los agentes de pastoral. *Responsable: Equipo Arciprestal.*
- Recordar y poner en práctica los criterios diocesanos y eclesiales referentes a las celebraciones litúrgicas. *Responsable: Equipo Arciprestal.*
- Programar conjuntamente el camino cuaresmal hacia la Pascua, promoviendo celebraciones penitenciales. *Responsable: Equipo Arciprestal.*

Acciones en el Ámbito Parroquial:

- Promover los ministerios laicales y Adeps con las catequesis oportunas. *Responsable: Párroco o Equipo sacerdotal.*
- Aplicar y respetar los criterios diocesanos y eclesiales en las celebraciones. *Responsable: Párroco o Equipo sacerdotal.*

OBJETIVO ESPECÍFICO 3º

Impulsar en nuestras comunidades la acción caritativo-social al servicio de la unidad y la reconciliación, a ejemplo de San Martín de Tours.

Acciones en el Ámbito Diocesano:

- Seguir impulsando la comunión entre Cáritas Diocesana, las Cáritas Parroquiales, Arciprestales y demás grupos de acción socio-caritativa. *Responsable: Cáritas Diocesana.*
- Cuidar la formación de los voluntarios de Cáritas y otros grupos de acción socio-caritativa: Jornada de formación sobre acogida y acompañamiento. *Responsable: Cáritas Diocesana.*

Acciones en el Ámbito Arciprestal:

- Poner en marcha los consejos de Pastoral Arciprestal. *Responsable: Arcipreste.*
- Promover y coordinar la acción caritativo-social en el Arciprestazgo: colecta

mensual, campañas de caridad, criterios de actuación, compartir experiencias. *Responsable: Arcipreste.*

Acciones en el Ámbito Parroquial:

- Fomentar la responsabilidad caritativo-social de la comunidad: Homilías, campañas, colecta mensual y otras actividades. *Responsable: El Párroco o Equipo Sacerdotal.*
- Ver qué personas en nuestras parroquias necesitan de ayuda y compañía: enfermos, pobres, ancianos, etc. *Responsable: Párroco o Equipo Sacerdotal.*
- Promover grupos parroquiales o interparroquiales de acción socio-caritativa adaptados a las necesidades reales de cada comunidad y cuidar su formación. *Responsable: Párroco o Equipo Sacerdotal.*



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANA

ABRIL

-
- Día 2: *Via Lucis* organizado por ENS en la parroquia del Sagrado Corazón.
- Día 7: Encuentro de Padres, en la sede Instituto da Familia.
Oración joven organizada por la Delegación Episcopal para la Pastoral de Juventud en el centro pastoral “Santa Soledad Torres”, rúa Mestre Vide, 2.
- Día 9: Encuentro diocesano de confirmandos, en Allariz.
- Días 9 y 10: Ejercicios Espirituales para matrimonios organizados por ENS, en el Santuario de los Milagros.
- Día 16: X Encuentro diocesano de Niños y Niñas en Celanova.
- Día 17: Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Jornada de las Vocaciones Nativas. Rezo de Vísperas y Oración por las Vocaciones, en el convento de las Hermanas Clarisas de Allariz.
- Del 18 al 24: XIII Semana de la Familia, organizada por la Delegación Episcopal de Pastoral Familiar.
- Día 21: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Smo. Sacramento (Plaza de las Mercedes).
- Del 22 al 24: Cursillo del Movimiento de Cursillos de Cristiandad, en la Casa de diocesana Ejercicios “Santa María Nai”.
- Día 23: Los arciprestazgos de la ciudad peregrinan a la S. I. Catedral con motivo del Año de la Misericordia. Preside el acto el Ser. Obispo.
- Día 24: Día de las Familias.
- Del 25 al 3: Novena al Santo Cristo de Ourense en la Santa Iglesia Catedral.
- Día 27: Reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor, presidida por el Sr. Obispo.
- Día 29: Clausura de las reuniones interparroquiales de la ciudad en la Casa de Ejercicios.

MAYO

- Día 1: Pascua del Enfermo. A las 10:00 horas Misa televisada por la TVG desde la parroquia de San Pío X, presidida por el Sr. Obispo.
- Del 2 al 8: El icono joven de la Inmaculada visita la Diócesis de Ourense.
- Día 3: Finaliza la Novena, con la fiesta al Santo Cristo con celebración solemne de la Santa Misa presidida por el Sr. Obispo y con la asistencia del Cabildo en la S. I. Catedral.
- Día 5: Encuentro de Padres, en la sede del Instituto da Familia.
- Día 7: El Sr. Obispo asiste a la Toma de posesión y Ordenación episcopal del nuevo Obispo de Mondoñedo-Ferrol.
- Día 8: Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.
- Día 11: Celebración la fiesta de San Juan de Ávila, patrón del clero español, en el Seminario Mayor. Celebración de la Santa Misa presidida por el Sr. Obispo con un recuerdo especial para los sacerdotes que celebran los 60, 50 y 25 años de ordenación.
- Día 13: Inauguración de la exposición “Acollida e Hospitalidade no Camiño de Santiago”, en la planta baja del edificio del Obispado. Intervinieron las autoridades locales, autonómicas, bajo la presidencia del Sr. Obispo.
- Día 14: Vigilia de Pentecostés en la S.I. Catedral, organizada por la Delegación episcopal de Apostolado Seglar y los movimientos, grupos y asociaciones presentes en la Diócesis.
- Día 15: Solemnidad de Pentecostés. Día de la Acción Católica y el Apostolado Seglar. Eucaristía presidida por Mons. Lemos.
- Día 19: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Smo. Sacramento (Plaza de las Mercedes).
- Día 20: Confirmaciones en el Seminario Menor.
- Día 21: Encuentro del Obispo con los profesores cristianos y peregrinación a la S. I. Catedral en el Año de la Misericordia.
- Día 22: Día de la Santísima Trinidad. Ultreya de fin de curso de Cursillos de Cristiandad en Celanova.
- Día 25: Reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor, presidida por el Sr. Obispo.

- Día 28: Encuentro de grupos bíblicos en el santuario de Los Milagros.
- Día 29: Solemnidad del Corpus Christi, procesión del *Corpus* por las calles de la ciudad.
- Confirmaciones en la parroquia de Cristo Rey.

JUNIO

- Día 2: Encuentro de Padres, en la sede del Instituto da Familia.
- Pincho solidario de Manos Unidas en Salesianos.
- Oración joven organizada por la Delegación Episcopal para la Pastoral de Juventud en el centro pastoral “Santa Soledad Torres”, rúa Mestre Vide, 2.
- Día 3: Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Confirmaciones en la parroquia de Santa Teresita del Veintiuno.
- Día 4: Confirmaciones en el Santuario de Os Milagros, en la parroquia de Santa Mariña de Xinzo y en la parroquia de Santa María la Mayor de Verín.
- Día 10: Confirmaciones en la parroquia de Santiago de As Caldas.
- Día 11: Andaina solidaria de Cáritas. Confirmaciones en la parroquia de Santo Domingo de Ribadavia.
- Día 12: Ordenación de cuatro nuevos sacerdotes en la Iglesia del Seminario Mayor. Confirmaciones en la parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 16: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Smo. Sacramento (Plaza de las Mercedes).
- Día 18: Confirmaciones en la parroquia de María Auxiliadora.
- Día 19: Año Jubilar de la Misericordia, Peregrinación a la Catedral del movimiento Neocatecumenal. Celebración del Rito de Admisión como candidatos al diaconado y presbiterado de dos seminaristas del Seminario *Redemptoris Mater*.
- Del 19 al 24: Peregrinación diocesana a Lourdes.
- Día 25: Confirmaciones en la parroquia de Santiago de Allariz.

- Día 26: Visita Pastoral a la parroquia de La Milagrosa y colación de ministerios a seminaristas del Seminario *Redemptoris Mater*.
- Días 27 y 28: Jornadas de Programación diocesana de Pastoral en el santuario de Los Milagros, presidida por el Sr. Obispo.



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

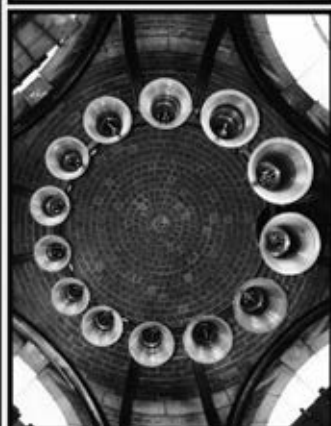
- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

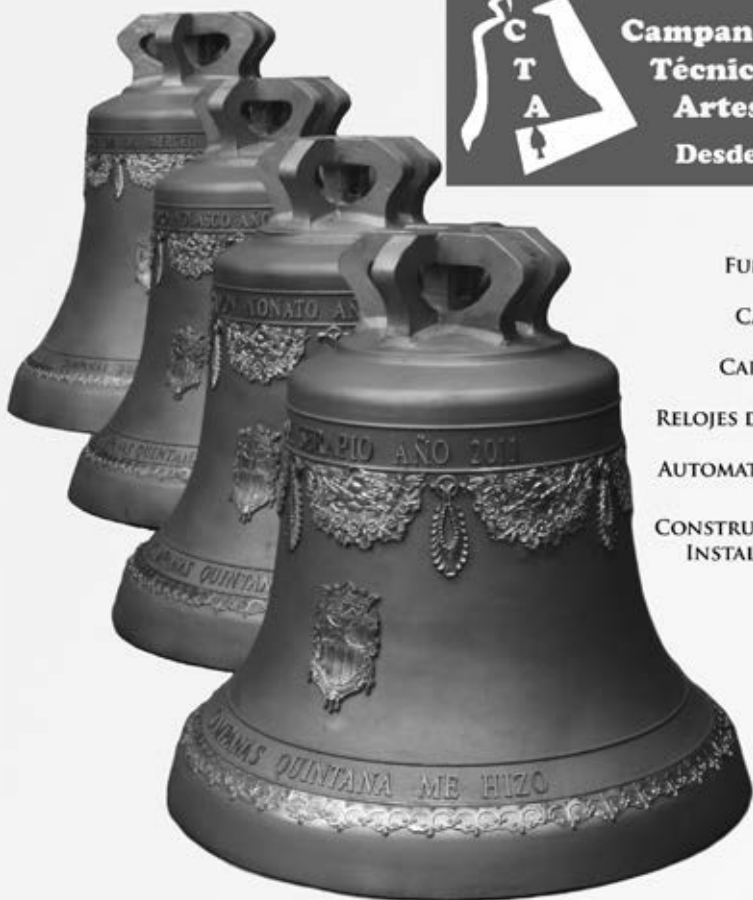
- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

●●●● Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
